









AÑO III.

NÚM. XXV.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO BARCELONES

# ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

ENERO—1891

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

*Flor Baja, 22*

—  
1891



*Para la reproducción de los artículos  
comprendidos en el presente tomo, es  
indispensable el permiso del Director de  
LA ESPAÑA MODERNA.*



## Sección Española.



### LAS TAPIAS DEL CAMPO SANTO



**E**NTRE todas las tiendas de que se compone el comercio marinedino, la más humilde, anticuada y estacionaria es la de Bonaret el quincallero. Increíble parece que el patrón de aquel zaquizamí sea un mestizo de francés y catalán, dos razas tan mercantiles y emprendedoras. Acaso la explicación del problema consista en que dos fuerzas iguales, al encontrarse, se neutralizan.

Para el observador no carece de interés,—de interés simpático,—la tienda de Bonaret. Contrastando con los magníficos vidrios abiselados, los relucientes bronces, las claras bombas de cristal raspado y las barnizadas anaquelerías, que poco á poco van echándose los industriales de Marineda, la quincallería conserva sus maderas pintadas toscamente de azul, sus turbios vidrios de á cuarta, su piso de baldosa fría y húmeda, sus sillas de Vitoria y su papel, despegado en parte, de un color barquillo, que el tiempo trueca en tono arcilloso indefinible. El escaparate (si con tanta pompa ha de calificarse la delantera de Bonaret), luce,—en lugar de crujientes sedas



y muelles terciopelos, cacharros artísticos ó sombreros recargados de plumas, — algunas sartas de cuentas verdes, cajitas de cartón llenas de abalorio, naipes bastos, tijeras enferruzadas, navajillas tomadas de orín, madejas de felpa y estambre para bordar...., todo atrasado de fecha medio siglo, cubierto de un tul gris por el polvo; en términos, que los ojos perspicaces y burlones de los ociosos marinedinos comprobaban diariamente los progresos del tapiz que tejía una gruesa araña, muy pacífica, en el ángulo izquierdo del escaparate.

La impresión que produce la tienda de Bonaret es la de un lugar solitario, donde no entra alma viviente; y, en efecto; rarísima vez se acerca la clientela al mostrador. Cuando las señoras de Marineda inventan una labor caprichosa, ó necesitan para un disfraz carnavalesco algún objeto pasado de moda desde hace treinta años lo menos, se acuerdan de Bonaret, y van á revolverle la casa. Son días nefastos para la araña tejedora; días en que el polvo y las correderas ven comprometida su tranquilidad. Que á la magistrada, la brigadiera ó la cónsula le entra antojo de tal cachivache....; pues Bonaret sea con nosotros. Es indecible los tesoros que puede esconder una quincallería entre su complicado y heteróclito surtido. ¿Que se estilan hebillas de acero en los cinturones? Bonaret desentierra tres ó cuatro. ¿Que se bordan de canutillo las blondas? Lo tiene Bonaret. ¿Que vuelven á llevarse los abanicos antiguos de medio paso? Bonaret saca del fondo de una alacena cajitas de cartón dorado, y allí están los abanicos de nácar chapeado de oro, con paisajes de la época imperial.

Bonaret era un hombre enfermizo y triste. Dormilón para el negocio, vendía, al parecer, por condescendencia; al recoger en el cajón el dinero, suspiraba. No sostenía regateo; no defendía el género, y tan pronto daba por



tres pesetas un abanico de estimación, como reclamaba un duro por un ovillo de algodón encarnado. En su rostro marcara indelebles señales la ictericia; y ni en tiempo de verano riguroso prescindía de la gorra de seda y las babuchas de abrigo. Vivía con sus dos hijas; su mujer había muerto de tisis pulmonar.

La hija mayor, Joaquina, ya talluda, ofrecía, en lo largo, insulso y verdoso del semblante, cierta semejanza con un calabacín; y por lo desgarrado del talle, era un palo vestido. De su bondad se hacía lenguas la gente. Con todo, ignorábase que hubiese ejecutado ninguna acción reveladora de excepcional virtud, y probablemente su buena fama procedía de su resignada fealdad y soltería incurable. La menor, Clara, sin dejar de parecerse á Joaquina, tendría singular atractivo para un artista delicado, de la escuela mística anterior á Rafael. El óvalo muy prolongado de su cara exangüe descansaba en un cuello finísimo, verdadero tallo de azucena. Sus ojos, asombrados y cándidos, eran pensativos y profundos á fuerza de ser puros. La inmensa frente ostentaba el bruñido del marfil y la luz de la inocencia. Sobre un cuerpo delgado y de rígidas líneas, el seno virginal, redondo y diminuto, campeaba muy alto, como el de las madonas que en las tablas del siglo xv lactan al Niño Jesús.

En Marineda no se le había ocurrido á nadie que fuese bonita Clara; y, en realidad, no lo era, sino vista su figura al través de la imaginación excitada por recuerdos artísticos y convencionalismos estéticos. Además, la hermosura, en Marineda, abunda como antaño el dinero en la Habana, y sobran muchachas frescas, guapetonas y airocillas á quien hacer guiños. Por otra parte, ni Joaquina ni Clara se dejaban ver en parte alguna: su tienda les servía de claustro: ni bajaban los domingos al paseo de las Filas,



cuando toca la música militar, ni jamás compraban dos asientos de *galería* en el Coliseo, ni asistían á los bailes del Casino de Industriales, ni siquiera iban á Misa de tropa. Vivían lo mismo que en su concha el caracol. Á nadie trataban. Su recreación dominical consistía en leer —mientras su padre hacía solitarios sobre el desteñado tapete de la mesa— cuadernos de folletines franceses, todos sucios y destrozados, recortados de este y aquél periódico, cosidos de cualquier manera por no gastar en encuadernación, y á lo mejor faltosos del primer capítulo ó del desenlace.

Aquellas dos arrinconadas criaturas, cuya existencia equivalía á un somnambulismo incoloro, melancólico á fuerza de monotonía; aquellas dos plantas que se ahilaban en la atmósfera polvorienta del mísero tenducho, no pudiendo alzar su copa hacia el sol, se volvían afanosas hacia las luces de Bengala de la fantasía novelesca. Las aventureras damiselas de Walter Scott; los castísimos amantes de Bernardino de Saint-Pierre; las altivas é independientes heroínas de Jorge Sand; las perseguidas y galantes reinas de Dumas, les tenían devanados los sesos á ambas hermanas. Creían todo sin examen; mejor dicho, *sentían* todo, y no se les ocurría ni reflexionar en si las cosas pasaban así en el mundo en general, y particularmente en la capital marinedina. El resto de la semana, mientras las dos doncellas, por modo automático, ayudaban á su padre á despachar tres adarmes de torzal ó un papel de alfileres con cabeza de vidrio, su mente, y casi pudiera decir que toda su alma, la tenían, ¡vaya V. á saber si en algún lago de Escocia, debajo de un latanero en la isla de Francia, ó colgada del manto del duque de Buckingham! Y era lo peor de esta guillardura que las dos hermanas ni aun entre sí hablaban de ella. Cada cual se archivaba



sus pensamientos, y seguía, en apariencia, tranquila y apática, sentada en su rincón al lado del silencioso padre.

Á bien que por allí no andaban galanes escoceses de pluma en gorra. Los ojos de Clara y Joaquina, al fijarse en los transeuntes por la calle Mayor, reconocían perfectamente á cada burgués marinedino : éste que pasa ahora es Realdo, el lampista; síguele Taconer, el armero; el otro, Casaverde, concejal y fabricante de cerillas; aquél, Baltasar Sobrado, antes militar, hoy de reemplazo y al frente de su casa de comercio; éste, Castro Quintás, que expende petróleo y aguardiente de caña al por mayor. ¡Imposible representarse á Edgardo de Ravenswood en figura de alguno de tan apreciables convecinos!

Menos tipo de héroe de novela, si cabe, era el de Don Atilano Bujía, tendero de ultramarinos establecido frente por frente al tugurio de Bonaret. Chiquito, arrebolado de cutis, bigotudo, peludo, de voz atiplada y muy tripón, D. Atilano pasaba, no obstante, por furioso Tenorio, y ni casadas ni solteras se veían libres de sus empresas galantes. Hubo una temporada en que no se sabe qué viento le llevó con suma frecuencia á casa de Bonaret. Siempre encontraba pretextos á la visita, y en presencia del mismo padre se familiarizaba groseramente con las muchachas, en especial con Clara, objeto de sus baboseos lascivos. Las muchachas se apartaban de su contacto como del de un sapo venenoso, y el padre, indiferente al principio, agarró un día una silleta para rompérsela en las espaldas. La causa no se supo jamás: hubo sospechas de que Bujía ofreciera á Bonaret algún dinero «para salir de hambres». Fuese lo que fuese, Bujía no aportó más por el tenducho, y ahora se le achacaban libertinos propósitos respecto de una zapatera muy guapa, rubia como



unas candelas, y legítima esposa de un esposo joven y buen mozo por añadidura.

La desaparición de Bujía satisfizo á las dos hermanas, que sentían por él aversión y el miedo indefinible que causan á las doncellas absolutamente castas los hombres disolutos, por más grotescos é inofensivos que sean. Y desde entonces cuanto veían que les suscitase una idea cómica, — el bombo de la murga, el faldero de la Brigadiera, — lo comparaban á D. Atilano. — ¡Qué facha! Parece Bujía, — murmuraba Clara sonriendo pálidamente.

Poco tardó, sin embargo, en borrarse el recuerdo del ridículo industrial ante un suceso gravísimo, único, que señalaba honda huella de luz en el alma juvenil de Clara. Vió á un hombre, cuyas prendas exteriores podían servir de cimiento al palacio de cristal de la ilusión...., y se enamoró de él, mejor dicho, cayó en el amor como en un pozo, atada de pies y manos, indefensa, loca.

No nos importa su nombre.... Clara no lo supo tampoco hasta meses después de haberle rendido á discreción la voluntad. ¿Quién había de decirle aquellas dulces sílabas? Con nadie hablaba Clara; nunca salía; y *él* era forastero, recién llegado á formar parte de la guarnición de Marineda. Todas las tardes, la hija de Bonaret veía á su ídolo, ya ceñido por el brillante uniforme, ya elegantemente vestido con chaqueta de terciopelo y calzón de punto gris, al trote de su caballo bayo de pura sangre; y sin poder detallar las facciones del gallardo oficial, la deslumbraba el relámpago de sus ojos, que al paso se clavaban rápidamente en el rostro de la niña. Vierais entonces á ésta cambiar su tez de marfil por otra de encendidísima amapola: y este rubor ardiente, instantáneo, que ascendía como ola vital á aquella frente tan honesta, sería para el jinete — si lo pudiese comprender



—cosa más dulce y lisonjera que todos los triunfos obtenidos sobre adversarios duchos en rendirse y contra fortalezas que rabiaban por facilitar al sitiador sus llaves.

¿Adivinó algo de esto el jinete? ¿Fué tan sólo efecto de la inveterada costumbre de no dejar hembra sin ojeada, por si acaso? Lo cierto es que sus miradas eran intensas, constantes, fascinadoras. Clara aguardaba aquel mirar como el pan de cada día. La alimentaban los ojos de su absoluto dueño. Esperaba, con la fe mesianista de los seres humildes y olvidados, que el jinete, parando el generoso corcel, le dijese: «Pues nada, que ahora te encaramas á la grupa y te vienes conmigo». ¿Adónde? ¡Bah! adonde él mandare: á Melilla, á Filipinas, á Fernando Póo.... siempre sería á la gloria.

Tan tenaz se hizo en Clara esta obsesión, que, secretamente, con fuerza de voluntad espantosa, realizó sus preparativos de viaje. Del mísero presupuesto de la familia ahorró real tras real una irrisoria suma, y la cosió entre el forro de un abrigo que tenía siempre colgado al pie de su lecho. Destinaba aquel caudal á la adquisición del indispensable saquillo y á la de un velo tupido para cubrirse el rostro. Lo que no se presentaba era la ocasión de salir de *ocultis* á todas esas compras urgentes. Sin embargo, acechándola bien....

Aracne silenciosa que labrabas tu tapicería en el rincón del tenducho, ¡cómo te avergonzarías si pudieses ver los bordados de seda, plata, perlas y orientales rubíes, que una labradora rival tuya, la ilusión, recamaba en el cerebro de Clara Bonaret! Misterioso abrazo; fusión de dos espíritus simbolizada por dos cuerpos juveniles y hermosos; abrazo que nunca te manchas con el barro de la sensualidad, poema de estrofas rimadas por caricias de ángeles, viaje á la tierra donde la materia no existe,



donde no hay prosa, donde se anda sin tocar el suelo, donde las flores narran consejas á la luna.... Ensueño divino que unge y mata al que en sí lo lleva, ¡cómo hervías, cómo te elevabas en columna de oro del espíritu de Clara Bonaret al cielo, tu verdadera patria!

Un día el jinete no pasó. Clara se acostó febril. No cabía duda, ocupaciones ó enfermedad.... Tampoco al siguiente se oyó el trote del caballo arrancando chispas de las piedras y del corazón de Clara. Ni al otro, ni al otro.... Una semana había transcurrido.

La niña no se tomó el trabajo de inventar pretextos. Así que no pudo más, cogió las vueltas á su padre y hermana; atravesó rápidamente, sin avergonzarse, la calle Mayor, donde algunos transeuntes, conociéndola, la miraban con extrañeza; bajó hacia el Páramo de Solares, y se fué derecha como un dardo al cuartel. ¿Al cuartel? ¡Vaya! Á peores sitios iría ella sin vacilar. El centinela la detuvo, preguntando un instante, medio guasón y medio solícito, qué quería. «Saber dónde vive....» (Aquí el nombre, que no nos importa.) Como el soldado no acertase á responder y pasase por allí un sargento, fué éste quien sacó de dudas á la enamorada: «Ese señorito hace más de ocho días que largó de Marineda. Siempre quiso ir destinado á Sevilla, y, tanto trabajó, que lo consiguió por fin. Si tiene algo que decirle.... escriba.»

¡Escribir!

Clara no articuló palabra alguna. Dió media vuelta, se echó á la cara instintivamente el velo del manto, y rodeó el lado derecho del cuartel, en dirección opuesta á su casa.

Volver á ella, no lo pensó ni un segundo. En medio del caos de su pobre meollo, quizá la única idea concreta y dominante era huir, alejarse mucho de su casa. Su



casa era un limbo gris, una tumba de vivos. Su casa...., ¿y no ver pasar al jinete? Para ella todo se había concluido, todo; no encontraba fondo en que asentar la existencia, ni razón para continuarla. Esto no lo discurría : lo sentía dentro, bajo el dolorido seno izquierdo, en la apretada garganta, en la vertiginosa cabeza.

Iba andando lentamente, lo mismo que si se recrease en pasear. Era, en realidad, hora de gozar plenamente la hermosura y calma de la tarde. En las callejuelas que siguen al cuartel, la proximidad de la noche infundía paz: los chiquillos se recogían á cenar y acostarse; un soplo fresco y salitroso venía de la costa, y en la capillita pobre, frecuentada únicamente por pescadores, el esquilón convocaba al Rosario....

Clara andaba y andaba maquinalmente. No sentía, al avanzar, la flexión de sus piernas. Tenía la sensación de caminar sobre algodón en rama, con la frente hecha un horno y la boca seca y untada de hiel.

De súbito se paró. Había recorrido toda la calle del Faro, y al concluirse las casas, se le aparecía la extensión sin límites del Océano.

En aquel punto no estaba azul, sino verde, de un verde negro casi, pero sereno, con admirable serenidad. Sobre la cima de los montes fronterizos asomaba una encendida luna, envuelta en rosados vapores. Clara permanecía quieta, paralizada, invadida de repente por un dolor agudísimo. No acudieron á sus ojos las lágrimas, pero sí á su garganta un sollozo ronco, un anhelo de ave herida de muerte por el plomo del cazador.

Sus ojos se fijaban en el disco saliente de la luna. El hermoso astro, al asomar, relucía enorme, incandescente, glorioso. Á medida que iba ascendiendo, su inflamado color palidecía. Al fin se convirtió en placa de oro páli-



do, y poco después, en la blanca faz de un muerto. Tal le parecía por lo menos á Clara, que no pudo menos de establecer, sin expresarla ó darle forma, una comparación instintiva entre la suerte de sus afectos y aquella poética decadencia sideral.

Así eran las cosas: extinguido el fuego, la dicha borrada, el único interés de la vida suprimido como aquel fugitivo resplandor de la luna. La existencia ya obscura y tétrica eternamente: un mar sombrío, sin límites, sin esperanza....

¡Cuán veloz germinó la idea en su cerebro! ¡Cómo prendió, á modo de chispa en seca paja! ¡Decir que no se le había ocurrido antes! ¡Un remedio tan pronto, tan seguro, tan eficaz!

Con alegría pueril echó á correr hacia la costa. No veía: la vereda era pedregosa, costanera, abierta entre los sembrados, y á lo mejor interrumpida por charcos y zanjas, en que Clara tropezaba frecuentemente. Una vez hasta cayó. Soltando carcajada convulsiva, volvió á levantarse, y siguió su camino después de recogerse las faldas, procurando, por hábito de pudor, y como si alguien la viese, que no pasase el remango más arriba del tobillo. Ya distaba poco del mar...., cuando advirtió que no podía llegar hasta él. Agrios peñascales, picudos y resbaladizos, la separaban del Océano. Cien veces se rompería las piernas antes de acercarse al agua salvadora.

¿Qué hacemos?

Miró alrededor. La luna, enmascarada ya por nubes grises, alumbraba poco el paisaje; sin embargo, Clara pudo ver que el sendero, á la izquierda, se torcía bajando hacia el mar. Por allí debía de haber salida. Sólo que, para tomar aquella ruta, era preciso pasar rozando con las



tapias del camposanto. Y Clara—resuelta á morir—tenía miedo á las tapias.

¿Miedo á los espantos de ultratumba? ¿Miedo á algún ánima del purgatorio? No, por cierto; ni se le ocurrió siquiera. Miedo al sitio, muy sospechoso y de fatal reputación en la capital marinedina. No obstante lo retraídas que vivían las hijas de Bonaret, habían llegado á sus oídos historias trágicas, relacionadas con las tapias malditas. Allí se recogían suicidas con el cráneo roto ó mujeres asesinadas con un puñal clavado en el pecho; allí se dirimían las cuestiones á garrotazos, y allí, por último, buscaban infame seguridad las parejas sospechosas. Clara temblaba á las tapias del campo santo. ¿Qué podría sucederle peor de lo que ya tenía resuelto? Nada en verdad; pero....., enigmas de nuestro ser: temblaba.

Al fin se decidió. El corazón le pegaba grandes brinco. El sendero faldeaba precisamente la tapia, revolviendo junto al ángulo, donde un vallado lo guarnecía. Clara se deslizaba, llena de ansiedad, deseando llegar al final de su carrera....

Disponíase á dar la vuelta al ángulo de la tapia, cuando tuvo que detenerse, ó, mejor dicho, el terror la inmovilizó de golpe. Por el otro lado de la tapia sonaban voces, un cuchicheo entrecortado y singular.

Aproximóse el grupo, y se detuvo precisamente en el ángulo, antes de salvarlo y encontrarse faz á faz con Clara. En vez de proseguir, sentáronse en el vallado, tan juntos, que hacían una sola mancha oscura sobre el fondo del cielo. Fija, muda, reprimiendo el aliento, dominada por la malsana curiosidad de las doncellas, Clara los devoraba con los ojos. Eran dos amantes, no cabía duda; así estarían ella y su ídolo, si lo hubiese permitido la triste suerte.... ¡Dos amantes, dos futuros esposos! ¿Qué



otra cosa habían de ser, cuando así se acariciaban y estrechaban y fundían? No obstante, á los dos ó tres minutos de espectáculo, Clara sintió una especie de náusea moral, algo parecido á la sensación de la primer chupada de cigarro para un chiquillo. Y esta náusea se convirtió en horror al salir la luna recogiendo su velo de nubes, y distinguir claramente, en la enlazada pareja, las figuras y rostros de D. Atilano Bujía y la hermosa zapatera vecina de Clara, rubia como unas candelas, y mujer de un marido joven y buen mozo!

Clara miraba al grupo, sin hacer un movimiento, cortada hasta la respiración por el asco.... Su misma repugnancia la impedía huir, librarse del cuadro grotesco y lúgubre. También el asco fascina, prende los ojos, prende la imaginación, y fuerza la atención, quizá con más energía que el gusto.... Clara no quería ver, y miraba; no quería oír, y oía distinta y sutilmente; no quería entender, y en su alma de virgen se rasgaba un velo blanco....

.....

Hacía diez minutos que se había alejado la pareja, dando, sin duda, vuelta á las tapias por el lado opuesto, y aún Clara no tuviera ánimos para arrancarse de allí.... Sentía un hielo, una anestesia interior, la congelación de su novelesco ideal. Una voz mofadora repetía á su oído: «Ahí tienes tú lo que es el amor, chiquilla....»

Una ráfaga de aire muy vivo, marino, delicioso, la despertó. Exhalando un suspiro, volvió pies atrás, se ciñó el velo y tomó á buen paso el camino de la ciudad, impulsada por el temor de que su padre y su hermana estarían vueltos locos, echándola de menos y haciendo mil conjeturas.

EMILIA PARDO BAZÁN.



## CONSIDERACIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS

ACERCA DEL

# NOVÍSIMO ASPECTO DE LA CUESTIÓN OBRERA



No entiendo que la cuestión obrera pueda engendrar fácilmente *la anarquía*, ó sea una confusión bárbara en que naufrague una vez más, para salir de nuevo á la orilla, Dios sabe cómo y cuándo, la civilización universal. Pero no es, en suma, el socialismo utopista, comunista-colectivista, revolucionario, que intenta destruir de arriba abajo el estado social para construir uno quimérico, el que más solicita la atención ahora. Tales propósitos, por su manifiesta imposibilidad y su brutal violencia, excluyen otra resolución del estado que no sea la de combatirlos á todo trance, empleando en ello cuantos medios depositan en sus manos las naciones. Lo que alcanza mucha mayor importancia es que, enterados ya los proletarios de su igualdad jurídica, y próximos á enterarse del reciente poder que la igualdad electoral les da por dondequiera, piden y aun exigen cosas que, si no son siempre realizables, parece á primera vista que



pueden serlo, hecho que á sus ojos excusa lo que pretenden. Para decirlo de una vez, que el sufragio universal tiende á hacer del socialismo una tendencia, si bien amenazadora, indisputablemente legal.

Las últimas elecciones del Imperio alemán fueron sobre este particular un grande aviso, que allí no se echa en saco roto, ni debe echarse en parte alguna. Ningún pensador de aquel país puede ya dudar que si allá no se apela á violencias ó falsificaciones que reduzcan el sufragio universal á la simple apariencia que en Francia fué durante el Imperio napoleónico, llegará día en que, con plena conciencia el proletarismo alemán de su poder político, y gracias á la organización perfeccionada que va adquiriendo, perturbe profundamente, cuando menos, el ejercicio del gobierno. ¿Hay delirio como pensar que las pasiones y las ideas falsas de los más sin comparación, salgan perpetuamente de los comicios en minoría? Si aquí ó allá se da esto al pronto, no hay que confiar que dependerá de causas transitorias el hecho, por ser anormal y hasta contra naturaleza. No, no ha de existir, como existirá ya por indefinido tiempo, el sufragio universal, sin que un poco antes ó un poco después el socialismo del Estado, que hoy tanto se anatematiza por algunos demócratas inocentes, se ensaye, por medio de cualquiera de sus fórmulas conocidas ó de otras nuevas. Tal es la situación; y no es hora de cambiarla, en muchas partes del mundo, ni de desconocerla, sino de contemplarla cara á cara, según he dicho, y con entereza varonil. Ni es otra cosa lo que ha hecho á mi juicio el Imperio alemán, por lo cual no es la primera vez ésta que le excuse yo y aun le defienda contra sus superficiales detractores. Ninguno de ellos puede pretender seriamente que las dificultades de tamaña empresa como aco-



mete se hayan escondido á los perspicaces ojos de un Estado que en tan pocos años ha sabido ascender al preeminente lugar que en el mundo ocupa. Lo que hay es que, por justificar, mediante el procedimiento revolucionario que Napoleón III había puesto á la moda, las anexiones de territorios ajenos, y sin reparar, por de pronto, en los medios, Guillermo I y su gran ministro Bismarck abandonaron la orgánica legislación prusiana, estableciendo el sufragio universal igualitario para el Imperio. No ha tardado el socialismo mucho, estimulado á la par por la nueva dirección de la ciencia económica dentro de las universidades germánicas, en aprovechar este instrumento utilísimo para disputar el poder á las demás clases del Estado y á la monarquía misma. Temerario sería suponer que, por su parte, se deje el Imperio alemán morir de mal de lógica, aunque la siga bastante trecho, y mientras no tropiece con la imposibilidad manifiesta de ir adelante. No ya las tentativas violentas de los proletarios socialistas, que eso dicho se está, sino hasta el ejercicio de su derecho electoral, cuando de veras amenace la propiedad, el trabajo y el principio de autoridad, serán sólo un nuevo nudo que cortar para la tajante espada del Imperio, que sobrada fuerza tiene para arrepentirse de cualquier error cuando le haga falta. Mas no podrían, aunque quisieran, los consejeros federales suizos ; ni fué Guillermo I de Alemania, ni el Emperador actual es hombre, según yo pienso, de apelar, sobre este caso, sin cargarse de razón, á la fuerza. ¿Y no se ve ya aquí patente el segundo de los cardinales motivos porque, á mi juicio, los referidos gobiernos y tantos otros tratan actualmente al proletariado como verdadero poder legal, procurando con ansia satisfacer cuanto hay de hacedero, ó práctico, y compatible en sus aspira-

:



ciones, con la civilización general? Porque poder llega, ¿quién negará que el mayor número lo es donde las leyes constitutivas por todos aceptadas le han dado el derecho de crear los cuerpos legislativos, ó la rama en ellos predominante? No se trata en el mundo moderno ya de que deje de votar ningún hombre sobre los negocios públicos, que á todos interesan realmente más ó menos, sino de que los votos obtengan igual peso, por manera que preponderen en principio los proletarios. Novedad grandísima es ésta, que no debe servir de tema á esparcimientos retóricos, pues exige en lugar de eso, de los hombres de Estado, bajo cualquiera forma política, constantes y profundas meditaciones.

Observad bien, señores, lo que este cambio singular importa. Había hasta ahora estado el poder público adherido á la propiedad en las naciones herederas de Roma donde la victoria de la plebe contra el patriciado no produjo más que el cesarismo infame. Durante la Edad Media, los señores laicos ó eclesiásticos, con más ó menos extensa jurisdicción de soberanos, poseyeron al par la tierra, y aun por medio de aquella facultad práctica, que naciones civilizadas echan hoy menos de saquear á los judíos, el capital también cuando les convenía. La clase media, en tanto, desde su origen industriosa y comerciante, ora judía, ora cristiana, lentamente comenzó á influir en la cosa pública; pero al mismo tiempo que con mayor ó menor dificultad y riesgo creaba capitales ó adquiría propiedades libres, primero en poblaciones importantes, realengas, ó con régimen peculiar, después en los pueblos de señorío, todos rurales, hízose igualmente que de las haciendas, señora al fin del Estado. Ni fué otro el sueño de la monarquía absoluta que juntar en uno el poder sobre vidas y haciendas,



cuando se dejaba guiar por los juristas justiniáneos, contra la opinión de los teólogos católicos. Y si el sistema parlamentario de nuestros días se engendró más tarde en Inglaterra, para ser allí lo que ha sido y tal vez deje de ser pronto, necesitó ante todo una combinación estrechísima de la propiedad con la autoridad pública, pertenciéndole á la primera una Cámara total, la alta, é influyendo en la formación de la baja, ó de los Comunes, de un modo decisivo. Todo esto en mucha parte de los pueblos civilizados notorio es que se viene, ó ya ha venido abajo. Por peculiar derecho, ni la propiedad ni el capital suelen tener participación hoy en la formación del poder público. Repútanse, pues, tales instituciones y mantiénnense sólo en pie, como instrumentos económicos de producción. Preocupóse, ya lo he dicho, primero que nadie de las consecuencias sucesivas de novedad tamaña, la más completa de las democracias existentes, la suiza, que, persuadida del riesgo, y sin recurso para regular ó retardar la carrera emprendida, ni menos ya para sustraerse á las tempestuosas tinieblas de lo desconocido, prefirió y prefiere anticiparse á lo inevitable. Por modo parecido, la Monarquía alemana, fuerte, vencedora y llena de prestigio, siente, con todo, el peligro común y hace por conjurarlo con procedimientos de razón, adelantándose á lo posible, para reñir mejor con lo imposible, cuando le presente inexcusables batallas. Así es como concibo yo, en resumen, que faltos de soluciones científicas de un lado, dada la demostrada ineficacia, ó divergencia, de la Economía política, y de otro oprimidos por el exigente espíritu de las masas electorales y legisladoras, gobiernos de tan distinta índole hayan venido á plantear en términos casi idénticos la cuestión social.

Pero aunque tenga tan general origen el novísimo



movimiento político-social, lo que en esto ha preocupado más, y preocupa, á la opinión pública, no cabe duda que es el que se pusiera el emperador Guillermo I á la cabeza, valiéndose, como hasta poco ha su sucesor, del príncipe de Bismarck. Al par que este hombre de Estado combatía implacablemente por leyes excepcionales al socialismo revolucionario, decidióse un buen día á asumir para la imperial corona germánica la empresa, no hay ya que decir atrevidísima, de contener, dentro de lo razonable, la desbordada corriente del socialista proletariado alemán. Comenzó por de contado estableciendo, al tiempo mismo que el sistema de libre concurrencia entre alemanes, patrocinado por List, los diques externos que juzgaba este último indispensables para la conservación del mercado propio, dando espacio además á una preparación suficiente, para conseguir á la larga una ventajosa competencia con el extranjero. Por todos caminos atendió al objeto dicho: primas, facilidades á la exportación, colonizaciones lejanas, asidua protección diplomática, cuanto imaginó, en suma, su espíritu fértil, convertido á las ideas de List sobre Economía nacional. Y una vez hecho esto, fijó por igual su vista rápida, sin curarse de inconsecuencias ni contradicciones personales, en el socialismo de la cátedra, y hasta en las anti-economistas pretensiones de Lassalle, para aprovechar cuanto le convino de todo ello, á fin de mitigar juntamente los combinados excesos de la libre concurrencia internacional é individual. ¿Sabía Bismarck bien, á los principios, lo que quería y podía lograr? Probable es; mas no se le injuriaría dudándolo, por la oscuridad de la materia. El problema que se propuso hubo de ser éste, en sustancia. ¿Aun dejando del todo fuera las razones del orden religioso y moral, en estos países modernos



donde el poder legislativo, si no entero, por tanta parte está en manos de los más pobres y más necesitados, como, v. gr., en el Imperio alemán, es ya hacedero conservar, sin modificaciones, el *jus utendi atque abutendi*, ni tratar al trabajo humano como á las mercancías insensibles? Lo que á los eclécticos de la Economía política les sugirió la especulación, cual se ha visto, al hombre de Estado de quien hablo se lo inspiró la política. Cavour ha pasado por rival suyo, á juicio de alguno, en cuanto á agrandar naciones ; pero sin duda se quedó lejos de él en la cuestión social. La caridad legal de este último permaneció en idea, y la del primero ha penetrado en los hechos. No pienso tampoco que se fijase Cavour tanto como Bismarck en la dificultad extrema de que, dentro de la igualdad de derechos políticos que existe ahora, se mantengan íntegras y sin prudentes transacciones, así la desigualdad excesiva y egoista de los bienes, como las relaciones, puramente mecánicas, del capital con el trabajo. El Ministro imperial debió de decirse á sí mismo : pues que se torna á los malogrados ensayos de las repúblicas helénicas , peor repetidos por la plebe de Roma ; pues que la propiedad y el capital dejan de tener á su devoción el poder público, tras tantos siglos de progreso, bajo aquella condición que parecía esencial ; pues que el mayor número de los ciudadanos ha de ejercitar dicho poder en tamaña parte, precisa mirar el problema frente á frente y con valor para hacer pronto cualquiera de estas dos cosas : ó destruir por sus fundamentos las instituciones y las leyes democráticas, restableciendo el antiguo sistema jerárquico de las sociedades europeas, y volviendo á aunar el poder público con la riqueza; ó intervenir en los crecientes conflictos entre el capital y el trabajo para ir aplazando, cuanto quepa al menos, las fina-



les soluciones anárquicas ó cesaristas, adelantándose de buena gracia á conceder cuanto, mejorando la suerte individual del nuevo soberano ó semi-soberano, temple sus irreflexivas impaciencias con la satisfacción de sus más urgentes y racionales reclamaciones. Y dado el dilema, continuaría quizá diciéndose el Gran Canciller, parece lo menos malo acceder á aquellas, hasta donde resulten compatibles con el organismo social y sus inevitables bases, el capital y la apropiación de la tierra, y también con la concurrencia, que, por entero desterrada, ó restringida con exceso, enfriaría demasiado el trabajo individual y el cambio internacional, desapareciendo así el progreso de nuestra especie. Lo que acaso no observó el insigne Ministro, y perdóneme la sospecha, fué que la solución más humana, más prudente, más simpática de las dos, y hasta más justa, requiere el concurso del tiempo, y que el Estado se reserve facultades suficientes para ir midiendo el paso, y evitar que se despeñe en inconsiderada carrera la muchedumbre engreída con su nuevo poder.

Previendo desde largos años antes todo esto la ciencia política, desinteresada y serena, había reprobado en Alemania, con el sabio Dr. José Held, el sufragio universal francés. Partía aquel pensador de que el objeto de la representación política pura y simplemente consiste en provocar el crecimiento de la inteligencia y la energía del Estado, excitando su vida orgánica, y dirigiendo hacia él *las mejores* fuerzas políticas de cada pueblo, las más elevadas miras y los más firmes caracteres, por todo lo cual debía, á su juicio, depender el derecho al voto de aquellos conocimientos y aquellas iniciativas que representen la mayor potencia orgánica de un Estado, y sean más adecuadas para facilitar su progreso orgá-



nico (1). Con la ligereza que ciertos polemistas acostumbran, ha dicho recientemente alguno que esta doctrina de Held, planteada, y todavía vigente, en el especial régimen prusiano, contaba como adversario á Bismarck, que le creía dañoso á las ideas conservadoras. Lo que parece cierto es que para la preparación de sus gigantes empresas de política externa, debióle de convenir mejor al imperioso Ministro en ciertos días el sufragio de la muchedumbre, por más fácil de atraer á sus miras patrióticas, que un sistema electoral apoyado en los intereses, siempre más tímidos, del capital y la propiedad. Mas obsérvese que lo que pretendía entonces no era de carácter conservador, ni mucho menos. Hombre de acción antes que nada, y preocupado con la difícilísima que traía entre manos, concíbese que no percibiera desde lejos la superioridad permanente de aquel sufragio orgánico, de que el reino de Prusia aún goza, aunque no hayan faltado demócratas que lo combatan. Semejante sufragio orgánico no facilita, en verdad, la sistemática anulación de los Parlamentos ante un poder que necesita ó quiere ser dictatorial, como todo poder conquistador; mas, en cambio, ofrece un antemural robusto contra el posible despotismo de la muchedumbre proletaria, salvando de sus cálculos equivocados, y sus precipitadas y utópicas resoluciones, los cimientos sociales. La marcha misma de la democracia, llévenos adonde nos lleve en lo futuro, para ser segura y definitiva, exigirá meditados y lentos pasos. Nunca, pues, por consejo de la ciencia hubiera entrado el voto igualitario en el Imperio alemán, ni tampoco sin las conveniencias inmediatas

(1) Véase la *Colección de cuatro tratados políticos*, publicados por el Barón de Haxthausen (Leipzig, 1863), cuyos autores fueron José Held, de quien son las palabras citadas; Rodolfo Gneist, Jorge Waitz y Guillermo Kosegarten. Todos estos autores célebres eran liberales y de ideas muy progresistas, en el sentido recto de la voz.



de la política de anexión. Quizá fuera para su éxito instrumento ventajosísimo ; mas querrá esto decir que no cabe conseguirlo todo á un tiempo. Ello es, en suma, que si no compró caro, compró á buen precio el tal sufragio el Imperio, con los inconvenientes que ya le trae, y le traerá en lo futuro más y más. Y eso que el cesarismo, medicina amarga de la demagogia en todos los siglos, no será en Alemania indispensable, porque cuanto aquél suele ejecutar desautorizada é irregularmente, cumpliálo allá un trono que, sin asombro de nadie, reclama aún su derecho divino, como nadie ignora. Con constitución tan sólida, que origen tal le permite atribuirse, mediata é inmediatamente, en estos tiempos, permitido le es al Imperio proseguir, con una lealtad que á ningún poder débil fuera dada, las complexas dificultades de su empresa, tratando primero con el proletariado de poder á poder; llevando las reformas sociales más lejos que nadie, y esperando para reprimir, no como hasta aquí parcialmente, sino de un modo total y decisivo, á que llegue la aciaga hora, si llega, de que apelen las masas socialistas á la violencia, ó ejerciten sus derechos políticos en una dirección irracional que de veras amenace á la civilización. Dios quiera apartar momento tan triste de Alemania, y aun de todo el mundo moderno; pero séame lícito insistir con tal motivo en que el sistema orgánico á que obedece la ley vigente en Prusia de 30 de Mayo de 1848, por toda Alemania extendido en esta ocasión, llevaría por mucho más llanos caminos á la posible resolución de la cuestión planteada. Bastarían de cierto á impedir un desencadenamiento fatal á todos los términos de la ley citada, según la cual todos los varones de veinticuatro años de edad, que no viven de la asistencia pública, ni se hallan privados de sus derechos civiles, apa-



recen divididos para votar en tres clases : una que encierra á los mayores contribuyentes, que juntos pagan en cada distrito la tercera parte del impuesto; otra, á los que satisfacen los dos tercios; la última, en fin, á los que nada pagan. Cada cual de las dichas clases nombra luego una tercera parte de los electores de segundo grado, que, reunidos, eligen á los diputados de la nación. Bien cabe, así como ha advertido el Dr. Kosegarten, que haya distritos en que la primera clase se componga de solos tres electores (número que convendría sin duda aumentar), de ciento la segunda, y de mil la tercera; cosa irritante, por ejemplo, para cualquier francés, pero que nunca ha impedido á los electores prusianos sobreponerse en los comicios á la influencia oficial (1). Lejos de eso, semejante ley ha dado, por consecuencia, muy independientes Cámaras, y no es difícil que á tal combinación se deba que el cuerpo electoral prusiano haya mostrado voluntad propia desde tan pronto; ventaja que Inglaterra misma no ha gozado hasta bien entrado el siglo presente, y que no existe todavía en naciones de mucho más antigua historia parlamentaria.

Mas, sea esto que antecede exacto ó no, partamos de que el emperador Guillermo I y su sucesor se han encontrado en el Imperio con un sufragio igualitario donde no existe representación alguna de la desigualdad de intereses entre las distintas clases sociales. Para todos sus planes, pues, con el estado social y político, por tal situación engendrado, han debido contar. Volver la espalda al problema para no ver sus dificultades y peligros, como si por eso no existieran, de todo Gobierno habría sido impropio, y lamentable en cualquiera; pero mucho más

(1) Véanse sobre estas discusiones principalmente los tomos IX, XI y XV de la gran colección intitulada *Les discours de M. le Prince de Bismarck* : Berlín, 1889.



en una Monarquía de derecho divino, y de tan pronunciado carácter militar. Así es que lo que en Alemania se califica de socialismo arbitrario, no aparezca á mis ojos sino como un previsor concepto de las necesidades políticas creadas por la impotencia de los antiguos dogmas económicos, combinada con la dirección de la nueva ciencia, la agitación del proletariado, y el vigente sistema electoral. No sé yo, en el ínterin, si por ingenua expresión de un sentimiento religioso que jamás ocultara, ó por mero arte político, ha puesto á un lado Bismarck siempre esas necesidades y esos peligros á que su política económica y social responde, derivándola de mucho más desinteresados móviles, y apellidando ante el Reichstag *cristianismo práctico* sus dos leyes en favor de los obreros. Propúsose con la primera sustituir en gran parte la asistencia ó beneficencia local por un *seguro nacional* contra los accidentes temporales ó mortales que, de resultas de sus faenas, suelen sobrevenir á los obreros, quedando la responsabilidad pecuniaria del seguro á cargo de los patronos, y en ciertos casos de las municipalidades. La segunda tuvo por objeto fundar una especie de retiro en pro de los ancianos de más de setenta años y de aquellos obreros industriales ó agrícolas que los varios accidentes del trabajo dejan inválidos, sobrelevándose este nuevo gasto por tercias partes entre el Imperio, los patronos y los mismos obreros cotizados. Naturalmente ofrecieron controversia, y no escasa, novedades tales, dentro y fuera del Reichstag, y hasta el 24 de Mayo del pasado año de 1889 no vió el Canciller realizado por fin, con la aprobación de la postrera de dichas leyes, la primera parte de su *cristianismo práctico ó política social*. Durante la discusión que ambas ocasionaron, hubo de desplegar aquél á un tiempo con-



tra los demócratas socialistas, los progresistas, los particularistas, que encuentran malo cuanto el Imperio hace, y aun la casi totalidad del llamado partido del centro ó católico, por bien diferentes motivos coligados, los recursos todos de su clara, firme y cáustica elocuencia (1). Del lado de los católicos la oposición del primer momento, tan modificada después, era ilógica, puesto que á los proyectos de que se trata no podía en realidad negárseles un espíritu conforme con las tradicionales, numerosísimas y admirables instituciones de la caridad cristiana. Pero allí, como en Bélgica y Francia, desconfiaban los católicos del Estado por las frecuentes luchas mantenidas con él de cien años á esta parte; y sólo se han prestado más tarde á secundar la acción de sus Gobiernos en la cuestión obrera, cuando la voz altísima del sabio Pontífice que rige la Iglesia ha hecho entender al mundo que la marea viva del proletariado, miserable y legislador á un tiempo, necesita de todos los diques sociales juntamente: del de la religión hasta donde influya todavía; del de la ciencia económica, aunque tan disminuido, y del de las potestades civiles. Y, entretanto, conviene recordar que la idea de que el Estado no debe ser indiferente á la situación aflictiva de sus individuos, era de procedencia antigua en Alemania. Porque el Código civil prusiano, sin ir más lejos, tenía inscrita ya en sus artículos la obligación pública de dar sustento á los ciudadanos incapaces de procurárselo por sí mismos, así como la de buscarles trabajo, y la de sustentar instituciones eficaces contra la miseria y la prodigalidad que la origina. Lo que el Canciller alemán hizo, en resumen, fué encarnar esos

(1) Véase en la *Colección* antecitada el tratado de KOSEGARTEN, que se intitula *Précis historique des effets politiques et sociaux des élections populaires*, etc.



preceptos en especiales leyes, con procedimiento más eficaz y mayor sanción. Pero á las indicadas medidas hay que sumar otras más personales por aquél iniciadas, tocantes al restablecimiento de los gremios ó corporaciones de oficios, con deberes también de protección recíproca. Y con esto quedó clarísimo que no pensaba renunciar á que entre sí se ayudaran también por una ú otra manera los trabajadores mismos, pues ni él ni hombre de Estado alguno ha de querer, según dejo repetido, que la intervención del Estado empiece sino tan sólo allí, donde resulte inexcusable.

Notorio es, señores, que esa cooperación gremial, forzosa en Austria, aunque en su organismo autónoma, mediante el previo establecimiento de corporaciones municipales de trabajadores, da ya buenos resultados; y que la pacífica federación obrera que tiene en acción Suiza y hoy cuenta hasta ciento treinta mil individuos, gracias á dos fundadores insignes, católico uno y libre-pensador el otro, en estrechas relaciones siempre con el Gobierno federal, y sin otra mira que el mutuo auxilio, está asimismo siendo notabilísimo *specimen* de institución social. No, nunca afirmaré bastante que todo eso es útil, y que no hay que soñar en que el Estado monopolice, sino en que complete la protección social. Ni fuera imposible que las instituciones antiguas y nuevas, ora nacidas de la particular iniciativa, ora de su combinación con la del Estado, remediasen al fin lo más, si el proletariado tuviese resignación, ó se hallase forzado á esperar, faltándole medios para abrir igual camino á sus justas ó injustas demandas. Pero ni Bismarck, á quien siempre nombro el primero, porque nunca dejará de ser el iniciador del *cristianismo práctico*, haya disentido ó no en tal cuál resolución aislada, que yo en verdad lo



dudo, ni su sucesor en el gobierno, contaban con las necesarias treguas, como lo han demostrado las elecciones últimas y tantos otros hechos palpables. Tampoco pudo escondérsele al primer Canciller del Imperio que cualquiera protección del Estado á los obreros, que disminuya el trabajo y de un modo ú otro aumente su precio, perjudica á la competencia de sus patronos con aquellos extranjeros que sin sacrificios ni límites explotan el trabajo; por lo cual únicamente es dable allí donde á las producciones de un país les sea dado defenderse de sus rivales mediante las tarifas de aduanas, mientras no se llegue, si se llega al cabo, sobre tales materias á una común inteligencia internacional. Pocos osan decir que agricultores ni industriales, ni aun los comerciantes mismos, hayan perdido nada con el cambio de ideas económicas del referido hombre de Estado; pero los que menos pueden condenarlo, á no dudar, son los trabajadores del Imperio. De seguro que no podrían soportar sus patronos las cargas que las leyes de protección obrera les van imponiendo, si hubiesen de tomar parte en una competencia libérrima con naciones donde ninguna obligación exista de contribuir al alivio de los accidentes y de la invalidez, prematura ó no, que la edad ó el trabajo ocasionan. Las dos protecciones son, pues, una en substancia (1).

Y por lo demás, hartó sé yo que los socialistas alemanes, por lo general, no agradecieron al glorioso emperador Guillermo I, ni á su consejero el Gran Canciller, las leyes protectoras, como tampoco agradecerán al presente Emperador su iniciativa internacional, porque á todo *paliativo* tienen declarada guerra sin cuartel, levan-

(1) Sobre las discusiones á que el cambio de opiniones económicas de Bismarck dió ocasión, véase el tomo VIII de la citada colección de sus discursos.



tando la fácil, pero estúpida bandera *del todo ó nada*, que jamás ha aprovechado en este mundo á nadie, ni siquiera á su pretendido autor César Borja. Mas quien espere gratitud inmediata por sus servicios reales y posibles, no merece llamarse hombre de Estado. Por demás se sabe que el común de las gentes ni agradece ni aplaude sino lo que lisonjea sus vecinos intereses ó la satisfacción total, que no sujeta á medida alguna, de sus pasiones. Desde que, bajo el régimen del sufragio universal igualitario, floreció en Alemania el socialismo, húbose bien de observar que la antimonia de Cavour no era ya la única planteada, ni quizá la más temible. El derecho á la mera subsistencia, en discordia con el de usar y abusar de la fortuna, si interesa más generalmente al obrero, no le estimula, sin embargo, á tan ardientes reclamaciones, como su absoluta igualdad jurídica y política, paralela á la desigualdad inmensa de goces y al multiplicado anhelo de ellos que á modo de sed hidrópica le atormenta. Podrán ser siempre los menos los que esto experimenten; pero como los que lo experimentan son de ordinario los más inteligentes y cultos y mejor enterados de los goces que echan menos, bien pueden conducir al mayor número á rebelarse contra el orden social. De seguro, los peores enemigos de éste saldrán de ahí; que la miseria suele inclinar á la humildad, mientras la mera satisfacción de las necesidades físicas, cuando las siente intelectuales y pasionales, no hace sino prestar al hombre osadía para exigir á cada instante más. Dícese, y lo creo, que muchos obreros alemanes adscritos al socialismo no son de los que luchan por la vida precisamente, sino por igualarse con los más en bienandanza. ¡Cuán sin razón ha escrito poco hace M. Taine, sin ser oscurantista, que de todas las creaciones de 1789 no queda íntegra y viva sino el



sistema métrico decimal! (1). El sarcasmo es muy merecido, pero inexacto. Queda aún en su pleno vigor lo que él á seguida califica de *preocupación igualitaria y niveladora*; preocupación que por sí sola agrava singularmente hoy en día la cuestión obrera. Dondequiera que ella prepondere, será del todo irresoluble la cuestión. En el entretanto, patente está que en toda Europa, y en la propia España por supuesto, hay de sobra socialistas, colectivistas ó comunistas revolucionarios, que no aspiran á la mejora sucesiva, pacífica, con carácter relativo, limitada á lo hacedero, y sin mengua de los comunes principios jurídicos de los trabajadores en general, sino á todo cuanto apetecen de un golpe. Otros hay felizmente que piensan mucho mejor, como, por ejemplo, los obreros catalanes que compusieron cierta comisión poco hace enviada á Inglaterra para estudiar las condiciones de la industria fabril, los cuales han rechazado con indignación la idea de reemplazar el presente estado de cosas por un estado salvaje, anárquico, antihumano, en el que perezca á la par el orden que el progreso social. Con tales ilusos, que, según dijeron con frase exacta los antecitados obreros de Barcelona, *deliran por el conseguimiento del todo* (2), no hay, por desgracia, camino alguno de llegar á acuerdos razonables. Pero, con todo, es un deber de los Gobiernos del día, hasta de los más fuertes, ya lo he dicho, el poner de su parte la razón. Nada más necesario que demostrar á los obreros pacíficos é inteligentes, que sólo aspiran á lo justo y posible, que no se les mide á todos por igual rasero. Toca, además, á los ricos de

(1) «Lettre de M. H. Taine à M. Alexis Delaire, secrétaire général de la Société d'Economie sociale et des unions de la paix sociale», en la obra intitulada *La Réforme Sociale et le centenaire de la Révolution*: París, 1890.

(2) Memoria descriptiva redactada por la comisión obrera catalana nombrada para estudiar el estado de las fábricas de hilados y tejidos de algodón en Inglaterra: Barcelona, 1889.



buena voluntad ayudar sin egoismo, ni alarmas ya inútiles, á los Gobiernos, contribuyendo á abrir anchas puertas por donde penetren y á todos lleguen más ó menos los beneficios de la moderna civilización. ¿Por ventura el que la charlatanería de 1793, que apenas encerraba realidad ninguna, reclamase absurdos temperamentos políticos, con que todo gobierno era imposible, impidió que los más prudentes y sabios de nuestros inmediatos antecesores se declarasen decididos partidarios del régimen constitucional y parlamentario, sacrificando tantos y tantos, por establecerlo en aceptables condiciones, fortuna y vida? ¿Las deficiencias posteriores del sistema democrático, han estorbado tampoco que se consiga alguna vez organizar con buen éxito democracias casi absolutas, como en Suiza? ¿Y porque en materia de libertad neciamente lo pidieran todo á un tiempo, ahora los ignorantes adeptos de Rousseau, ahora sus comentaristas los verdugos franceses, habría de haber abandonado el siglo XIX la ardua, pero realizable empresa, de conciliar el orden social con la libertad política? Hase, pues, de proceder en la nueva cuestión como en las ya antiguas de derecho público, ni más, ni menos. Un periodista francés (1), de los más escuchados por su sensatez actualmente, preguntaba no ha mucho lo siguiente: «¿Es posible la resistencia á todo trance á las pretensiones de los obreros? ¿No valdría más que se procurase conjurar el mal, aun á costa de sacrificios importantes, mucho más importantes que generalmente se desea? No quiero decidirlo; mas urge pensarlo». Y, con efecto: de tal manera se va el asunto pensando en Francia, que hay preparado allí ya para las Cámaras un proyecto de *Caisse de retraite des ouvriers*, por el cual los trabajadores que de veinticinco á cincuenta y cinco

(1) M. Magnard.



años se coticen para sostenerla tendrán derecho además á una subvención del Estado, correspondiente al tercio del capital que así se acumule, aumentando el propio Estado, por otra parte, un nuevo tercio en cada pensión que á los obreros ofrezcan las sociedades de socorros mutuos y de auxilios á la ancianidad. Por cierto que entre nueve millones de obreros no cuenta Francia aún sino veintiocho mil adscritos á tales sociedades voluntarias ; cosa que prueba los insignificantes efectos que ha producido allí hasta ahora el ahorro individual. Pero, en resumen, si el proyecto de M. Constans pasa adelante, que hartó probable es que pase, pudiera el estímulo ofrecido á la asociación de los obreros por el Estado francés obligar á éste á sacrificios iguales ó superiores á los que ha de exigir la famosa *trilogía social* por Bismarck ideada, y que ahora completa la nueva ley de seguros contra la invalidez y la ancianidad que en Alemania se pondrá en vigor á 1.º de Enero del año próximo. También en Austria-Hungría los seguros obligatorios de índole varia están á la orden del día ; y por no hacer tales noticias interminables, limitaréme á decir ya que una nueva y recientísima reforma en la Constitución nacional suiza concede facultades al Consejo federal para hacer igualmente obligatorios seguros semejantes, todo ello á imitación de Alemania. En esta senda había precedido á la Confederación el cantón de Ginebra. Está allí siendo objeto de grandes debates legislativos, tres años ha, el establecimiento de dicha institución, como obligatoria para todos los obreros, subvencionada por el Estado cantonal, y no tan sólo aplicable á las enfermedades, sino á la falta involuntaria de trabajo. Ciertamente que no todos se han encontrado por allá conformes en que tal obligación se decree, invocando el principio jurídico y económico de la independencia indi-

:



vidual ; pero nadie ha contradicho que las instituciones de esa índole las subvencione el Estado (1). Tampoco ha faltado, en cambio, quien pretenda imponer exclusivamente á los patronos la obligación de atender en todos los casos á sus trabajadores. De resultas de la divergencia, no ha sido aún aprobada la ley ginebrina ; pero todo el mundo está convencido en Suiza de que el principio obligatorio y la subvención cantonal serán al cabo votadas por la Cámara próxima, hasta para atender á la involuntaria falta de trabajo. ¿Y qué mucho, en fin, si el anciano y elocuente jefe del radicalismo político inglés, Gladstone, el apóstol de todas las libertades humanas, al propio tiempo que ahora del sufragio universal, y quizá por consecuencia de ello, acaba de declararse partidario en un discurso del límite de ocho horas de trabajo para los mineros, y de que atentamente se estudie la aplicación de un límite para el de todo género de industrias? Cuanto precede anda bien distante de ser particular manía del Imperio alemán.

Fuerza es que deje para otra ocasión el tratar del estado en que entre nosotros se encuentra esta cuestión obrera. Básteme ampliar algo que al principio indiqué. No cabe duda que economistas muy distinguidos de la titulada escuela clásica, ora han tomado la iniciativa, ora han trabajado con inteligente ardor para que en España también haya leyes que, respetando los dogmas jurídicos, indemnizen á los obreros de los accidentes que sin culpa propia ocasionen su trabajo, y fijen al de los niños prudentes reglas, que por igual modo necesita el de las mujeres. Sabéislo de sobra, por los proyectos derivados de una Comisión que he tenido yo el honor de presidir, pendien-

(1) *Projets de lois relatifs à l'Assurance contre la maladie*, Junio de 1888 : Ginebra, 1888.



tes hoy de la aprobación de las Cortes. Más que lo iniciado, hace, á mi juicio, falta ; y será preciso pensar en ello, aunque nuestra situación sea realmente mejor que la de ningún otro gran país tocante al asunto que he tratado. Justísimo parece añadir que no tan sólo el mundo oficial se interesa por acá en la cuestión obrera. Así como antes cité palabras de ciertos obreros catalanes enviados á Londres en comisión, de suma cordura llenas, quiero concluir repitiéndoos otras dirigidas á fabricantes y capitalistas de Barcelona, y que responden á ellas noblemente. Con motivo de la inauguración de un nuevo local, en 12 de Febrero del presente año, el Presidente de la *Sociedad de Fomento del Trabajo nacional*, tan autorizado para llevar allí la voz de los patronos, dijo lo siguiente : «No podemos, señores, olvidar la suerte de la clase obrera. La vida moderna ha encarecido de tal manera el presupuesto de las familias, que no ya la de los obreros, sino hasta la existencia de las clases acomodadas, se hace cada vez más difícil. Como consecuencia de esto, las enfermedades crecen al par de las necesidades, y la suerte del que carece de trabajo, y sobre todo del inválido, es por todo extremo angustiosa. No es fácil acudir al remedio de todos los sufrimientos, porque, sobre ser muchos los que sufren, no habría modo de organizar tan vasto servicio, dado que se recogieran fondos para ello ; pero á quienes no debemos ni podemos desamparar es á estos inválidos que por accidentes desgraciados, por enfermedades crónicas de que no son culpables, ó por razón de su edad, no les es ya posible ganar su sustento (1).» Por donde se ve que no se trata ya sólo allí

(1) *Fomento del Trabajo nacional*. Discurso leído por el señor presidente, D. Pablo Sadó, con motivo de la inauguración del nuevo local de la Sociedad : Barcelona, 1890.



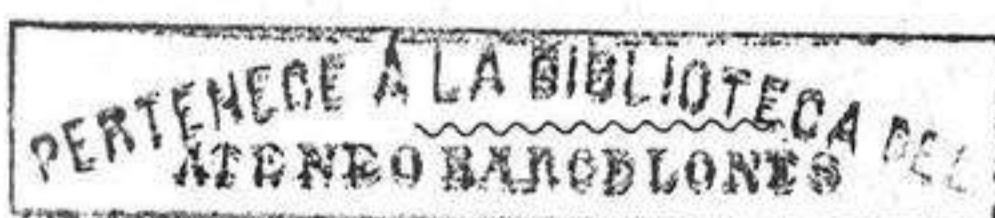
de reconocer al obrero aquello que jurídicamente le corresponde, porque no basta, sino de proporcionarle asimismo favores que tantos países le van ahora acordando. Obra de espontánea y voluntaria acción social, si la institución en Barcelona anunciada llega, como espero, á florecer, tendrá indudables ventajas sobre cualquiera en que el Estado intervenga ; bien sabido es que no lo niego. Sin duda que el patronazgo que cortó de raíz en Inglaterra la Economía política individualista, y que ha obligado tanto al Estado á intervenir en la organización moral del trabajo, no obstante el individualismo británico, nunca ha perdido en España toda su fuerza, y creo yo que aún puede revivir, como en Cataluña se intenta, fácilmente. Mas no hay que hacerse ilusiones : el sentimiento de la caridad y sus similares, no son ya suficientes por sí solos para atender á las exigencias del día. Necesítase por lo menos una organización supletoria de la iniciativa individual, que emane de los grandes poderes sociales ; y de alto, de muy alto, de mano regia, le han venido ya á España en eso la iniciativa y el ejemplo. No dudo que haya quien prefiera las amenazadoras *Trades Unions* de Inglaterra, dueñas ya de fijar el salario arbitrariamente, y muy próximas á serlo de determinar la duración del trabajo, sin el menor concurso de los patronos. Por mi parte, opino que, á la larga, será más ventajoso el concierto entre patronos y obreros, con ó sin intervención del Estado, pero llegando éste siempre hasta donde haga falta. Prudencia, toda será poca, principalmente de parte de los obreros, que acá, como dondequiera, irían á su perdición propia por el camino de la violencia.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.



# ESTUDIOS

SOBRE LOS ORÍGENES DEL ROMANTICISMO FRANCÉS.



## LOS INICIADORES

### **Mad. de Staël, Chateaubriand y sus respectivos grupos.**

POR el fondo de sus ideas y por su primera cultura, Mad. de Staël (1) pertenecía aún al siglo XVIII. Se había educado en el sentimentalismo de Rousseau, y su primer ensayo crítico fué una especie de himno en alabanza de aquel gran dominador de las imaginaciones de su tiempo. Este primer fondo no desaparece nunca, ni en el carácter ni en los escritos de Mad. de Staël. Su sensibilidad, que era muy real, pero también muy estrepitosa, y que ella además violentaba y excitaba artificialmente á ejemplo de su maestro, es el numen inspirador de las cartas de *Delfina*, del libro acerca *del influjo de las pa-*

(1) *Œuvres complètes de Mme. la Baronne de Staël Holstein*: Paris, Didot, 1843: 3 tomos 4.º En el tomo I pueden verse las *Cartas sobre el carácter y escritos de Juan Jacobo Rousseau*, el *Ensayo sobre las ficciones*, el libro *De la influencia de las pasiones en la felicidad de los individuos y de las naciones*, el de *La Literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, y la novela *Corina*, en que tienen especial interés para nuestro objeto los libros V, VI, VII, VIII y IX, que tratan de la literatura y de las artes en Italia. *La Alemania* está en el segundo tomo.

Es imposible recordar todo lo que se ha escrito acerca de Mad. de Staël. Nos limitaremos á mencionar las lecciones 59 y 60 del curso de Villemain sobre el siglo XVIII, el extenso estudio de Sainte-Beuve en los



siones, y de cuanto pensó y escribió Mad. de Staël antes de sus viajes por Italia y Alemania. Aun en las producciones de su madurez se siente el contagio de la *Nueva Heloísa*, que nunca llegó, sin embargo, á perturbar por completo la sana y generosa naturaleza de Mad. de Staël, aunque la condujese con frecuencia á la declamación y al énfasis. La tendencia disolvente y anárquica del individualismo de Rousseau se vió además contrastada en el ánimo de nuestra escritora por el espíritu positivo, filantrópico y religioso de su padre Necker, á cuya memoria tributó siempre verdadero culto. Necker no era un grande hombre, ni aun como hacendista, pero conservaba mucho de la rígida disciplina moral de los calvinistas de Ginebra, y su libro *sobre la importancia de las opiniones religiosas* prueba que se preocupaba del problema teológico más de lo que era costumbre entonces, y que, no sólo por razones de moral social, sino por sentimiento íntimo, estaba más próximo al cristianismo que al frío deísmo de su época. Estos gérmenes, sembrados á tiempo en el ánimo de su hija, mantuvieron siempre en ella una ardiente y sincera exaltación espiritualista, que

*Portraits de Femmes*, dos artículos del mismo en el tomo II de los *Nuevos Lunes*, y por incidencia en otras muchas partes, especialmente en el tomo XII de los mismos *Nuevos Lunes*, y en el libro acerca de *Chateaubriand y su grupo literario*. Sainte-Beuve es, sin duda, quien más á fondo ha comprendido el espíritu y el carácter de Mad. de Staël; pero todavía puede leerse con interés un reciente estudio de E. Faguet, publicado en la *Revue des Deux Mondes*. Véase además E. Caro, *La fin du dix-huitième siècle*, tomo II, páginas 119 á 189, donde se contienen interesantes detalles sobre Mad. de Staël y sus amigos; P. Albert, *Les Origines du Romantisme*, pág. 191; Merlet, en su obra ya citada sobre la literatura de la época imperial, y, en suma, todos los que más ó menos han discurrido sobre el movimiento de las ideas literarias en nuestro siglo, especialmente Brandes. Es riquísima fuente de noticias el libro de lady Blennerhasset, *Frau von Staël* (Berlín, 1888 y 89), traducido al francés por Dietrich con el título de *Mad. de Staël y su tiempo*. Escrito ya este artículo, llega á mis manos otro interesante estudio de Alberto Sorel (*Mad. de Staël*), que forma parte de la serie de biografías titulada *Les Grandes Ecrivains Français*.



con el transcurso de los años fué adquiriendo más sólida consistencia y acercándose más á la creencia positiva, si bien nunca pasó de cierto cristianismo humanitario con algunos reflejos de teosofía alemana. Del siglo XVIII recibió además Mad. de Staël la única doctrina de sabor un tanto religioso que encerraba aquella filosofía, cual es la creencia en el progreso y perfectibilidad humana, que fué el primero y principal artículo de su fe social y filosófica, y el sostén y fundamento de su inquebrantable optimismo, no menoscabado, ni por el espectáculo de la Revolución, ni por las tiranías del Imperio.

Mad. de Staël había nacido para reina de salón, y lo fué desde sus primeros años. Aunque discípula de Juan Jacobo, carecía de todo amor á la naturaleza, y no podía vivir sino en medio del choque de las ideas y en el tráfago mundano. Aun en sus destierros encontró siempre modo de reunir en torno suyo una porción de espíritus selectos que vivían en íntima comunicación con el suyo, y excitaban la energía de su pensamiento, que, por ser al fin pensamiento de mujer, necesitaba siempre ajeno estímulo que despertase sus latentes energías. La capacidad receptiva del espíritu de Mad. de Staël no tenía límites: singular era su virtud para transformar en idea propia y vivificar con su propio calor cuanto oía. Rápidamente se hacía cargo de lo esencial de un sistema, y en brillante improvisación lo devolvía á su auditorio extasiado. Decían los que la conocieron que sus escritos no eran ni sombra de su conversación; pero ¿qué son sus escritos sino conversaciones trasladadas al papel con el mismo ardor de la producción instantánea, con la misma sucesión rápida de afectos y de ideas que pasaban por su espíritu, dejando un rastro luminoso? Corina improvisaba siempre, y aunque no tenía mucho artificio de



estilo, puso en sus obras toda la vida que reinaba en sus palabras, y aquella extraña y deliciosa mezcla de reflexión y de petulante ligereza, de afectación y de candor que en ella había, y que parece inseparable del alma femenina, tal como la presenta la sociedad en sus tipos más refinados y selectos.

Tal fué esta mujer, que después de haber encantado á sus contemporáneos y de haber sido por muchos años la gran sacerdotisa del ideal, todavía influye en nosotros, si no por sus libros apenas leídos ya, por el jugo y la médula que estos libros contenían, y que se ha incorporado de tal modo con la cultura moderna, que muchos que no han leído página alguna de esas obras, están penetrados y saturados de su espíritu, y, en rigor, podrían adivinarlas. Todo el mundo es plagario de Mad. de Staël sin saberlo. El espiritualismo y el liberalismo de este siglo han estado viviendo á los pechos de esa madre Cibeles, que Enrique Heine llamaba, con perversa intención satírica, *la abuela de los doctrinarios*.

Quizá la razón de esta universal influencia deba buscarse en que Mad. de Staël presenta combinadas todas las ideas de los diversos medios intelectuales que recorrió: las de su padre, las de Rousseau, las de Condorcet, las de Schiller, las de Schlegel, las de Benjamín Constant, las de Sismondi. Todo el mundo influyó en ella, pero ella conservó siempre su originalidad y dió en Francia el primer modelo de simpatía universal é inteligente por todas las manifestaciones del arte y del espíritu filosófico. Hizo el descubrimiento de Italia y el descubrimiento de Alemania, dos grandes conquistas para el romanticismo. No diremos que su Italia sea más verdadera que la muy divertida Italia del presidente De Brosses, única que los franceses del siglo XVIII conocían; pero es verdadera de otro



modo más ideal y elevado. Mad. de Staël no tenía en muy alto grado el sentimiento de la belleza plástica, y en esto no aventaja mucho al erudito y cínico Presidente, pero tenía el presentimiento de la emoción artística, lo cual ya es algo, aunque no sea la emoción misma, que es mucho menos vulgar de lo que suele creerse y afectarse. Mad. de Staël, á pesar de haber compuesto dos novelas, nunca pasó del *dilettantismo* artístico: no era artista en el rigor de la palabra, á pesar de la opinión, siempre formidable, de Sainte-Beuve, que sostiene lo contrario, apoyándose cabalmente en el libro de *Corina*, que llama «un poema inmortal». El libro es ciertamente de los que parecen destinados á vivir, aunque ya muchos de sus encantos resultan bastante marchitos; pero no vivirá á título de poema, sino de conversación elegante y animada sobre Italia. Y sobre Italia hemos leído después tales maravillas, que *Corina*, vista hoy, y admirando, como es justo, la noble pureza de sus líneas, resulta un cuadro muy apagado de color, y de una luz tan tibia y mortecina, que más bien parece la modesta luz de Coppet, filtrada entre nieblas grises, que no la radiante y triunfadora luz del cabo Miseno ni del *Agro Romano*. Mad. de Staël había recibido altísimos dones intelectuales, y podía simular hasta los que la faltaban; pero vivió demasiado en escena para que la fuera posible recogerse nunca en la pura contemplación estética. Hasta en literatura solía entusiasmarse con el entusiasmo ajeno. Su organización viva y nerviosa sentía la sacudida eléctrica del arte; pero la sentía casi siempre de rechazo, y la devolvía en el momento mismo, sin pausa alguna de recogimiento ni de silencio. Todas sus admiraciones son sinceras, pero hay casos en que no lo parecen. Su misma rapidez de comprensión era el mayor enemigo de su talento crítico y de su profundidad filosófica. Como realmente



veía bien las cosas en el primer momento, no solía pasar de esta superficial consideración, y cuando llegaba más adentro era por un prodigioso instinto de adivinación, del que ella propia no se daba cuenta, y del que hay en su libro de *Alemania* ejemplos que verdaderamente suspenden y maravillan. Por otra parte, la educación social había desarrollado en ella grandemente la aptitud para todas las delicadezas del análisis psicológico, y como al mismo tiempo era mujer vehemente y apasionadísima, esta mezcla de psicología y de pasión da á sus novelas un interés tan penetrante, que apenas deja percibir lo mucho que las falta bajo el concepto imaginativo. Y, sin embargo, basta comparar *Delfina* con *Julia*, para comprender que Rousseau era artista (sea cualquiera el juicio que formemos de su arte) y que Mad. de Staël no lo era, aunque fuese una inteligencia cien veces más abierta y más simpática que su detestable modelo.

Pero, artista ó no, Mad. de Staël fué una gran iniciadora, y si no llegó á la tierra de promisión, á lo menos alcanzó á verla desde la montaña. Es fácil reirse hoy de su turbante, de su rama de laurel y de sus viajes de *sultana del pensamiento*. Enrique Heine escribió sobre esto algunas de sus mejores páginas. Cada época tiene sus ridiculeces, y no serán pequeñas las que en nosotros descubran los venideros. Es cierto que el tipo del hombre de letras durante el primer tercio de nuestro siglo adoleció constantemente de cierta afectación y falsedad, de cierta *pose* y aparato teatral, que en Chateaubriand, en Byron y en otros muchos llega á ser intolerable. No sostendremos que Mad. de Staël estuviese enteramente inmune de tal artificio, que aspiraba á convertir la vida en una representación amañada para el efecto; pero dentro de su época, puede sostenerse que tuvo sinceridad



y sencillez relativas. Á esto contribuyó la elevación de su pensamiento político y la firmeza de sus aspiraciones sociales. Ellas le dictaron su tratado *De la literatura* (1800), que pertenece más bien á la filosofía de la historia que á la preceptiva literaria; pero que en esta misma hizo una verdadera revolución, siendo en rigor el primer libro crítico que en Francia se escribió con espíritu moderno, y la primera aplicación sistemática del principio de perfectibilidad, vislumbrado por Perrault en el siglo xvii y definitivamente formulado por Condorcet en su famosa *Esquisse*, que estaba en el apogeo de su celebridad cuando Mad. de Staël tomó la pluma para examinar cuál ha sido la influencia de la religión, de las costumbres y de las leyes en la literatura, y recíprocamente cómo ha influido la literatura en la religión, en las leyes y en las costumbres. No se trata, por consiguiente, de una poética nueva, sino de un ensayo de explicación de las causas morales y políticas que modifican el espíritu literario. Este punto de vista de Mad. de Staël no debe olvidarse nunca, si hemos de comprender el verdadero carácter de su libro, que sólo toca al arte de un modo secundario, y sólo influyó en el romanticismo por un camino indirecto. Chateaubriand y Víctor Hugo eran poetas, y procedieron por motivos principalmente estéticos : Mad. de Staël no lo era, y procedió por motivos principalmente sociales. Después de las catástrofes de la Revolución francesa, quiso llamar los espíritus á una nueva literatura que respondiese á un estado social en gran parte nuevo, y formuló, aunque de un modo vago, el programa de esta literatura republicana, que en rigor no llegó á existir, por haberse sobrepuesto á ella el movimiento de reacción cristiana y caballeresca, que Mad. de Staël no contrarió, pero que tampoco favoreció plena-



mente. Su espíritu flotaba entre los nuevos ideales y las reminiscencias del siglo XVIII. Éstas predominan en el libro *De la literatura*: los otros, en el libro de *Alemania*. Pero aun en el primero hay muchas cosas que ningún hombre del siglo pasado hubiera escrito. El siglo XVIII creyó en el progreso científico, y hasta soñó con la posibilidad de eternizar la vida, no ya la colectiva, sino hasta la individual; pero no creyó en el progreso artístico, y respetó los que tenía; bien ó mal, por tipos inmutables del arte. Mad. de Staël da un paso más é intenta explicar «cómo las facultades humanas se han desarrollado gradualmente merced á las obras maestras de todo género que se han compuesto desde Homero hasta nuestros días»; «dar cuenta de la marcha lenta, pero continua, del espíritu humano en la filosofía y de sus triunfos rápidos, pero interrumpidos, en las artes». El don poético no se considera ya como exclusivo de ciertas épocas y razas privilegiadas, sino como don universal del género humano, y con esto solo, el horizonte de la consideración crítica se ensancha hasta convertir la antigua literatura preceptiva en ciencia de las literaturas comparadas y en rama principalísima de la historia. «Observando las diferencias características que se notan entre los escritos de los italianos, de los ingleses, de los alemanes y de los franceses, creo poder demostrar (dice Mad. de Staël) que las instituciones políticas y religiosas han tenido la mayor parte en estas diversidades constantes.» Todo esto nos parece hoy un lugar común, que de puro evidente resulta superfluo, pero en 1800 era novísimo: sólo nuestros jesuitas Andrés y Arteaga lo habían formulado claramente; pero es sabido que los libros españoles no tenían ni tienen eco alguno en Francia.

Hay en la *Literatura* de Mad. de Staël una parte que



pudiéramos decir *parenética* ó exhortatoria al estudio de las letras por sus relaciones con la virtud, con la gloria, con la libertad y con la dicha humana; otra parte histórica que comprende un rápido análisis moral y filosófico de las literaturas griega y latina, algunas consideraciones elevadas, y para entonces poco vulgares, sobre el establecimiento de la religión cristiana, sobre la invasión de los pueblos del Norte, y sobre el Renacimiento; algunos juicios extraordinariamente superficiales sobre las literaturas italiana, inglesa, alemana y francesa; y, por último, una parte que pudiéramos decir hipotética ó conjetural sobre la literatura del porvenir, sobre «lo que deben ser y serán las letras, si algún día poseemos la moral y la libertad republicana». No se olvide que esta obra fué pensada y escrita en tiempo del Directorio.

La parte histórica no tiene de notable más que el intento. «Mostrar el carácter que tal ó cuál forma de gobierno imprime á la elocuencia, las ideas de moral que las diversas creencias religiosas desarrollan en el espíritu humano, los efectos de imaginación que produce la credulidad popular, las bellezas poéticas que dependen del clima, el grado de civilización más favorable al apogeo ó á la perfección de la literatura, los diferentes cambios que ha introducido el modo de vivir, y la condición social de las mujeres antes y después del establecimiento del Cristianismo, en suma, *el progreso universal de las luces por el simple efecto de la sucesión de los tiempos*», era, sin duda, un plan grandioso y hasta cierto punto nuevo (1); pero Mad. de Staël no tenía fuerzas ni preparación suficiente para realizarle. No sabía griego y sabía muy poco latín; no podía juzgar de las literatu-

(1) Salvo el ejemplo del insigne Jesuíta español, autor *Dell'Origine, Progressi ed stato attuale d'ogni letteratura*.



ras antiguas, sino muy imperfectamente y de segunda mano. De las lenguas modernas sólo conocía en aquella fecha el inglés, y sólo de los ingleses y de los franceses habló con verdadero conocimiento de causa y penetración de sus peculiares condiciones. Pero sería ridículo juzgar la obra de Mad. de Staël como un libro de erudición; Mad. de Staël leía poco, escribía de prisa, y recibía casi todas sus ideas por medio de la conversación; lo extraño es que no cayera en errores todavía más graves. Muchos de los que cometió, ya fueron notados por los críticos de su tiempo. Fauriel, que estaba más adelantado que ninguno de ellos, y que había leído los *Prolegómenos* de Wolf, se admiró de que la egregia escritora comenzase admitiendo sin la menor duda ni discusión la personalidad de Homero, y que descartase con tanto desenfado todas las gravísimas cuestiones relativas al origen de las sociedades y á la formación de las lenguas.

No digamos nada de la preferencia dada á los latinos sobre los griegos bajo el aspecto *filosófico*, que ciertamente parece el más inesperado aspecto tratándose del genio romano. Mad. de Staël tuvo siempre una noción bastante confusa de lo que es filosofía, y además la idea de la *perfectibilidad* la extraviaba como á tantos otros, llevándola á violentar los hechos para encontrar la confirmación de su sistema en todas partes. Procedía en esto con toda la intrepidez de su juvenil ignorancia. «Sócrates y Platón se ocuparon *únicamente* en los preceptos de la virtud; Aristóteles hizo dar un paso inverso á la ciencia del análisis.» Esto es todo lo que dice del desarrollo filosófico de los griegos, que, según ella, es *muy fácil de seguir*. Los griegos eran «cabezas ardorosas, en que todo se confundía: los placeres, la voluntad de los dioses, los deberes del hombre....; entendían por virtud el



arte de triunfar en las carreras de los juegos olímpicos.... Todo les apartaba de la meditación...., *tenían pocas ideas filosóficas*». Las tragedias griegas le parecen muy inferiores á las modernas, porque «el talento dramático consiste en el profundo conocimiento de las pasiones, y bajo esta relación la tragedia ha debido seguir los progresos del espíritu humano». No hablemos de la comedia : «aunque un Molière hubiera vivido en Atenas, no habría podido adivinarla». Aristófanes «no tenía el instinto de las *conveniencias* que hay que observar (en la *rue du Bac*, sin duda); reproducía algunos chistes populares, algunos contrastes de invención común y de expresión grosera». Los filósofos griegos no son más que «oradores elocuentes sobre ideas abstractas». Sin duda las ideas abstractas no pertenecen á la filosofía : en esto Mad. de Staël era todavía hija del siglo xviii. «La Metafísica que no tiene los hechos por base ni el método por guía, es lo más *fatigoso* que se puede estudiar.» Plutarco resulta colocado sobre todos los historiadores griegos por la circunstancia de ser el último y de pertenecer á *una edad más avanzada del espíritu humano*. Con extraordinaria sorpresa aprende uno que «la literatura latina es la única que ha empezado por la *filosofía*». Mad. de Staël va convirtiendo sucesivamente en filósofos y en pensadores á todos los poetas latinos, incluso Ovidio. La idea de la *perfectibilidad* tiene que cumplirse á todo trance : «hay más ideas delicadas y *nuevas* en el tratado de Quintiliano sobre el arte oratorio que en los escritos de Cicerón sobre el mismo asunto». «Yo pienso (dice malignamente Villemain) que Mad. de Staël había gastado poco tiempo en leer á Quintiliano.»

La misma petulante ligereza en materia de literatura moderna. Los italianos «no son ni moralistas ni filóso-



fos». En España «el poder real y la superstición han ahogado todos los géneros de gloria, y no han dejado al pensamiento ningún medio de librarse de su yugo». Con esto se libra Mad. de Staël de estudiar ni á los italianos ni á los españoles. Todo lo que sabe del poema de Camoens, es que «hay en él un fantasma que prohíbe la entrada en el mar de las Indias». Otras afirmaciones ni siquiera se entienden. «Italia sacó de España el género oriental, que los moros habían introducido y que desdeñaban los españoles.» Por supuesto, Mad. de Staël cree en el falso Ossian con todas las potencias de su alma: le pone enfrente de Homero, y hace descender de ese fantasma toda la literatura del Norte. No hablaremos de la literatura alemana, porque en esta parte Mad. de Staël corrigió más tarde brillantemente todos sus yerros. En 1800 podía escribir impunemente que «el libro por excelencia que poseen los alemanes, es *Werther*». Era, en efecto, el único que ella conocía, y ningún francés estaba más adelantado.

Si sólo esto contuviera el libro *De la literatura*, razón habría para dejarle á un lado como obra de una *bas bleu* insustancial y pedante, pero tal sentencia parecerá el colmo de la injusticia á quien fije la atención en la parte dogmática del libro, en lo que Mad. de Staël puso de su propio fondo. Tal es, por ejemplo, la ingeniosa distinción que, para justificar de algún modo su teoría del progreso artístico, hace entre la poesía de imágenes y la poesía de sentimientos, considerando la primera como más propia de las edades primitivas y de la fantasía espontánea. Pero nada tan digno de alabanza como la valentía y el alto espíritu con que Mad. de Staël emprende, en nombre de la ley del progreso, la rehabilitación histórica de la Edad Media, rompiendo en esta parte



antes que nadie con la tradición del siglo XVIII. «Hay en la historia más de diez siglos durante los cuales se cree generalmente que el espíritu humano ha retrocedido. Sería una fuerte objeción contra la ley del progreso el que por tan largo curso de años hubiera vuelto hacia atrás la grande obra de la perfección humana; pero esta objeción, que yo miraría como irrefutable si estuviese fundada en hechos, puede refutarse de una manera sencilla. Yo no pienso que la especie humana haya sufrido retroceso durante esa época : creo, por el contrario, que en esos diez siglos se han dado inmensos pasos para la propagación de las luces y para el desarrollo de las facultades intelectuales. Nuevos pueblos han entrado á disfrutar de los beneficios del orden social. La invasión de los bárbaros fué sin duda una gran desdicha para las naciones contemporáneas de esta revolución ; pero las luces se propagaron por virtud de este mismo acaecimiento ». Y prosigue Mad. de Staël haciendo la apología del Cristianismo, «que era indispensablemente necesario para la civilización y para la mezcla de las razas del Norte con las del Mediodía, y que además desarrolló las facultades del espíritu educándole para las ciencias, la metafísica y la moral». De este modo Mad. de Staël volvía contra sus maestros los enciclopedistas el arma de su propia teoría progresiva, dando el primer modelo de esas síntesis históricas brillantes y animadas que tanto abundaron después, y en las cuales el individualismo de los pueblos del Norte, la exaltación mística, el espíritu caballeresco, la destrucción de la esclavitud, el ennoblecimiento de la condición de la mujer, son elementos esenciales, y á la verdad un tanto manoseados. Pero cuando se los encuentra en Mad. de Staël, en Chateaubriand, en Guizot ó en Balmes, el efecto es muy diverso, y se siente aquel género de fres-

:



cura que acompaña siempre á la primitiva invención.

Mad. de Staël no era todavía cristiana en aquella fecha, pero había roto ya con una parte considerable de las preocupaciones del siglo en que nació, y comenzaba á experimentar aquella sed de lo ideal, que tanto ennobleció su vida; aquella tendencia melancólica, que aun en medio del torbellino del mundo iba cada vez encontrando más lugar en su espíritu. «La tristeza (decía en este mismo libro) me hace penetrar más adentro en el carácter y en el destino del hombre que ninguna otra disposición del alma.» De aquí su predilección por la poesía del Norte y el empeño que puso en contraponerla á la del Mediodía en una serie de antítesis, que, como todas las de su clase, ni son enteramente falsas ni enteramente verdaderas tampoco, que es el gran escollo de las generalidades históricas, y lo que á la larga las hace tan inútiles. Pero lo que conviene notar sobre todo es el estado de espíritu de Mad. de Staël, que iba á ser pronto el de toda la literatura romántica. «Lo más grande que el hombre ha hecho lo debe al sentimiento doloroso de lo incompleto de su destino.»

Nadie hasta entonces había hablado en francés sobre las tragedias de Shakespeare con tanto entusiasmo y tanto conocimiento de causa como Mad. de Staël. Sus observaciones son rápidas, pero casi siempre exactas y alguna vez profundas. Es el trozo más elocuente y acabado de su libro, y tiene, además, capital importancia por su fecha. Desde entonces pudo decirse que la crítica de Voltaire estaba vencida para siempre. Mad. de Staël se atreve ya á elogiar esas «bellezas atrevidas que no caben dentro de las severas reglas de la tragedia francesa». Para ella Shakespeare es el primer escritor que ha pintado el dolor moral en su más alto grado; el primero que ha interpre-



tado el misterioso lenguaje de la locura, trazando « el más bello cuadro de la naturaleza moral, cuando la tempestad de la vida sobrepuja sus fuerzas »; el primero que ha representado bajo todos sus aspectos « la extraña mezcla de movimientos físicos y de reflexiones morales que infunde en nosotros la proximidad de la muerte, sentimiento que los antiguos, ó por religión ó por estoicismo, rara vez desarrollaban ». Sólo él ha sabido hacer teatral la compasión, sin mezcla de admiración por el que padece; la compasión por todos los seres, aun los más insignificantes, aun los más viles y despreciables. Hasta cuando nos presenta personajes cuyo destino ha sido ilustre, nos interesa en virtud de sentimientos que son meramente naturales. « Las lágrimas que nosotros los franceses concedemos á los sublimes caracteres de nuestras tragedias, el autor inglés las hace correr por el dolor oscuro y desdeñado, por esa serie de infortunios que no se pueden entender en Shakespeare sin saber algo de ellos por la misma experiencia de la vida.... ¡ Y qué energía en el terror ! Pudiera decirse del crimen pintado por Shakespeare lo que la Biblia dice de la muerte, que es *la reina de todos los espantos!*.... Las profundidades del crimen se abren á los ojos de Shakespeare y sabe descender al Ténaro para observar los tormentos. »

Esta clara comprensión del genio inglés brilla también en el capítulo dedicado á los *humoristas*. Mad. de Staël fué la primera que hizo entrar este vocablo en la lengua de la crítica francesa, é intentó caracterizar el *humour* tal como aparece en los escritos de Fielding, de Swift y de Sterne. Son notables sus consideraciones sobre el carácter particular de la imaginación poética de los ingleses.

¿Qué consecuencias van á salir de aquí aplicadas á



la literatura francesa? Ante todo, Mad. de Staël admira poco el siglo de Luis XIV, salvo bajo el aspecto de la corrección literaria. En cuanto al movimiento de las ideas, le encuentra muy inferior al siglo XVIII. «Por todas partes estaba limitado el horizonte del pensamiento: no se podía seguir una idea en todos sus desarrollos, ni se toleraba ningún análisis en cierto orden de opiniones.... La literatura no podía ser una potencia filosófica, porque era un rey absoluto el que la protegía.... Esta literatura, sin otro fin que los placeres del espíritu, no podía tener la energía de la que ha acabado por derribar el trono.»

¡Siempre la preocupación del fin social sobreponiéndose en Mad. de Staël á la pura consideración del arte! No por otra razón admira todavía las tragedias de Voltaire, tan llenas de fastidiosas sentencias, y habla, por el contrario, de Racine con sequedad notable. Pero esa misma preocupación la hace ver con claridad suma los fenómenos políticos que influyen más ó menos en la transformación literaria. Comprende que la introducción de una nueva clase en el gobierno de Francia ha de producir un efecto algo semejante al de las invasiones bárbaras. «Esta revolución puede á la larga llamar á la civilización una masa mayor de hombres; pero, por muchos años, la vulgaridad del lenguaje, de las maneras, de las opiniones, debe hacer retrogradar, bajo muchos aspectos, el gusto y la razón.» Pero Mad. de Staël tiene fe inquebrantable en su doctrina del progreso. «El espíritu humano, privado de porvenir, caería en la degradación más miserable.» Espera, pues, una evolución en las letras, pero, entendámoslo bien, una *evolución*, no una *revolución* del gusto. «Las delicadezas exageradas de algunas sociedades del antiguo régimen, nada tienen que ver con los



verdaderos principios del gusto, que son siempre conformes á la razón; *pero se pueden destruir algunas leyes convencionales.*» Lo que Mad. de Staël recela, sobre todo, con su delicado instinto aristocrático, que tanto contrasta con el fervor republicano que entonces afectaba, es la invasión de la vulgaridad, de la grosería y de la audacia. «Una sencillez noble debe caracterizar, en la república, los discursos, los escritos y las maneras.... La nación francesa estaba en algunas cosas demasiado civilizada: sus instituciones, sus hábitos sociales se habían sobrepuesto en demasía á los afectos de la naturaleza.... Lo que Licurgo había producido con sus leyes en favor del espíritu republicano, la monarquía francesa lo había operado por el imperio de la preocupación y de la vanidad. El hombre no vivía más que para hacer efecto. La aplicación constante del espíritu á cosas frívolas, la necesidad del éxito, el temor de desagradar, alteraban ó exageraban muchas veces los verdaderos principios del gusto natural; había el gusto de un día, el gusto de una clase, y, finalmente, el gusto que debía nacer del espíritu general creado por semejantes relaciones. El despotismo de la opinión podía dañar al verdadero talento. Esa especie de gusto, más afeminado que delicado, que se ofende de todo ensayo nuevo, de toda disonancia, de toda expresión enérgica, contenía el arranque de las almas. La sociedad en Francia había creado esa tiranía del ridículo, que el hombre más superior no se hubiera atrevido á arrostrar. Es preciso, para dar á los escritos más elevación y á los caracteres más energía, no someter el gusto á los hábitos elegantes y refinados de las sociedades aristocráticas; tal despotismo traería graves inconvenientes para la igualdad política, y aun para la alta literatura. Pero el mal gusto llevado hasta la grosería, ¡cuán contrario también á la



gloria literaria, á la moral, á la libertad, á todo lo que puede existir de bueno y de elevado en las relaciones de los hombres entre sí! El mal gusto, tal como le hemos visto dominar durante algunos años de la revolución, no sólo es perjudicial á las relaciones de la sociedad y de la literatura, sino que ataca á la moral misma.... El buen gusto debe ejercer una verdadera influencia política.»

Mad. de Staël espera de la literatura republicana bellezas más enérgicas, un cuadro más filosófico y más desgarrador de los grandes acontecimientos de la vida. Rechaza toda aquella poesía cínica, frívola y licenciosa que afrentaba la época del Directorio. «Los preceptos del gusto en su aplicación á la literatura republicana son de una naturaleza más sencilla, pero no menos rigurosa que los preceptos del gusto adoptados por los escritores del siglo de Luis XIV. En una república, el gusto no puede consistir más que en el conocimiento perfecto de todas las relaciones verdaderas, eternas y profundas de las cosas. La libertad es un estado serio.»

Pero todo esto y lo demás que Mad. de Staël consigna sobre la *emulación* propia de los gobiernos democráticos, en contraste con la *protección* de los gobiernos absolutos; sobre la influencia de las mujeres que cultivan las letras, etc., etc., son consideraciones que apenas trascienden del orden moral. Busca uno el programa estético, y no parece. Dudamos mucho de que Mad. de Staël hubiera podido explicarle, porque nunca tuvo el sentimiento de la forma. Aun en el mismo Shakespeare, lo que admira principalmente son bellezas psicológicas y morales. Su primitiva concepción del arte era bastante prosaica. «El *espíritu filosófico que generaliza las ideas y el sistema de igualdad política*, deben dar carácter nuevo á nuestras tragedias. No se ha de imitar la *irre-*



*gularidad* y la incoherencia de las piezas inglesas y alemanas, sino crear un género nuevo.» Pero, ¿qué género es éste? Mad. de Staël habla mucho de sus efectos cívicos, pero no le define nunca, y sólo indica con la mayor vaguedad posible que puede ser «un género intermedio entre la naturaleza de convención que representan los poetas franceses, y los defectos de gusto de los escritores del Norte». Lo único que se saca en claro es la proscripción de la mitología, «que no es para los modernos ni invención ni sentimiento». «Esas formas poéticas, tomadas del paganismo, no son para nosotros más que imitación de imitaciones: es pintar la naturaleza conforme á la impresión que ha hecho en el espíritu de otros hombres. Cuando los antiguos personificaban el amor y la belleza, hacían su idea más sensible, la animaban á los ojos de los hombres que aún no tenían más que una idea confusa de sus propias sensaciones. Pero los modernos han observado los movimientos del alma con tal penetración que les basta saber pintarlos para ser elocuentes y apasionados, y si adoptasen las ficciones anteriores á este profundo conocimiento del hombre y de la naturaleza, quitarían á sus cuadros la energía y la verdad.» No es ocasión la presente de tratar despacio la grave y complexa cuestión de la mitología en el arte, que tan de plano resolvieron los románticos; pero, ¿no son una muestra del espíritu anti-poético de Mad. de Staël las razones que alega en pro de su doctrina? Condenar la mitología en nombre de lo maravilloso cristiano, como hizo Chateaubriand, es una doctrina estética. Condenarla, como lo hace Mad. de Staël, fundándose en los progresos de las ciencias naturales y de la filosofía moral, es desquiciar la cuestión, es negar los derechos de la fantasía en nombre del método científico, que nada tiene que ver con ella. En esta parte,



Mad. de Staël fué aliada del romanticismo, pero lo fué por razones que nada tenían del espíritu romántico, sino que descendían en línea recta de la prosaica y mecánica filosofía del siglo XVIII, y hasta, si se quiere, tenían sus raíces en el antiguo cartesianismo. En todas sus obras críticas, Mad. de Staël exalta el sentimiento, pero rebaja y deprime la imaginación, que es la facultad poética y romántica por excelencia, la única facultad verdaderamente *desinteresada* de cuantas intervienen en la creación artística. «La imaginación en nuestro siglo (dice) no puede llamar en su auxilio ninguna ilusión: puede exaltar los sentimientos verdaderos, pero es necesario siempre que la razón apruebe y comprenda lo que el entusiasmo hace amar.... Una progresión constante en las ideas, un fin de *utilidad* debe dominar en todas las obras de imaginación.... Es preciso *analizar* al hombre y *perfeccionarle*. Las novelas, la poesía, las piezas dramáticas, y todos los escritos que parecen no tener otro objeto que interesar, no pueden conseguir este objeto mismo, si no llevan una *intención filosófica*.»

Escribiendo tales cosas un año antes de la aparición triunfal de Chateaubriand; exaltando todavía como tipos de poesía descriptiva á Delille, Saint-Lambert y Fontanes; llegando á proscribir de la poesía lo maravilloso, que ella quiere sustituir con el encadenamiento de los fenómenos naturales, Mad. de Staël no salía del círculo tradicional de la poesía *razonable* y *sensata*. Su doctrina podía ser aceptada sin escrúpulos por los áridos y honrados ideólogos que se reunían en casa de la viuda de Condorcet, los Destutt-Tracy, los Cabanis, los Volney, los Guinguené, los Daunou, representantes de aquella literatura *republicana* que Mad. de Staël presentaba como la literatura del porvenir, y cuya fórmula quizá



puede encerrarse en estas palabras suyas : «convertir la literatura en auxiliar de las ideas morales y políticas, en vez de convertir las ideas morales y políticas en auxiliares de la literatura». La literatura, por consiguiente, venía á ser en este sistema un instrumento de razón y de análisis. Era la misma doctrina que Daunou había proclamado en su discurso inaugural del Instituto Francés (4 de Abril de 1796) (1), y todavía Daunou comprendía el genio literario mejor que Mad. de Staël, cuando con admirable felicidad de expresión recordaba que «aun en las ciencias más severas, ninguna verdad ha brotado de los genios de los Arquímedes y de los Newton sin una emoción poética y una especie de estremecimiento de toda la naturaleza inteligente». Pero en sustancia, el arte tampoco tenía para él más función propia que servir de vehículo á las verdades morales y prestarles su calor, sacándolas de la generalidad abstracta.

Es cierto, pues, que á Mad. de Staël, precisamente porque no tenía alma de poeta, le faltó, como ha reconocido el mismo Sainte-Beuve, tan indulgente con ella, el sentimiento vivo del poder de la imaginación, única fuente que podía regenerar el arte. Por eso su libro de *La literatura* fué estéril en resultados literarios, y Chateaubriand triunfó de él sin grande esfuerzo, porque el cristianismo es fuente poética aun á los ojos del incrédulo más empedernido, y la teoría de la perfectibilidad no lo es : puede inspirar páginas elocuentes y síntesis deslumbradoras, pero no engendrará nunca la verdadera emoción estética. Si la revolución literaria hubiese tenido por código el tratado de Mad. de Staël y no *El Genio del Cristianismo*, hubieran llegado á ser una realidad estas palabras

(1) SAINTE-BEUVE : *Chateaubriand et son groupe*, I, 55.



que la hija de Necker estampaba al fin de su libro : «La poesía de imaginación no hará ya progresos en Francia : se pondrán en verso ideas filosóficas ó sentimientos apasionados, pero el espíritu humano ha llegado en nuestro siglo á un grado tal de madurez, que no permite ni las ilusiones ni el entusiasmo que crean cuadros y fábulas propios para halagar y dominar los espíritus».

De la propia Mad. de Staël decía su amigo Chênédollé que se había pasado diez años delante de los Alpes, sin que se le ocurriera una sola imagen, y por cierto que estas palabras suyas no lo desmienten. Pero sería injusto creer que toda su doctrina está contenida en ese primer libro tan lleno del espíritu del siglo XVIII. Su inteligencia, esencialmente flexible, y abierta á todo rumor nuevo, no dejó de transformarse ni un día sólo hasta su prematura muerte, acaecida en 1817. Aun en el estilo ganó mucho. Su obra *De la literatura* está escrita con singular monotonía, en medio de la variedad de los asuntos, y con notable abuso de expresiones metafísicas y abstractas. Estos defectos desaparecen ó son más raros en *Corina* y en el libro de la *Alemania*, y mucho más todavía en sus escritos póstumos de política, que son lo más clásico y magistral que trazó su pluma.

El mismo progreso se nota en sus ideas literarias. En el prefacio de *Delfina*, novela publicada en 1802, está ya en germen el libro *De Alemania*: «Sólo después de Voltaire se hace justicia en Francia á la admirable literatura de los ingleses ; será preciso también que un hombre de genio se enriquezca alguna vez con la fecunda originalidad de algunos escritores alemanes, para que los franceses se persuadan de que hay obras de aquella nación en que las ideas son profundas y los sentimientos están expresados con una energía completamente nueva.... El



gran defecto de que nuestra literatura está amenazada ahora, es la esterilidad, la frialdad y la monotonía : el estudio de las obras perfectas , y generalmente conocidas, que poseemos, enseña lo que debemos evitar, pero no inspira nada nuevo, al paso que leyendo los escritos de una nación cuya manera de sentir y de ver difiere profundamente de la de los franceses, el espíritu se excita con nuevas combinaciones , la imaginación se anima con los mismos atrevimientos que condena, tanto como con los que aprueba; y se podría conseguir que el gusto francés, quizá el más puro de todos, adoptase bellezas originales que darían á la literatura del siglo XIX carácter propio. Son grande obstáculo para el desarrollo futuro de las letras francesas las preocupaciones nacionales que impiden á los franceses estudiar nada, más que á sí mismos».

El cosmopolitismo ó exotismo literario, la tendencia á renovar el gusto mediante la imitación de las bellezas nacidas en otras regiones, da un paso más en *Corina* (1807). Hemos indicado ya el punto flaco de este libro, que, por otra parte, los franceses mismos no disimulan. «La Roma de Mad. de Staël, ha dicho Ampère (1), está *pensada* más bien que *vista*.» La vida intelectual y la vida del sentimiento eran tan activas y poderosas en la ilustre escritora, que no la dejaban el ánimo libre para reproducir fielmente las realidades exteriores, ya fuesen de la naturaleza, ya del arte. Pero en lo puramente literario comienza á notarse la influencia de los Schlegel, como en la parte artística la influencia de Winckelmann. Hasta de nuestra literatura parece haber adquirido ya algún conocimiento, si bien en traducciones alemanas; puesto que en una nota cita *El Príncipe Constante*, de

(1) *La Grèce, Rome et Dante*, pág. 202.



Calderón, y observa profundamente que la poesía calderoniana logra singulares bellezas mediante una especial consideración del universo en su relación con el destino humano.

Esta fué la gloria mayor de Mad. de Staël : el haber abierto las puertas de Francia á lo que Goethe en sus últimos años llamaba con altas palabras *literatura del mundo* (*die Welt-Literatur*). La *Alemania* (1813), ha quedado anticuada en muchas de sus partes, pero esto mismo prueba toda la intensidad de su acción y la eficacia de su triunfo. Antes de ella, ningún francés había llegado á penetrar, ni superficialmente siquiera, en el pensamiento germánico, salvo el emigrado Villers, autor de un resumen muy seco y muy olvidado de la filosofía kantiana. La *Alemania* es mucho más que esto ; es un cuadro completo y generalmente fiel de los grandes días de Weimar, de los días de Schiller y de Goethe. Mad. de Staël oyó á estos grandes hombres, los vió de cerca, sorprendió el momento decisivo de su obra, y pudo contarla, rápida y superficialmente sin duda, pero con toda la simpatía y generoso entusiasmo del momento, con una primera frescura y viveza de impresión, que no se paga con nada. ¡Qué cúmulo de obras maestras reveladas á los franceses en un momento! *Walstein* y *María Stuarda*, *Guillermo Tell* y *La Novia de Mesina*, *Goetz de Berlichingen* y *Egmont*, *Ifigenia* y *Fausto*, cien baladas y *lieder*, las obras críticas de Lessing, de Herder, de los dos Schlegel, todo se encontraba, ó analizado ó indicado en aquellas páginas, donde también quedó el reflejo de admiraciones contemporáneas que la posteridad no ha sancionado, la del iluminado y excéntrico dramaturgo Zacarías Werner, por ejemplo. Mucho más débil era la parte de filosofía, resultando comprobado una vez más que la metafísica no se toma por asalto ni se adquiere



por el cómodo procedimiento del *interview*. Mad. de Staël podía comprender á lo sumo las consecuencias morales de los sistemas, porque tenía instinto y vocación de moralista; pero aun en esta parte erró muchas veces, por no entender que toda moral descende rigurosamente de una filosofía especulativa ó de una teología, y que sólo en ella puede tener su razón y fundamento. Schelling se llenó de asombro al oír á la intrépida viajera preguntarle por su ética, sin querer enterarse previamente de su metafísica. Por otro lado, como los alemanes que rodeaban á Mad. de Staël pertenecían todos, cuál más, cuál menos, á la fracción mística y romántica de los Jacobi y de los Schlegel, resultó falseado el espíritu general de la cultura germánica en el libro de Mad. de Staël, que es una especie de idilio, un paraíso sin serpiente, puesto que ni las consecuencias disolventes de la filosofía crítica, ni el neo-paganismo de Goethe, ni el panteísmo psicológico de Fichte, ni el panteísmo naturalista de Schelling, bastan á turbar el inquebrantable optimismo de la autora, que no acierta á ver por todas partes más que efusiones sentimentales, virtudes domésticas y aspiraciones al ideal cristiano. Hay, además, en el libro una intención política del momento, que desvirtúa su valor como testimonio histórico, una intención secreta algo parecida á la que muchos suponen en la *Germania* de Tácito, es decir, un contraste entre la virtud y el espiritualismo de los alemanes y la corrupción y materialismo de los franceses. Mad. de Staël, desterrada por Napoleón y perseguida con encarnizamiento hasta el punto de prohibírsela en 1810 la impresión de este libro suyo (que sólo pudo verificarse en Londres tres años más adelante), proseguía su campaña de oposición al Imperio, bajo la sombra de los artistas y de los pensadores alemanes. El motivo oca-



sional de la obra era ciertamente inferior á la grandeza de su asunto. La política de Napoleón nada tenía que ver con la *Crítica de la razón pura* ni con el arte de Goethe. Pero tampoco hemos de extremar esta consideración ni ver en la *Alemania* un escrito de circunstancias únicamente. Es verdad que las circunstancias le ayudaron, y que no fué pequeña fortuna para este libro de iniciación aparecer precisamente en los días en que el despotismo napoleónico, sublevando contra sí la Europa entera, había despertado por reacción el sentimiento y la conciencia de las nacionalidades, con lo cual tarde ó temprano habían de ir levantando la cabeza todas las lenguas desdeñadas, y habían de volver á sonar por todos los ámbitos de la tierra aquellas voces de los pueblos, *stimmen der völker*, que comenzaba á escuchar el inspirado y profético Herder. Tal impulso fué necesario para que el espíritu de Mad. de Staël, preparado por el aprendizaje de diez años de destierro, acabara por emanciparse de la dura tutela del análisis ideológico, y comenzara á respirar en una atmósfera poética. Aquella vaga oposición entre las literaturas del Norte y del Mediodía, que apunta en su primer libro, se aclara en este postrero, ó, por mejor decir, se formula en sus verdaderos términos, los que ya en Alemania admitía universalmente la crítica: *poesía clásica* y *poesía romántica*, entendiendo por este último nombre «la que ha nacido de la caballería y del cristianismo». Mad. de Staël no se atreve á decidir cuál de los dos géneros merece la preferencia, pero trata de mostrar que estas dos capitales direcciones del gusto y del arte no han nacido por accidente, sino que se derivan de las fuentes primeras de la imaginación y del pensamiento. La determinación de estas fuentes es débil y vaga, pero Mad. de Staël no disimula sus simpatías ro-



mánticas. «La cuestión para nosotros (dice) no está entre la poesía clásica y la poesía romántica, sino entre la imitación de la una y la inspiración de la otra. La literatura de los antiguos es, entre los modernos, una literatura trasplantada: la literatura romántica ó caballeresca es, entre nosotros, indígena, y ha brotado de nuestra religión y de nuestras instituciones. La poesía francesa, por lo mismo que ha pretendido ser más clásica que ninguna otra de las modernas, es la única que no ha llegado á ser popular. Los gondoleros de Venecia cantan las estancias del Tasso; los españoles y portugueses de todas clases saben de memoria los versos de Calderón y de Camoens; Shakespeare es tan admirado en Inglaterra por el pueblo como por las clases superiores. Muchas poesías de Goethe y de Bürger se han puesto en música, y las oiréis repetir desde las orillas del Rhin hasta el Báltico. En cuanto á nuestros poetas franceses, es cierto que los admiran todos los hombres cultos en nuestro país y en el resto de Europa, pero son del todo desconocidos para las gentes del pueblo, y aun para los mismos habitantes de las grandes ciudades, porque las artes no son en Francia, como en otros países, naturales del mismo suelo donde sus bellezas se desarrollan.... La literatura romántica es la única que todavía admite perfección, porque teniendo sus raíces en nuestro propio suelo, es también la única que puede crecer y vivificarse de nuevo: expresa nuestra religión; recuerda nuestra historia; su origen es antiguo, pero no es clásico. La poesía clásica, para llegar á nosotros, tiene que pasar por los recuerdos del paganismo: la poesía de los germanos es la Era Cristiana de las Bellas Artes, se sirve de nuestras impresiones personales para conmovernos; el genio que la inspira se dirige inmediatamente á nuestro corazón, y parece evocar nues-



tra misma vida como un fantasma, el más poderoso y terrible de todos (1).»

Parece inútil encarecer la importancia histórica de esta página. Con ella comienza una nueva era. Chateaubriand, que tenía la imaginación mucho más romántica que Mad. de Staël, no tiene en ninguna de sus obras una profesión de romanticismo tan franca y explícita como ésta, y recuérdese que fué escrita diez y siete años antes del prefacio de *Cromwell*. Para Alemania no tenía novedad alguna. Desde 1804 había escrito Juan Pablo la teoría de su propio romanticismo (*Vorschule der Ästhetik*): en 1808 había expuesto Guillermo Schlegel en Viena la misma distinción aplicada al teatro. Pero tales ideas debían de ser tan refractarias al espíritu francés, que no es pequeña gloria en Mad. de Staël haberlas aceptado antes que nadie, teniendo que vencer para ello sus propias preocupaciones. Ella misma nos cuenta que en el salón de la duquesa de Weimar sostuvo polémica con Schiller, en defensa del sistema dramático francés y de la regla de las unidades. Tardó mucho en convencerse, y todavía en este mismo libro de *Alemania* quedan vestigios de contradicción. Schiller la guardó cierto rencor, aunque había comprendido perfectamente las cualidades y los defectos de aquella rica y vigorosa naturaleza, tan llena de lucidez, de vivacidad y de expansión. «Esta mujer no tiene sentido para lo que llamamos poesía (escribe á Goethe): en una obra de esta clase no se asimila más que la pasión, la elocuencia, el espíritu general; pero si lo bueno se le escapa á veces, nunca admirará lo malo.... En todo lo que llamamos filosofía, es decir, en todas las cuestiones fundamentales y elevadas, hay que estar en discor-

(1) *De l'Allemagne*, 2<sup>me</sup> partie, cap. XI.



dancia con ella; pero su buen natural y sus sentimientos valen más que su metafísica. Su hermosa inteligencia llega casi á la altura del genio. Pero se empeña en aclararlo todo, en comprenderlo todo, en medirlo todo: no os concede nada oscuro é inaccesible: todo lo que no puede iluminar con su antorcha es para ella 'como si no existiera.» Schiller llega á decir que ahuyentaba de él toda poesía, y compara su conversación con el tonel de las Danáidas. Goethe la fué todavía menos favorable, y procuró cuanto pudo defenderse de aquel torbellino; pero lo cierto es que Mad. de Staël pagó espléndidamente su hospitalidad á los alemanes, y nunca llegó á enterarse de tales maledicencias. Á saberlas, las hubiera perdonado, sin borrar ni una tilde de lo que había escrito, porque su corazón era magnánimo y generoso, y en estos últimos años suyos la adversidad había depurado su índole moral, inclinándola á pensamientos graves y á esperanzas ultramundanas, de las cuales los últimos capítulos de esta misma *Alemania* dan testimonio. «Santificad vuestra alma como un templo (dice á los artistas), si queréis que el ángel de los nobles pensamientos se digne descender á ella.» No hay duda que Mad. de Staël llegó á saludar, aunque de lejos, la restauración del sentimiento cristiano. ¡Qué diferencia entre la vaga exaltación sentimental de sus años juveniles y el espíritu resignado, consolador y hasta místico de estas últimas páginas! «Todo tiende á hacer triunfar los sentimientos religiosos en las almas (decía).... Existe una alianza natural entre la religión y el genio.... La filosofía idealista, el cristianismo místico y la verdadera poesía, tienen en cierto modo, el mismo objeto y la misma fuente (1).»

(1) Para apreciar exactamente el cambio que las ideas de Mad. de Staël experimentaron en sentido cada vez más religioso y espiritualista



Tal fué la obra crítica de Mad. de Staël : tales los conceptos que legó al romanticismo. No emancipó la técnica, pero emancipó el espíritu literario. Su acción no fué poética, sino oratoria. Habló al sentimiento más que á la imaginación. No acertó á crear formas nuevas ; pero demostró con elocuencia ardiente y comunicativa la necesidad de crearlas, y buscó, más por necesidad lógica y por instinto moral que por predilección artística, un apoyo en el idealismo alemán para recabar la libertad del espíritu, degradado por la ética utilitaria y oprimido por la brutal tiranía de la fuerza y del éxito. El romanticismo de la ilustre escritora fué tardío y nació de su conciencia moral, de su espiritualismo filosófico, de su liberalismo político, de su fe inquebrantable en el progreso. Nunca entendió el arte por el arte, y sus apreciaciones estéticas se resienten de esto. Admiró y comprendió en Schiller al poeta de la voluntad triunfante y heroica ; pero en cuanto á Goethe, lo más profundo de su arte se le resistió siempre, y no hizo más que arañar la superficie de sus obras. El optimismo de Mad. de Staël es grande, pero monótono y algo declamatorio : lejos de evitar los lugares comunes, los busca con especial fruición, que dice más en pro de su bondad de alma que de su gusto. Pero de todos modos, extendió los límites de la crítica, abrió nuevos horizontes, rompió (como dice Goethe) aquella especie de muralla de la China que incomunicaba la literatura francesa con el resto del mundo, proclamó y practicó el principio siempre fecundo de la libertad en las artes, se esforzó por comprender y sentir aun lo que era menos armónico con su educación y con sus primeros impulsos, y aun

purante sus últimos años, debe leerse la interesante *Noticia sobre su carácter y escritos*, redactada por su prima Mad. Necker de Saussure, y que figura al frente de todas las ediciones completas de sus obras.



exagerando el punto de vista social, consiguió, mediante él, renovar el método y dar cierta unidad á la historia literaria. Si erró mucho, sus errores son secundarios, y casi todos de pura erudición, disculpables aunque no viniesen de pluma femenina. Si no tuvo la llama del genio, tuvo todos los ardores de la pasión que á veces le sustituye, y un cierto poder de intuición rápida, una continua exaltación intelectual, que parece que inventa y crea lo que va recibiendo y aprendiendo. Algo se comunicó á sus libros de aquella juventud perpetua de su alma, que ella describe con tan magníficas palabras, «juventud que renacía de las cenizas mismas de la pasión, y era como la rama de oro que no se marchita jamás, y que abre á la Sibila la entrada de los Campos Elíseos».

Cualidades muy distintas, y artísticamente muy superiores, tuvo Chateaubriand (1772-1848) (1), que comparte con la que fué á un tiempo su rival y su amiga, la dictadura literaria de este período. Así como Mad. de Staël es riquísima de ideas, incompletas si se quiere y no enteramente originales, así Chateaubriand es pobrísimo de ellas, cuanto opulento de formas y colores. Si Mad. de Staël no puede ser contada entre los filósofos, merece á

(1) Sobre Chateaubriand el libro capital, aunque tachado por algunos (no por nosotros), de severidad excesiva, es el de Sainte-Beuve *Chateaubriand et son groupe littéraire sous l'Empire*, curso explicado en la Universidad de Lieja, de 1848 á 1849 (dos volúmenes). Véase también, más por el ilustre nombre del autor que por otra cosa, el tomo 1 de la obra póstuma de Villemain, *La Tribune Moderne* (1858), dedicado todo él á Chateaubriand, á quien estudia, no solamente como orador parlamentario, según pudiera inferirse del título, sino en toda la extensión de su carrera literaria y política. El libro de Villemain es una especie de himno ó canto de apoteosis. Por el contrario, un artículo de Scherer en el tomo 1 de sus *Etudes sur la littérature contemporaine*, puede citarse como lo más áspero y denigrante que se ha escrito contra Chateaubriand. En estos últimos años se nota una reacción en favor de sus grandes cualidades artísticas, que ha sabido apreciar dignamente, y quizá exagerar en algún punto, E. Faguet en uno de sus recientes y deliciosos *Etudes Littéraires sur le Dix-neuvième siècle*.



lo menos lugar entre los pensadores, y tuvo, además de sagacísimo talento de moralista, una curiosidad viva é inquieta por los grandes problemas especulativos, aunque no llegara más que á entreverlos. Tal curiosidad era enteramente ajena al espíritu de Chateaubriand, ni cuando racionalista ni cuando creyente, y explica la endeblez y hasta la puerilidad que en toda la primera parte del *Genio del Cristianismo* han notado lo mismo los cristianos que los incrédulos. En rigor, puede dudarse hasta de que Chateaubriand fuera nunca un espíritu religioso, no porque dudemos de la sinceridad de su conversión y de sus lágrimas, sino por la ligereza profana y la intemperancia de fantasía, aún más que de sentimiento, con que trató las cosas más altas. El que era capaz de intercalar en *El Genio del Cristianismo* (1) un episodio como el de *René*, que es la quinta esencia de los tósigos morales más homicidas, podría tener, y tuvo sin duda, la *imaginación católica*, pero de la imaginación no pasó nunca, á lo menos en el fuero externo. Y, sin embargo, su influjo en la restauración cristiana fué grande, pero no derivado ciertamente ni del ardor de su convicción, ni de la solidez de sus pruebas, sino del poder prestigioso de esa misma imaginación suya tan magnífica y deslumbradora, del feliz concurso de circunstancias que hizo aparecer su libro en la misma memorable fecha del Concordato, y cuando hasta los revolucionarios de la víspera sentían hastío de la impiedad y sed de religión: y, finalmente, de la grandeza inmortal y divina de la causa á quien servía, y que escoge sus instrumentos como place á sus altísimos é inescrutables designios. Aquella generación no podía ser conducida á la Iglesia sino por senda de flores,

(1) Allí estaba en las primeras ediciones.



y Chateaubriand se encargó de esparcirlas á manos llenas por el camino, aunque entre ellas mezclase algunas de enervante y venenoso perfume. Y por desgracia, éstas eran las que el autor había cultivado con más esmero, y las que lograron más larga vida, inoculando en toda una generación la más espantosa de las enfermedades morales, el egoismo impotente y el tedio de las obras de la vida: una extraña mezcla de emociones tumultuosas, de cavilación melancólica y de epicureismo muelle. Este era el verdadero fondo de la naturaleza moral de Chateaubriand, y persistió siempre en él, desde el *Ensayo sobre las Revoluciones* hasta las *Memorias de Ultratumba*, cuyo efecto general no difiere mucho del de las *Confesiones* de Rousseau, salvas las diferencias que nacen de ser Chateaubriand un caballero y no un ayuda de cámara; y de no registrarse en su vida ninguna acción contraria á la integridad ni al honor. Chateaubriand no era capaz de cometer hurtos domésticos, ni de echar sus hijos á la inclusa, viniendo luego en un libro á hacer ostentación de ello; pero era tan vanidoso, tan fatuo y tan egoísta como Rousseau; creía tan firmemente como él que en torno suyo giraba toda la especie humana, y sin desdeñar ninguno de los placeres del mundo, antes bien buscándolos con avidez hasta el fin de sus días, lo cual prueba que su *taedium Vitae* tendría de todo menos de místico, gustaba de decir y escribir que *se había hastiado de todo desde el vientre de su madre*; que le fatigaban por igual la gloria y el genio, el trabajo y la ociosidad, la prosperidad y el infortunio, la naturaleza y la sociedad; que la idea del *no ser* le llenaba el corazón de un júbilo extraño, y que su mayor felicidad en el seno del amor era pensar en la destrucción propia y aun en la de todo lo creado. Ni el mismo lord Byron, que pasaba

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO BARCELONES



en aquellos días por un poeta satánico, pensó ni escribió nunca mayores atrocidades retóricas que las que Chateaubriand se complace en poner en boca de sus personajes predilectos, de sus Chactas y de sus Renés, sin contar las que por cuenta propia, y sin velo alguno, escribe en sus *Memorias*. De intento he dicho *retóricas*, porque cualquiera que fuese el grado de misantropía y de pesimismo que realmente se albergaba en el alma de Chateaubriand, es evidente que él forzaba la nota lo mismo que Byron, ofreciéndose uno y otro en espectáculo, según la moda de entonces, como seres enigmáticos y ángeles caídos, llenos de pasiones tempestuosas y furibundas. Uno y otro dieron á entender que habían estado enamorados de sus propias hermanas: Byron gustaba de que las gentes le tuviesen por brujo y hasta por asesino y pirata, y creyesen que en sus orgías bebía en un cráneo; y con estos y otros mil disparates, que, á mi entender, nunca tuvieron realidad más que en sus imaginaciones conturbadas por el mal gusto y por la soberbia, dieron el tono á la generación romántica, comprometiendo el resultado de aquella grandiosa revolución, con el doble fermento de la falsedad moral y de la *egolatría*. Era la herencia del siglo xviii: el espíritu declamatorio del gran sofista de Ginebra, prolongado en sus hijos y en sus nietos.

En vano Chateaubriand se empeñaba en rechazar tal genealogía. Era de la escuela de Rousseau, no solamente por su ideal soberbio y misantrópico, sino por sus admirables condiciones de paisajista. Pero en esta parte la superioridad del discípulo es tan evidente, que puede decirse que rompe con la tradición y funda escuela nueva, no ya con relación á Rousseau, sino con relación al mismo autor de *Pablo y Virginia*. Ni los paisajes suizos de Juan



Jacobo, ni las noches del trópico descritas por Bernardino, tienen la grandeza solemne de los desiertos americanos de Chateaubriand, ni la pureza ideal de líneas y de contornos con que trazó el horizonte de la campiña romana. En esta parte esencial del arte moderno, la gloria de Chateaubriand permanece intacta. Es grande entre los grandes : descubrió un mundo entero de colores y de armonías ; la naturaleza susurró á su oído revelaciones que no había hecho antes á ningún otro hombre. No pintó solamente las cosas naturales, sino el reflejo moral de ellas ; no se detuvo en las apariencias fugitivas, sino que penetró hasta el alma de la creación, interpretando las voces misteriosas con que habla al espíritu humano. Aunque escritor colorista y pintoresco en alto grado, todavía lo que predomina en él es lo que pudiéramos llamar el elemento lírico del paisaje. Si hay algo de religioso, de sereno y apacible en su arte, lo debe principalmente á esas voces de la soledad que con tan inefable halago acallaban el fiero hervir de sus pasiones agriadas, rompían la dura corteza de su egoísmo, y daban expansión á la tristeza céltica de su alma.

En el paisaje, como en todo, Chateaubriand tuvo el instinto de la grandeza, y en el paisaje con más sinceridad que en ninguna otra cosa, porque quizá el único sentimiento profundo que habitó en su alma, fué el sentimiento de la naturaleza, y no circunscrito y limitado, como en tantos otros vemos, á un género particular de paisajes, sino vasto y riquísimo como la naturaleza misma, y apto para sentir y describir igualmente la vegetación salvaje y pródiga de los bosques del Nuevo-Mundo, las sombras transparentes del cielo de Grecia, y el *aire* de sus noches *dulce como la leche y como la miel*, las abrasadas arenas del Egipto y de la Siria, y la desolación



del Mar Muerto. Por primera vez, con Chateaubriand, la poesía descriptiva tomaba posesión del mundo entero, y centuplicaba sus efectos, al mezclarse con la poesía de la historia. Y esta fué su segunda conquista.

Como Schiller y Goethe en Alemania, como Walter Scott en Inglaterra, tiene Chateaubriand la gloria de haber renovado en Francia el sentimiento de la historia en su brillantez pintoresca y en su verdad moral, completamente desconocidas y olvidadas en las farragosas compilaciones, en los panegíricos retóricos y en los centones de epigramas á que en el siglo XVIII se daba el nombre de historias. Todas las grandes condiciones descriptivas que adornaban á Chateaubriand como pintor de naturaleza física, debían acompañarle también como pintor de grandes escenas históricas, y, sobre todo, como admirable pintor de batallas. Con la misma intensidad, con la misma ardiente visión que aplicaba á las selvas, á las aguas y á los cielos, sacaba de informes fragmentos que para la erudición habían sido letra muerta, la grandiosa reconstrucción del mundo bárbaro que se admira en el relato de Eudoro, y la figura verdaderamente épica de Meroveo sobre su carro. Aquellas páginas decidieron de la vocación histórica de Agustín Thierry (1), y en este caso, como en tantos otros, la luz misteriosa y divina del arte alumbró como precursora los caminos de la ciencia. No es Chateaubriand un historiador propiamente dicho, pero sí un poeta histórico, de imaginación potentísima. Sus libros de historia son confusos, superficiales y fragmentarios; pero los cuadros históricos esparcidos en sus poemas y en sus viajes, suelen ser admirables dechados de aquel género de adivinación arqueológica

(1) Véase el prólogo de sus *Récits des temps Mérovingiens*.



con que los grandes artistas del romanticismo restauraron y vindicaron la Edad Media.

Y no la Edad Media solamente. Más que el sentido de los tiempos bárbaros, y mucho más, por de contado, que el de los primeros siglos cristianos, tuvo Chateaubriand el sentido de la antigüedad clásica, vista de un modo romántico y moderno. Si hubiera tenido tan familiar y directo trato como Andrés Chénier con la poesía homérica en su propia lengua, y si además no le hubiese faltado la única cualidad de poeta que le faltó, pero cualidad esencialísima, el ritmo, no el ritmo vago y flotante de la prosa, sino el métrico, numerado y preciso, único lenguaje digno de la epopeya, quizá algunos rasgos de los primeros libros de los *Mártires*, especialmente la pintura de la familia de Demodoco, hubiesen sido dignos de competir con los admirables fragmentos de *El Ciego* y de *El Mendigo*. Así y todo, no es pequeño mérito en Chateaubriand el traerlos á la memoria; pero donde verdaderamente es superior á toda comparación y se pone al lado de los más grandes artistas neo-clásicos, es en el episodio de Velleda, que bastaría por sí sólo para salvar del naufragio un poema que, tomado en conjunto, es de absoluta decadencia y de visible y empalagoso artificio, un verdadero centón de retazos épicos recortados en frío de todos los poemas del mundo. La unidad de tono se pierde á cada momento, y resulta la impresión más confusa y abigarrada que puede darse. Pero esta Velleda lo hace olvidar todo: es de la familia de Dido, de Ariadna, de Medea, de todas las grandes víctimas del amor fatal é incontrastable, y, sin embargo, es una creación nueva. Chateaubriand, como Byron, no ha creado en rigor más que dos tipos: uno, el de *René*, que es el suyo propio; otro, el de la virgen violenta y fanática abrasada en



las llamas inmortales de la pasión : Atala ó Velleda.

Si se nos pregunta, en vista de todo lo expuesto, nuestra opinión definitiva acerca de Chateaubriand, dudaremos algo antes de responder, y haremos varias distinciones, en que por nada entra la simpatía ó antipatía que sus obras y su influencia nos inspiren. Es, sin duda, un gran poeta, pero un poeta incompleto. Y no lo decimos sólo por la falta del ritmo, aunque sea deficiencia bastante grave, que trae consigo otras muchas. Por culpa suya, ó por culpa de la lengua en que escribía, se vió obligado á cultivar una forma esencialmente contradictoria, que oscila entre la epopeya y la novela, sin ser ni la una ni la otra. La musa de Chateaubriand parece que danza con un pie calzado y otro desnudo. Cuando creemos que va á subir á los cielos, una construcción, un giro discursivo y prosaico, nos advierten que estamos en la tierra. Cuando pensamos seguir la fácil narración de una novela ó el encadenamiento de un discurso histórico, una expresión enfática y altisonante, una comparación homérica armada de todas armas, una frase recargada de accesorios pintorescos, nos vuelve á acercar á los labios la copa de la poesía, para retirárnosla inmediatamente. Á la larga, esta prosa llega á impacientar, porque produce cierto hormigueo en los oídos y en el espíritu. Parece que el autor quiere y no puede; parece que la estrofa impaciente va á resquebrajar por alguna parte la dura corteza de la prosa, y como esto no sucede, y continúa el desfile de imágenes concebidas de un modo poético y ejecutadas de un modo prosaico, esta trasposición de un molde á otro acaba por hacernos creer que el autor se va traduciendo mentalmente á sí mismo, cosa de todo punto contraria á la unidad del efecto estético. Pero no sólo resulta incompleta la poesía de Chateaubriand por



no estar en verso, sino porque, siendo riquísima en todo lo exterior, es sumamente reducida y limitada en la región de las ideas y de los afectos. Y no nos fiemos de apariencias: Chateaubriand no describió en toda su vida más que un solo estado moral, un solo caso psicológico. *Werther* no es más que un momento fugaz en la vida artística de Goethe, un momento corregido y anulado por otra serie de momentos y de posiciones de alma que se prolongan hasta agotar casi el riquísimo contenido de la conciencia. *René* es todo Chateaubriand, moralmente considerado: no hay psicología menos compleja. Como artista, Chateaubriand carece de la invención de conjunto, y, por el contrario, tiene en altísimo grado la invención de los detalles. Más que libros, dejó magníficos almacenes de frases. De todos sus escritos pueden sacarse páginas maravillosas; pero ninguno de ellos está *compuesto*, salvo las tres novelas cortas. La unidad enteramente artificial de *Los Mártires*, prueba hasta qué punto estaba reñido su ingenio con la unidad orgánica.

No tiene, por consiguiente, Chateaubriand en la historia del arte moderno la importancia que tienen los dos grandes poetas alemanes contemporáneos suyos, ni tampoco la de Byron, ni la de Manzoni y Leopardi. Mientras todos ellos permanecen vivos, las obras de Chateaubriand han envejecido extraordinariamente; y como una parte muy considerable de su mérito está en las palabras, sólo los franceses le sienten y aprecian debidamente, lo cual ya es una razón de inferioridad. Traducido, es de los autores que más pierden. Para estimarle en todo su valor, hay que hacerse cargo de la profunda revolución que hizo en la lengua de su patria, dejando preparado un magnífico instrumento para los poetas y prosistas que luego vinieron. No ya sólo Lamartine, Al-



fredo de Vigny y Víctor Hugo y Teófilo Gautier, sino los realistas mismos, con Flaubert á la cabeza, son discípulos de Chateaubriand en la cuestión de estilo. La célebre novela *Salambona* (1) no es más que la exageración (en algunos casos la caricatura) de los procedimientos de estilo usados en *Los Mártires*. Sabido es que Gustavo Flaubert se quedaba extático ante las frases de Chateaubriand y continuamente las repetía con voz estentórea (2). Pero es claro que esta magia, pegada á los ápices de las sílabas, no existe ó es mucho más débil para nosotros.

En suma, Chateaubriand despertó en Francia la imaginación poética aletargada, mostró á los *ideólogos* de su tiempo que la palabra humana servía para algo más que para analizar y descomponer las sensaciones, y que podía luchar con el pincel sin desventaja: transportando el idilio á las selvas americanas, le dió novedad y extraño color, y le realzó con rasgos de pasión sublime y trágica: al describir con amarga elocuencia su propia enfermedad moral, interpretó los sentimientos confusos de su generación y creó un ideal poético, aunque no de la mejor poesía: buscando por sistema lo grande, cayó muchas veces en lo desmesurado y falsamente gigantesco, pero otras se mostró capaz de comprender y aun de remedar la pureza del arte primitivo, más fielmente que otros asiduos lectores de Homero y de la Biblia: trajo el *color local*, poetizó la historia y la geografía, y, finalmente, escribió la primera poética romántica.

(1) Tal es en castellano (y no *Salambó*) el verdadero nombre de la heroína de Flaubert, evidentemente tomado del de aquella deidad cartaginesa que todavía tenía culto en Sevilla, en los días del martirio de Santas Justa y Rufina.

(2) Véanse en las Memorias de Max. du Camp chistosas anécdotas sobre este punto.



Romántica hemos dicho con toda intención, aunque el autor la tituló *Poética del Cristianismo*. La poética cristiana existe sin duda, pero no ha de confundirse con la poética de los pueblos cristianos. El Cristianismo es una revelación sobrenatural que realza, transfigura y perfecciona la naturaleza humana. Tiene su maravilloso propio, su moral tan superior á la moral filosófica, como es superior lo divino á lo humano: tiene, sobre todo, el tesoro de sus dogmas augustos, de sus misterios inefables, que así como son la más alta verdad, pueden ser también fuente de la más alta poesía. Pero sólo aquella poesía que directa y fielmente se inspire en esos dogmas y aspire á dar manifestación simbólica á esos misterios; sólo aquel arte que esté penetrado y saturado de la savia inmortal del cristianismo heroico y militante; sólo aquella poesía que contemple lo maravilloso como realidad tremenda y actual, y no como libre juego de la fantasía; sólo aquel arte que del cristianismo tome aquellos elementos que sólo en el seno del cristianismo pueden nacer, merecen el nombre de arte y de poesía cristiana. Su genealogía es conocida: nace de las narraciones evangélicas y de las visiones del *Apocalipsis*; se dilata riquísimo por la serie de los libros apócrifos; ensaya rudamente las representaciones simbólicas en las paredes de las catacumbas; crea un nuevo género de elocuencia: un arte litúrgico (que no ha de confundirse con la liturgia misma, sino que es desarrollo y eflorescencia de ella): un arte musical y una poesía lírica: dos géneros de arquitectura: dos escuelas pictóricas: un poema colosal que abarca tierra y cielo. Pero antes y después, y al mismo tiempo que todas estas cosas florecen, los pueblos cristianos, que además de serlo son griegos, latinos, germanos, eslavos, y que han recibido, por consiguiente, los frutos de la herencia y de la raza,



crean una porción de formas de arte que esencial y sustantivamente no son cristianas, y que llegan á ser anticristianas á veces. Estas formas se insinúan muchas veces en el arte cristiano propiamente dicho, alteran la unidad y la pureza del tipo, ó le complican con rasgos nuevos, y á su vez el cristianismo, eje y centro de la civilización moderna, dilata su influencia, pero *accidental* y no esencialmente, á esas formas y modos de arte, que sin visible profanación no puede decirse que hayan nacido de su espíritu. Existe, pues, en todos los pueblos cristianos una *dualidad* artística, de que los pueblos antiguos no dan ejemplo. En la India y en Grecia, la teogonía y la poesía son en su origen una misma cosa, y luego se desenvuelven como miembros de un mismo organismo, sin que haya verdadera emancipación, á no ser en los tiempos de decadencia. Una religión humana y natural pudo y debió engendrar un arte natural y humano, que en rigor es su complemento y perfección última. Pero el cristianismo no es religión humana, sino divina; no natural, sino sobrenatural, y, por tanto, se encuentra respecto del arte en condiciones totalmente diversas. Le recibe, le acoge, le llama amorosamente; pero, en rigor, puede vivir sin él. Toda forma artística, por su mismo carácter de limitación humana, resulta pobre y estrecha para tal contenido. Un arte cristiano perfecto y adecuado á su fin sería una monstruosidad inconcebible. El arte cristiano nunca es más que una aproximación tímida hacia su objeto. En este punto, la superioridad estética del arte clásico es innegable, y la conclusión más religiosa sería quizá la tesis contraria á la de *El Genio del Cristianismo*. Pero aquí convendría hacer varias distinciones, y acaso la clave de todo pudiera encontrarse en la teoría de lo sublime. Lo sublime, que es una especie de relám-



pago de lo infinito, es el género de belleza peculiar del arte cristiano ; pero por lo mismo que es un relámpago, no basta á difundir la belleza total en aquellas obras donde imprime el surco rapidísimo de una luz que no es de este mundo.

Es cierto también que los efectos poéticos del cristianismo han tenido que ser distintos, según las aptitudes de las razas que le han adoptado. Y en cuanto al que hemos llamado *arte de los pueblos cristianos*, es decir, á todas aquellas producciones artísticas que no se proponen primariamente un fin religioso, es claro que algunas ó muchas de ellas han podido obtener ó han obtenido una perfección estética igual ó superior á la de los modelos clásicos, así como otras se han quedado notoriamente inferiores, sin que ni lo uno ni lo otro haya de atribuirse, como á causa primera, á la influencia del cristianismo, sino al genio de los artistas, á las condiciones históricas de su producción y á otras circunstancias bien obvias. Resulta de aquí que el que pretenda explicar la literatura moderna, como lo intentó Chateaubriand, por el cristianismo solo, pierde el tiempo y no demuestra nada, puesto que la literatura moderna ó romántica, es decir, la que nació en los tiempos medios y dura hasta nuestros días, tiene sus hondas raíces, no solamente en el espíritu cristiano, sino en la tradición clásica más ó menos adulterada, en el paganismo septentrional lleno de supersticiones y de misterios, en el individualismo germánico, en la caballería y en la fecunda y varia agitación del Renacimiento. Sólo abarcándolo todo se pueden evitar confusiones.

Chateaubriand no hizo nada de esto ; lo involucró todo: despreció las cuestiones de orígenes y las enseñanzas de la historia, procedió sin verdadero respeto á las cosas



santas, y dejó, en vez de un libro apologético, un libro de amena recreación y de crítica superficial y mundana. No hablemos de la primera parte, consagrada al dogma y á la doctrina. Chateaubriand no era teólogo ni filósofo, ni estaba obligado á serlo; pero en materia donde tanto abundan las riquezas, es casi burlarse de los lectores probar el pecado original por las costumbres de la serpiente de cascabel, y comparar el celibato eclesiástico con la virginidad de las abejas. La lectura de este primer libro es aflictiva para quien tenga espíritu religioso y conozca algo de los grandes monumentos de la controversia cristiana. El mismo Chateaubriand pasa como sobre ascuas por esta parte dogmática, y procura reparar su desastroso efecto con una especie de historia natural recreativa, destinada á amplificar el argumento de las causas finales. Aquí triunfan sus grandes condiciones de paisajista, que lucha con las *Harmonías* de Bernardino de Saint-Pierre y totalmente las oscurece; de pintor de animales, á quien el mismo Buffon tiene que ceder la palma, si no en la elegancia majestuosa y sostenida, á lo menos en la brillantez y variedad de matices, no menos ricos y variados que los del plumaje de una ave del Paraíso. Después de esta deslumbradora excursión, mucho más artística que científica, por los dominios de la física estética, el autor examina en dos partes, que son las más extensas de la obra, la influencia del cristianismo en las bellas artes y en la literatura. Hay mucho que admirar en estos capítulos, y su benéfico resultado es indudable. El siglo xviii había escarnecido por boca de Voltaire la sublime poesía de los Sagrados Libros; Chateaubriand la rehabilitaba, haciendo el paralelo entre la Biblia y Homero. El siglo xviii había renegado de todas las instituciones cristianas como tétricas, absurdas y bárbaras;



Chateaubriand ponderaba en muy bellas páginas el esplendor de las solemnidades de la Iglesia, hacía la apología de las campanas, trazaba el cuadro de las rogativas, penetraba en los cementerios campestres y en los túmulos de la abadía de San Dionisio, describía los hábitos de los monjes y las heroicas odiseas de los misioneros, explicaba las armonías de la religión cristiana con las escenas de la naturaleza y con las pasiones humanas, convidaba á los poetas á meditar en los claustros; en suma: llamaba á todas las puertas de la imaginación, y en todas fué oído. No sabemos que el libro hiciera ninguna conversión; era demasiado alegre y profano para esto; pero despertó en unos la curiosidad, en otros la simpatía, que suele ser principio de amor y de conocimiento. Estos efectos se vieron pronto en la nueva generación literaria. Los poetas románticos suelen ser creyentes algo dudosos; pero hasta cuando blasfeman, ponen en sus palabras una exaltación religiosa ó antireligiosa, que la impiedad cínica y burlona del siglo xviii no conoció nunca. Los apóstrofes del *Rolla* de Alfredo de Musset, sus maldiciones contra Voltaire, no se comprenden sino después de *El Genio del Cristianismo*. No hay poeta impío y libertino de nuestro siglo que no haya sentido, y no haya expresado enérgicamente la preocupación del misterio de lo infinito, y el convencimiento de que *una grande esperanza ha atravesado la tierra*.

Pero si de esta impresión de conjunto se descende á los detalles, la estética cristiana de Chateaubriand pierde mucho. Él mismo ha confesado que en aquella fecha era extraño á todas las bellas artes, excepto la literatura. La rehabilitación literaria y solemne del arte gótico no la hizo Chateaubriand, sino Víctor Hugo, en un famoso capítulo de *Nuestra Señora*, que suscitó una legión

:



entera de arqueólogos. Chateaubriand en materia de artes no es romántico, ni traspasa los límites de la pobre crítica del Imperio. Encuentra todavía bárbaros los templos ojivales, pero en cambio se extasía con la arquitectura del Cuartel de Inválidos y con los jardines de Versalles. ¿Qué más? Su propia crítica literaria es la de La Harpe ó la de Marmontel; es la crítica francesa clásica, llevada hasta el risible extremo de poner en parangón la *Zaira* de Voltaire con las lágrimas de Príamo á los pies de Aquiles. Cualquiera pensaría que en una *Poética del Cristianismo*, el grande Alighieri debía ocupar largo espacio. Pues sucede todo lo contrario: Chateaubriand no sabe de Dante más que los versos de la puerta del infierno y el episodio de Francesca de Rímini. En cambio, ¿dónde va á buscar el tipo de la poesía cristiana? Nadie podría sospecharlo: en el siglo de Luis XIV y en el siglo XVIII. Voltaire está tratado como un gran poeta, y el juicio de la *Henriada* ocupa triple espacio que el de la *Divina Comedia*, «*producción caprichosa*», que tiene algunas bellezas en medio de muchos lunares «*hijos del siglo y del mal gusto del autor*». Para probarnos la superioridad de la poesía cristiana en la creación de caracteres, se nos cita como tipo de padres cristianos el Lusínán de la *Zaira*, como tipo del hijo cristiano el Guzmán de la *Alzira*. Otros paralelos no menos extravagantes, sacados de obras cuya lectura nadie soporta hoy, sirven para probar que el cristianismo ha introducido una revolución en el modo de sentir y expresar las pasiones. Los tipos clásicos en esto, los que Chateaubriand opone en son de triunfo á la mismísima Dido virgiliana, son la He-loísa de la *Heroída* de Pope, ó más bien, de la de Colardeau, la Julia de Rousseau, y una Clementina, que, francamente, ignoro de qué novelas sentimentales será pro-



tagonista. Con argumentos y modelos de esta fuerza prueba Chateaubriand su tesis.

En suma, el libro ha caducado. Salvo algunos capítulos, no se le puede leer hoy más que á título de curiosidad histórica. La tesis misma está mal puesta, mal desarrollada y mal defendida para quien no se deslumbre con las apariencias de falaz declamación. Comparar lo maravilloso *positivo* del cristianismo con lo maravilloso de la mitología, es proporcionarse un triunfo fácil pero sobremanera peligroso. Son dos cosas que ni por un momento pueden estar en la misma línea, dos órdenes de pensamientos tan remotos, que sólo la comparación es ya una irreverencia. Existe, sin duda, una *mitología cristiana* (expresión que no nos atreveríamos á usar si ya no la hubiese empleado José de Maistre); pero esta mitología empieza donde acaba la parte positiva y dogmática del cristianismo, y aunque sea una eflorescencia natural del espíritu cristiano, es al fin creación libre de la fantasía popular, y, como tal, unas veces superior, otras inferior á las creaciones de la mitología clásica. Hablo de la riquísima literatura de los libros apócrifos, de las leyendas, de los viajes á las regiones infernales, totalmente ignorada de Chateaubriand y omitida en *El Genio del Cristianismo*. Cuando se habla de lo maravilloso cristiano, importa distinguir bien ambos elementos y mantener clara, muy clara, la raya infranqueable que separa lo humano de lo divino. De otro modo nos exponemos á convertir el cristianismo en una fantasmagoría ó en una ópera. Nunca se ha creído tan sinceramente en él, como en los tiempos en que nadie se preocupaba de sus bellezas poéticas, ni se oía repetir á todas horas: «¡Qué bello, qué consolador, qué *artístico!*» ¿Cómo de la categoría de belleza, y de una belleza tan relativa como la belleza del arte, ha de



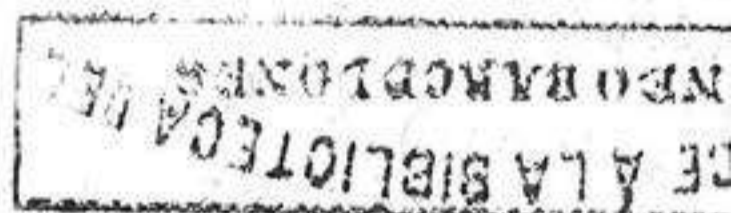
inferirse la categoría de verdad, y de verdad absoluta y eterna? ¿Cómo un creyente que lo sea de veras ha de consentir nunca que un género de maravillas en que él no cree sino como artificio y deleite de la fantasía, se ponga en parangón con aquellos misterios inefables que absorben toda la adoración de su alma? ¿Ni qué tiene que ver esto con el gusto literario? ¿Será más ó menos cristiano el que admire como Chateaubriand, á Racine, al Tasso y á Voltaire, ó el que encuentre y juzgue que la tragedia francesa es un género falso y monótono; la *Jerusalén*, una elegante novela de caballerías, menos divertida que el *Orlando*, y estime y tenga por cierto que la *Henriada* y todas las tragedias y todos los versos largos y serios del patriarca de Ferney son receta eficacísima contra el insomnio? ¿Será preciso, para merecer nombre de varón piadoso, creer que los antiguos estaban destituidos del sentimiento de la naturaleza, y que Lucrecio y Virgilio entendían de esto mucho menos que Thompson y Gessner? Pues esta es otra de las proposiciones del *Genio del Cristianismo*, cuyo autor compadece muy de veras á los antiguos porque en pena de su gentilismo é impiedad estuvieron privados de leer los *Jardines* del abate Delille, y las *Estaciones* de Saint-Lambert. Al leer este y otros pasajes no menos frívolos, cualquiera diría que en la mente de Chateaubriand el beneficio de la redención humana no tuvo más objeto que hacer posible la publicación de *Pablo y Virginia* ó la de *Atala*.

*El Genio del Cristianismo* había aparecido en 1802. En 1807 vieron la luz pública *Los Mártires*, en que el autor intentó llevar á la práctica su propia teoría, con el dudoso resultado que sabemos. Hay en este poema en prosa bellezas inmortales; pero, lejos de asegurar el triunfo de la Musa de la Verdad sobre la Musa de las



Ficciones, como se anuncia en la invocación, todo lo que es ó quiere ser cristiano resulta lo más débil, y, al contrario, los recuerdos de la musa homérica tienen mucha gracia, sencillez y encanto. Y es que Chateaubriand podía tener en cierto grado la imaginación cristiana, pero tenía pagano el sentimiento. Aun en la misma melancolía de René hay mucho de la tristeza epicúrea que sigue al placer. Su verdadera fórmula está en aquellos versos de Lucrecio, que lo mismo podían ser de Byron :

« Medio quoniam de fonte leporum  
Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angit. »



Es hora de terminar con Chateaubriand. Su excepcional influencia nos ha hecho detenernos en él, y también la consideración de que fué el único de los innovadores franceses que no parece haber recibido influencia alguna de las literaturas extranjeras, al revés de Mad. de Staël, que debió á Inglaterra y á Alemania la mayor parte de sus ideas críticas. Chateaubriand ignoró siempre la cultura alemana, y en cuanto á la inglesa (sobre la cual escribió un *Ensayo crítico* bastante descosido) se atuvo siempre á lo que de ella había aprendido durante sus años juveniles de destierro. Tradujo y comprendió bastante bien á Milton : muy medianamente á Shakespeare. No gustó de Walter Scott, y poco de Byron, á quien tachaba de haberle plagiado el tipo de René, ¡ como si Byron hubiera necesitado salir de su propia alma, para encontrarle ! No diremos que algunos poetas ingleses descriptivos y sentimentales de fines del siglo XVIII, especialmente Beattie y Gray, dejasen de influir en Chateaubriand ; pero esta influencia fué muy tenue, y de ningún modo comparable con la que ejerció Juan Jacobo.

Es, pues, totalmente francés en sus orígenes el roman-



ticismo de Chateaubriand, y añadiremos que conserva muchos vestigios de la disciplina clásica. Quizá esto explica, juntamente con su incurable vanidad personal, el que Chateaubriand mirara con tanto despego todas las tentativas de emancipación literaria posteriores á la suya, y escatimara siempre sus elogios á la *posteridad de René*, mostrándose injusto apreciador, no ya sólo de Víctor Hugo, sino del mismo Lamartine.

El crítico, el consejero predilecto de Chateaubriand, el que le infundió su amor á la literatura del siglo xvii y su respeto á la lengua de Fénelon y de Racine, fué Fontanes (1), espíritu ecléctico; pero en quien la timidez académica predominó siempre sobre la simpatía con que miraba ciertas novedades autorizadas por el genio de su amigo. Fontanes trazó el plan de *El Genio del Cristianismo*, vindicó *Los Mártires* de la censura atrabiliaria de los críticos imperiales, y en sus poesías elegíacas y religiosas, v. gr., *La Cartuja ó El Día de Difuntos*, presentó un matiz de transición entre la lírica antigua y la lírica lamartiniana. Como censor de detalle, no tenía precio. Su crítica íntima y familiar preservó á Chateaubriand en sus obras capitales de exagerar los defectos de su manera exuberante y pomposa, y cuando Fontanes hubo desaparecido, Chateaubriand se dejó arrastrar de su natural pendiente al efectismo retórico, hasta llegar á los excesos de mal gusto que afean la *Vida de Rancé* ó las *Memorias de Ultratumba*. Cuando se leen algunas páginas de *Los Mártires* ó del *Itinerario*, que tienen hasta sobriedad y aticismo, y que tanto contrastan con lo que vino después, se comprende que pasó por allí la lima de Fontanes suavizando asperezas, y que con razón podía

(1) Vid. sobre Fontanes un largo estudio de Sainte-Beuve en los *Portraits Littéraires*, tomo II.



decir á Chateaubriand lo que Tibulo á Mesala : *Non sine me est tibi partus honos*. Nada tan útil en las épocas críticas del arte como la presencia de tales censores, inflexibles en cuanto á la pureza de dicción, tolerantes y benévulos con el espíritu y con la forma esencial de la obra poética, aunque no sea la misma que han aprendido á admirar desde sus primeros años. « Yo veía á Fontanes lleno de sorpresa (dice Chateaubriand) cuando le leía fragmentos de *Los Natchez*, de *Atala*, de *René*; no podía reducir estas producciones á las reglas comunes de la crítica, pero conocía que entraba en un mundo nuevo, veía una naturaleza nueva, comprendía una lengua que él mismo no hablaba. Recibí de él excelentes consejos, le debo todo lo que haya de correcto en mi estilo : me enseñó á respetar el oído, me impidió caer en la extravagancia de la invención y en la aspereza de ejecución que caracteriza á mis discípulos.»

Para mayor fortuna, tuvo Chateaubriand al lado de esta crítica que le servía de freno, otra que le daba alas : crítica alada ella misma, impregnada de un misterioso perfume platónico y espiritualista, crítica *sugestiva* en alto grado, y engendradora de mil pensamientos que sin ella no hubiesen nacido en el alma del poeta. Ésta crítica era la de otro amigo de Chateaubriand, Joubert (1), uno de los moralistas más refinados é ingeniosos, uno de los espíritus más dulces y simpáticos de que puede honrarse la literatura francesa. No dejó más que pensamientos ; pero que tienen la alta virtud de haberlos pensado

(1) *Pensées, Essais Maximes et correspondance*, de M. Joubert, publicados en 1842 por su sobrino P. Raynal, en dos volúmenes. Han escrito sobre ellos, además de otros muchos críticos, Sainte-Beuve (*Portraits Littéraires*, tomo II, y *Causeries de Lundi*, tomo I); Caro (*Mélanges et Portraits*, tomo II), y sobre todo Matthew Arnold (*Essays in Criticism*, tomo II).



el autor por sí mismo, libre de convenciones y de rutinas de escuela, con perfecta y absoluta sinceridad. Y entre estos pensamientos los hay exquisitos, dignos de la antigüedad helénica, dignos de Platón mismo, y hay otros vaporosos, tenues, casi impalpables, que parecen ideas musicales (si se nos permite la frase), más bien que conceptos del entendimiento. El mismo Joubert decía que los más hermosos versos son los que se exhalan como sonidos ó como aromas, los que conservan el calor ó la humedad del aliento del alma. Así es su prosa. Oigamos algunos otros aforismos suyos, que anuncian una poética nueva : « En literatura hay que remontarse á las fuentes de cada lengua, porque así se contrapone la antigüedad á la moda, y, por otra parte, encontrando en nuestra lengua propia esa punta de extrañeza que pica y despierta el gusto, la hablamos mejor y con más placer. En cuanto á los inconvenientes de este estudio son nulos: los defectos antiguos y desusados han perdido toda su fuerza maléfica: nada hay que temer del contagio. Llenar una palabra antigua de un sentido nuevo, no es innovar, sino rejuvenecer. Á las lenguas hay que tratarlas como á los campos: para hacerlas fecundas, cuando no son jóvenes, hay que removerlas á grandes profundidades: sólo en esas profundidades se encuentra el oro....» Creía Joubert, muy distinto en esto como en todo de la mayor parte de los franceses, que acaso la belleza del estilo es compatible con cierta oscuridad y ciertas nubes, cuando éstas proceden de su excelencia misma, de la elección de palabras que no son comunes, de giros que no son vulgares. «Es cierto (decía) que lo bello tiene siempre una belleza visible y otra belleza oculta, y que nunca nos hace más impresión que cuando le leemos atentamente en una lengua que no entendemos sino con trabajo.» Nadie creyó tan firme-



mente como Joubert en la persistencia absoluta del ideal del arte. «En los géneros templados, en todo lo que es inferior, depende uno, á pesar suyo, del tiempo en que vive y habla, como todos sus contemporáneos ; pero en lo bello, en lo sublime, en todo lo que participa de lo sublime ó de lo bello, no se depende de nadie, y en cualquier siglo se puede ser perfecto, con más trabajo, eso sí, en unos tiempos que en otros». Tenía más de clásico puro que de clásico francés : «La elegancia de Racine (escribe) es perfecta ; pero no es suprema como la de Virgilio.» Otros dichos suyos han conquistado ya la inmortalidad : «Dios, no pudiendo conceder á los griegos la verdad, les dió la poesía.» ¿Y cuál era su concepto de la poesía? Nunca la define, sino con imágenes á cual más graciosas : «En todas las palabras que emplea un verdadero poeta hay para los ojos cierto fósforo ; para el gusto, cierto néctar ; para la atención, una ambrosía que no hay en las otras palabras». «Hay versos que por su carácter parecen pertenecer al reino mineral, tienen su ductilidad y su brillo ; otros al reino vegetal, tienen su savia ; otros pertenecen al reino animal, y tienen vida : los más bellos son los que tienen alma : pertenecen á los tres reinos ; pero á la Musa pertenecen todavía más.» «El alma se canta naturalmente á sí misma todo lo que es bello ó le parece tal : no se lo canta siempre con versos ó con palabras medidas, sino con expresiones é imágenes en que hay cierto sentido, cierto sentimiento, cierta forma y cierto color, que tienen cierta armonía ; la una cosa con la otra, y cada una dentro de sí.»

De este espíritu sutilísimo, etéreo y luminoso, algo paradójico en la expresión, algo humorista y fantástico, pero enamorado siempre de todo lo bello y santo, decían



sus amigos que parecía un alma que había encontrado por casualidad un cuerpo, se había alojado en él como había podido, y no veía el momento de salir de ella. Fué el teórico de todas las delicadezas idealistas. «Donde no hay delicadeza no hay literatura (decía); un escrito en que no se encuentra más que fuerza y un cierto fuego sin luz, no anuncia más que carácter : cualquiera le puede hacer igual si tiene nervios, bilis y sangre. Ni temo ni odio la fuerza, pero estoy algo desengañado de ella ; es una cualidad que solamente es loable cuando está oculta ó velada. En el sentido vulgar de la palabra, Lucano tenía más fuerza que Platón. La fuerza no es la energía : algunos autores tienen más músculos que talento.»

La celebridad de este soñador es completamente póstuma, y no ha hecho más que acrecentarse con el transcurso del tiempo. No es popular, no puede serlo ; pero hay muchos que preferirían ser autores de su libro de *Pensamientos* más bien que de todas las voluminosas y espléndidas producciones de Chateaubriand. Esta admiración ha traspasado los límites de Francia, y ha dictado al primero de los críticos ingleses de nuestros días, á Matthew Arnold, páginas que terminan con una especie de apoteosis. «Vivió en los días de los filisteos, cuando toda idea corriente en literatura tenía el sello de Dagón, y no el sello de los hijos de la luz.... Pero hubo unos pocos que, aleccionados por alguna tradición secreta, ó iluminados quizá por divina inspiración, se libraron de las supersticiones reinantes, y no doblaron la rodilla ante los ídolos de Canaán, y uno de estos pocos se llamaba *Joubert*.»

Así como Chateaubriand tuvo su pequeño grupo literario, en el cual con méritos desiguales figuraron, además de los autores citados, el poeta Chênedolle, Guéneau



de Mussy y otros (1), así también Mad. de Staël tuvo el suyo, no menos selecto y mucho más decididamente romántico. En este grupo hay que poner á Guillermo Schlegel, que escribió en francés la *Comparación entre las dos Fedras* (1807), y fué el principal inspirador del libro de *Alemania*. Hay que contar también á Benjamín Constant (de Lausana), tan célebre en otro tiempo como publicista de la escuela doctrinaria, y hoy mucho más célebre, con celebridad casi novelesca, por sus lances de amor y fortuna con grandes damas de su tiempo, y también por su singular novela psicológica titulada *Adolfo* (1815), libro de observación admirable y despiadada, donde se disecciona con rigor anatómico una variante del mal de René, mucho menos poética y más opaca que la primitiva. Si es el retrato del alma del autor, ¡qué seca y gastada debía de tenerla! Pero al mismo tiempo, ¡qué sutileza de análisis en este producto de extrema decadencia, cuyo autor no parece haber sido joven nunca! Como crítico iniciador, merece recuerdo por sus *Reflexiones sobre la tragedia*, que acompañan á la imitación en verso que publicó del *Wallenstein* de Schiller en 1809, defendiendo, aunque tímidamente, las libertades del teatro inglés y alemán.

Otro escritor suizo del grupo de Mad. de Staël contribuyó á propagar el estudio de las literaturas comparadas, y á emancipar la imaginación francesa de la supersticiosa adoración de sí propia. Fué éste Sismondi de Sismonde (1773-1842), investigador concienzudo, cuya *Historia de las repúblicas italianas* conserva todavía mucha estimación, á pesar de las rectificaciones que naturalmente ha ido trayendo el progreso de los estudios, y á pesar de

(1) Sobre todos estos personajes y otros más oscuros hay cuantos detalles pueden apetecerse en el *Chateaubriand* de Sainte-Beuve.



las preocupaciones calvinistas del autor, refutadas admirablemente por Manzoni en su libro *De la Moral Católica*. El mismo espíritu domina en su *Historia de las literaturas del Mediodía de Europa* (1813), que naturalmente ha envejecido mucho más; pero que tuvo en su tiempo, y aun después, verdadera influencia. Sismondi trabajó sobre el plan de la obra alemana de Bouterweek, y aun tomó de ella la mayor parte de sus noticias concernientes á las literaturas castellana y portuguesa. En cuanto á la provenzal, no alcanzó siquiera los trabajos de Raynouard, y tuvo que limitarse al pobrísimo libro de Millot; y en la italiana, que conocía más directamente, no adelantó mucho sobre Guinguené. Pero la idea de presentar juntas las literaturas meridionales, afirmando la unidad superior del genio neo-latino, era sin duda idea alta y fecunda, aunque Sismondi, escritor mediano y más laborioso que genial, no acertase á desarrollarla. Hay, además, en el libro, en medio de innumerables errores de todos géneros, que arguyen una preparación muy insuficiente, algunas observaciones históricas profundas, algunos juicios felices, que bastan para que todavía se la mire con cierto respeto. Es un libro de vulgarización muy incompleto, pero que en su día fué útil. Lo poco que supieron de literatura extranjera los románticos franceses fué aprendido en el libro de Sismondi y en la *Alemania* de Mad. de Staël. De la difusión del primero en Europa dan testimonio la traducción alemana de Hain en 1815, la inglesa de Roscoe en 1823, y la muy interesante de la parte española, corregida y adicionada hasta duplicar su volumen, por Figueroa y Amador de los Ríos en 1842.

También deben referirse al grupo de Coppet las traducciones de algunas obras alemanas, de capital importancia



crítica. En 1812 apareció la *Historia de la literatura española*, de Bouterweek, desglosada de su obra lata sobre las literaturas de Europa, y traducida por Mad. Streck, con un prólogo de Stapfer, recomendando el estudio de nuestras letras por consideraciones de historia filosófica. El prologuista sostiene que «si los poetas franceses se hubiesen atendido á las costumbres, á los sentimientos, á las instituciones de nuestros abuelos, á nuestros usos y á nuestra religión, hubiera tenido Francia algo mejor que una literatura híbrida ó descolorida, compuesta unas veces de elementos heterogéneos y contradictorios, y calcada otras sobre un tipo extraño á nuestras ideas y nuestro modo de ser: literatura griega en caracteres occidentales, calco infeliz de la literatura de los antiguos, imagen débil y pálida de un original lleno de vida y de color, copia, en fin, semejante á esos fríos grabados que tienen la pretensión de reproducir los cuadros de Rubens y del Ticiano». Comenzaba á insinuarse la intolerancia romántica, de que luego veremos tantos ejemplos. En 1814 fué traducido el *Curso de literatura dramática* de Guillermo Schlegel, por Mad. Necker de Saussure, que se creyó obligada á templar en un prólogo las invectivas de Schlegel contra el teatro francés. Pero la influencia del prólogo no contrarrestó á la del libro. La causa de los innovadores, definitivamente ganada en el campo de la teoría, iba á serlo muy pronto y ruidosamente en el campo del arte. Pero como los grandes poetas (salvo Chateaubriand, cuya prosa fué la única poesía de entonces) no habían aparecido aún, el movimiento de las ideas literarias en tiempo del imperio apenas salió de los libros de crítica. Todavía hay que citar algunos dignos de alabanza. Tal es, sin duda, el excelente *Cuadro de la literatura francesa durante el siglo XVIII*, publicado en

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO BARCELONÉS



1809 por Barante, tan célebre luego como historiador de los Duques de Borgoña. Este *Cuadro* debe leerse, aun después de conocido el de Villemain. No es tan anecdótico y pintoresco, pero tiene un criterio más firme y más ideas de conjunto. El autor conviene con Mad. de Staël en mirar la literatura principalmente bajo el aspecto social, pero ni justifica ni absuelve el espíritu *filosófico* del siglo xviii. Trata duramente á Rousseau, y no con más blandura á Diderot. En literatura propende al romanticismo histórico y á la rehabilitación de la Edad Media. «El siglo de Luis XIV nos ha hecho olvidar (dice) que Francia tenía una gloria más antigua y más solemne que la de ese siglo de elegancia.» La idea era profunda para escrita en 1809: Chateaubriand en *El Genio del Cristianismo* no la había sospechado siquiera. Barante, conocedor de la literatura alemana, fué también el primer traductor completo del teatro de Schiller; pero en tiempos bastante posteriores, cuando ya su talento había llegado á perfecta madurez dentro de la vía romántica, y había aplicado á la historia los procedimientos pintorescos de la novela de Walter Scott (1).

También pertenecen á esta época los primeros ensayos del gran iniciador literario Claudio Fauriel (1772-1844). Lo que en sus trabajos de erudición haya de incompleto ó de poco seguro no debe hacernos cometer injusticia con este insigne varón, que fué el más incansable propagandista de las literaturas extranjeras en Francia, y el primero que llevó formalmente á la cátedra el estudio de los orígenes literarios de la Edad Media. Por su educación y sus primeras relaciones, Fauriel pertenecía al grupo de los ideólogos, había sido amigo y testamenta-

(1) Hay de Barante tres tomos de *Mélanges Littéraires* (1825).



rio de Cabanis, que le dirigió su *Carta sobre las causas primeras*; pero desde el principio se distinguió de los hombres del siglo XVIII por un instinto de curiosidad histórica desinteresada, que ellos no tuvieron nunca; por un gusto más liberal y hospitalario. Se ha dicho de él que siempre estuvo adelantado en más de veinte años á las ideas dominantes. Ya en 1810 había traducido y publicado un poema alemán, la *Partheneida* del danés Baggesen, especie de idilio épico al modo de la *Luisa* de Voss ó de *Hermann y Dorotea*. Á la traducción acompañaban unas excelentes reflexiones preliminares sobre este nuevo género de imitación homérica. Amigo íntimo de Manzoni, á quien conoció muy joven en el círculo de Mad. de Condorcet, tradujo en 1823 las dos tragedias *Carmagnola* y *Adelchi*, de cuyos coros decía que le aceleraban el pulso como los de Eurípides; y tradujo también el diálogo de Hermes Visconti contra las unidades dramáticas, al cual sirve de admirable complemento la carta que en francés escribió Manzoni á M. Chauvet, que había juzgado su obra con criterio clásico. En 1824, siguiendo Fauriel las huellas de los grandes colectores de la poesía popular en Alemania é Inglaterra, publicó los *Cantos de la Grecia Moderna*, con un prólogo en que se define admirablemente el carácter de este género de poesía, que *participa del privilegio de las obras de la naturaleza*. La colección fué acogida con entusiasmo, y no sólo influyó en el estudio cada vez más asiduo de las literaturas populares, sino también en el *filo-helenismo* y orientalismo de los románticos. Sin ser un historiador de genio como Agustín Thierry, contribuyó á la renovación de la crítica histórica y de los métodos narrativos, con su *Historia de la Galia Meridional* desde la invasión de los bárbaros hasta la desmembración del imperio carolingio. Fué el primer



profesor de literatura extranjera en la Sorbona, inaugurando su enseñanza en 1830. Á ella debemos una porción de estudios que hoy pueden parecer anticuados, pero que en medio de algunas teorías insubsistentes y abandonadas ya por todo el mundo como la de la influencia provenzal omnímota, contienen una masa de investigaciones propias y de adivinaciones críticas, para aquel tiempo extraordinarias. La historia de la *Literatura Provenzal* (1) es de todos estos trabajos el que debe consultarse con más cautela, por el empeño temerario en que el autor se puso de demostrar el supuesto origen provenzal de las canciones de gesta francesas, lo cual le hace descuidar el principal objeto del curso que debió ser la poesía lírica, é introducir mil discusiones extrañas á su asunto. De todos modos, parece extremado el rigor con que juzgan este libro los provenzalistas modernos, guiados, en verdad, por un método más severo y por la aversión á toda retórica y á toda generalización sistemática. Hoy esto es lo más seguro y lo que conviene: quizá en los tiempos de Fauriel podía tener disculpa una filología algo más aventurera y temeraria (2), pero, por lo mismo, más acomodada para ejercer prestigio inmediato sobre espíritus no educados todavía en los métodos de la investigación rígida. Así y todo, ¡qué diferencia entre los cursos de Fauriel y los cursos puramente oratorios de Villemain, diferencia mucho mayor, sin duda, que la que separa á Villemain de La Harpe!

(1) *Histoire de la Poésie Provençale. Cours fait á la Faculté des Lettres de Paris par M. Fauriel.* París, Labitte, 1846; tres tomos. (Publicación póstuma, lo mismo que la de las lecciones sobre Dante.)

(2) Fauriel, como todos los idólatras de lo que llaman *genio popular*, estaba expuesto á grandísimas credulidades, por el empeño romántico de encontrar poesía nacional en todas partes. Su autoridad contribuyó mucho á que pasasen por buenas falsificaciones tan torpes y desmañadas como el canto de *Lelo*, el de *Altabiscar* y otros tales.



Otros rastros nos quedan de la enseñanza de Fauriel, que ocupó los últimos quince años de su vida : algunas lecciones sobre la epopeya homérica , un curso sobre *Dante* y los *Orígenes de la lengua y de la literatura italiana* (1), algunos fragmentos de literatura española, que versan especialmente sobre la vida y teatro de Lope de Vega (2). Ningún crítico francés de su tiempo estudió tantas cosas y con tanto provecho, ni extendió más lejos el radio de sus investigaciones. Fué de los primeros en adquirir nociones de sánscrito; supo el árabe, los dialectos célticos y hasta el vascuence. Y sea cual fuere el valor positivo de los resultados de su enseñanza, siempre habrá que resumirla en una frase honrosísima: « fundó en Francia el estudio de las literaturas comparadas ». Ampère , Ozanam y muchos otros son discípulos y continuadores suyos. También ellos comienzan á anticuarse : se dice que en sus trabajos hubo mucho *diletantismo*, pero sólo á este precio podía ir entrando en la

(1) *Dante et les origines de la langue et de la littérature italiennes. Cours fait à la Faculté de Lettres de Paris, par M. Fauriel.* Paris, A. Durand, 1854.

(2) Es lástima que no hayan sido recogidos en un volumen los estudios de Fauriel sobre nuestra literatura. El plan general del curso se publicó en la *Revue Française* de 1838. La *Revue des Deux Mondes* de 1839 y 1843 contiene dos artículos de Fauriel intitulados *Vie de Lope de Vega* y *Les Amours de Lope de Vega*. Estos artículos , fundados principalmente en el texto de *La Dorotea* , á la cual da Fauriel valor autobiográfico , dieron motivo á una réplica de Damas-Hinard (1842) y á un artículo de Magnin en el *Journal des Savants* (1844). Hay un extracto analítico del curso de la literatura española de Fauriel en el *Journal de l'Instruction publique* (1838 y 1839.) Son veinte artículos firmados por E. Burette. Se ve que Fauriel había reconocido la unidad del genio español y se remontaba á sus orígenes , hablando primero de turdetanos y celtíberos, luego de la literatura hispano-latina, gentil y cristiana, y también de la árabe, todo ello algo rápidamente, pero con conocimiento de causa. Exageraba la influencia provenzal, según su costumbre, buscando en los relatos épicos castellanos la confirmación de su teoría sobre las *gestas* francesas. Trataba con detención , y al parecer con recto juicio, la historia del teatro hasta Lope de Vega, en quien terminó el curso.

Hay dos excelentes trabajos sobre Fauriel, uno de Sainte-Beuve en el tomo iv de los *Portraits Contemporains*, otro de Ozanam (*Mélanges*, tomo i.)



general cultura el estudio de la Edad Media, que es de interés bastante general para que no debamos relegarle á las compilaciones diplomáticas ni á los ingentes volúmenes de la *Historia Literaria*, inaccesibles á los profanos.

El deseo de seguir hasta el fin la brillante y civilizadora carrera de Fauriel, nos ha hecho apartarnos de aquella literatura de principios del siglo, á la cual se remontan sus primeros ensayos. Todavía podemos encontrar en ella los nombres de otros iniciadores de nuevas formas de pensamiento ó de expresión que habían de tener influjo más ó menos decisivo, más ó menos visible, durante el período romántico. Es imposible, por ejemplo, omitir á Sénancour, el solitario, y misantrópico autor de las *Rêveries* (1799) y de *Obermann* (1804), un hijo de Rousseau y hermano de René, aunque con variantes notables y fisonomía propia: pesimista glacial, pero resignado con cierta nobleza estóica, mezcla rara de ateo y de teósofo; y, sobre todo, admirable paisajista. Si en la melancolía de Chateaubriand hay un fondo epicúreo, en la de Sénancour hay un fondo budista. En este concepto, no puede decirse que su influencia haya terminado: al contrario, parece que se ha recrudecido en estos últimos tiempos. No será extraño que exista á estas horas algún cenáculo donde se dé culto á *Obermann*, y se intente como él llegar á la *abdicación de la voluntad en el seno de la naturaleza*. Matthew Arnold le ha celebrado en unas estancias admirables, compuestas á la vista del lago de Ginebra. «Nuestra vida corre demasiado atropellada (dice el poeta inglés), para que lleguemos á alcanzar la dulce calma de Wordsworth ó la luminosa y amplia intuición de Goethe. Y por eso nos volvemos á ti, ¡oh sabio tristísimo!, y sentimos tu magia y tu encanto. El enigma inextricable y desesperado de nuestra edad, tú le has escudriñado.



Inmóvil te sientas, tranquilo como la muerte, armado para el dolor. Fría es tu cabeza, frío tu sentimiento, helada tu desesperación.... Tú, que miraste desde lejos la lucha de la vida y no te mezclaste en ella, tú solo sabes cómo han pasado las cosas, porque solamente vive con la vida de todos el que ha renunciado á la suya. Y por eso venimos á ti, ¡oh maestro! Espesas nubes se han amontonado cerca de la piedra donde te sientas. El reino de tu pensamiento es triste y frío, el mundo es más frío aún. Pero tú tienes placeres que compartir con los que se acercan á ti; en las brisas de tu montaña flotan bálsamos....»

No se puede expresar mejor la indefinible y siniestra poesía, el adormecedor panteísmo que se desprende de las páginas de *Obermann*, sino recordando algunos versos del mismo Arnold, y, sobre todo, algunos de Shelley. Es una sombra maléfica, pero que infunde tales contemplaciones, que los que han llegado á gustarlas alguna vez no aciertan á romper nunca su funesto encanto, que á la larga puede incapacitar totalmente para la acción viril.

Hasta como paisajista parece Sénancour de otra familia que Chateaubriand; éste gran pintor de las llanuras, aquél incomparable pintor de las montañas (1). «Tuvo la opresión de las montañas sobre el corazón (dice Mateo Ar-

(1) Sénancour mismo define bien el carácter singularísimo de sus descripciones, diciendo que son «de las que sirven para hacer entender mejor las cosas naturales, y para dar indicios, acaso excesivamente desdeñados, sobre las relaciones del hombre con lo que llamamos lo inanimado». Por eso rechaza todas «esas figuras triviales empleadas ya un millón de veces, y que no hacen más que debilitar el objeto que pretenden engrandecer». Denomina *romántico* su arte, pero le distingue escrupulosamente del arte *romanesque* ó *novelesco*. «Lo novelesco seduce las imaginaciones vivas y floridas; lo romántico es lo único que habla á las almas profundas, á la verdadera sensibilidad.... Los efectos románticos son los acentos de una lengua que no todos los hombres conocen, y que es extranjera en muchos países. Y, sin embargo, esta armonía romántica es la única que conserva á nuestros corazones los colores de la juventud y la frescura de la vida. El hombre de sociedad no siente estos efectos demasiado lejanos de sus hábitos; acaba por decir: ¿qué me importa? Pero vosotros,



nold); tuvo los contornos virginales de las montañas «en su estilo *blanco*.» No se puede decir que este misterioso personaje dejara ningún discípulo directo, pero su literatura obró como un filtro mágico sobre algunas imaginaciones; la de Jorge Sand, por ejemplo, en algunas de sus primeras novelas (*Lelia, Espiridion*)...., la de Sainte Beuve en su primera juventud, en su período elegíaco y místico, en el de *Volupté*. Aun en sus obras críticas jamás habla de Sénancour, sino con el mismo tono de apasionada devoción y respeto religioso con que el iniciado en los misterios de algún culto esotérico hablaría del hierofante que en ellos le hubiese iniciado (2).

Hubo por estos tiempos otro solitario contemplativo, cuyas aspiraciones morales y religiosas diferían profundamente de las de Sénancour, pero que no dejaba de parecersele por el carácter de sus meditaciones, y por ser, como él, una especie de poeta de la metafísica. Este nebuloso escritor, cuya influencia fué tardía, pero más ruidosa que la de Sénancour, es el lionés Ballanche (1776,-1847), especie de iluminado neo-católico en el sentido verdadero de la palabra, es decir, partidario de un cristianismo progresivo, difícilmente compatible con la ortodoxia, de la cual, sin embargo, nunca se apartó á sabiendas: hombre por otra parte de altísimas intuiciones históricas mezcladas con alucinaciones y sueños proféticos, en que alternativamente se manifiestan las doctrinas expiatorias de Saint-Martin y José de Maistre, las teorías palingenésicas del ginebrino Bonnet y las concepciones de la escuela

hombres primitivos, lanzados acá y allá en el siglo vano para conservar la huella de las cosas naturales, vosotros os reconocéis y os entendéis en una lengua que el vulgo no sabe.»

En la carta 21 de *Obermann* trae esta definición de la belleza: Lo «bello es lo que excita en nosotros la idea de relaciones dispuestas para un mismo fin, según conveniencias análogas á nuestra naturaleza».

(2) Vid. *Portraits Contemporains*, tomo 1.



tradicionalista sobre la revelación sobrenatural por medio del lenguaje, «el *magismo* de la palabra», que implica en el sistema de Ballanche otro *magismo* ó poder taumatúrgico del hombre sobre la naturaleza. Pero lo que Ballanche no debe á nadie, lo que da especial valor y significación honda á sus escritos en medio de las nieblas teosóficas en que están envueltos, es el sentido profundo y rarísimo que tuvo de la poesía de las edades primitivas, del genio de las religiones clásicas y de la poesía sacerdotal y simbólica. Habla de ella como un iniciado en los misterios de Samotracia, como un hierofante que levanta los velos del santuario eleusino. Más bien que una interpretación laboriosa de los antiguos mitos, como las que hizo en su decrepitud la escuela alejandrina, parece que nos transmite una reminiscencia personal de las *castas orgías* y místicas purificaciones á que ha asistido. Él mismo se jacta de tener en mucho mayor grado que Virgilio la inteligencia y el respeto de las *cosas santas* del primitivo paganismo. Esta especie de intuición poético-teogónica, esta nueva interpretación ó más bien renovación de la mitología más vetusta, es el alma del *Orfeo* y de la *Antígona* de Ballanche, poemas en prosa que, apareciendo después de *El Genio del Cristianismo* y de *Los Mártires*, mostraron que no era tan irreparable la sentencia de muerte lanzada por los románticos contra el mundo de la fábula, y que todavía quedaba en él un tesoro de bellezas primitivas, patriarcales y solemnes, no entrevistas siquiera por los pseudo-clásicos. En este concepto Ballanche fué un innovador artístico muy digno de recuerdo, y más ó menos participan de su influencia todas las poesías de asunto clásico compuestas por los románticos, desde Alfredo de Vigny y Víctor Hugo, hasta Laprade y Leconte de Lisle, y también las histo-



rias poéticas ó poemas historiales de Michelet y de Edgardo Quinet, discípulo á un tiempo de los dos *profetas* históricos Ballanche y Herder.

También es imposible omitir, tratando de la literatura del Imperio, los primeros escritos de Carlos Nodier (1780-1844), que no era todavía el ingenioso narrador á quien debemos *Inés de las Sierras*, *El hada de las migajas*, *Trilby*, *la leyenda de Sor Beatriz*, la de *Francisco Columna* y tantos otros primores de fantasía y de gracia, ni tampoco el erudito excéntrico y chistoso que convirtió la bibliografía en una ciencia amena, sino un *wertheriano* furibundo, un visionario lúgubre, en quien las propias desdichas y el espectáculo de la Revolución francesa habían desarrollado con suma intensidad (hasta tocar en los lindes de la locura), el sentimiento melancólico y la exaltación imaginativa. Así nos le muestran todas sus obras juveniles, *El Pintor de Salzburgo* (1803), las *Meditaciones del Claustro*, los *Ensayos de un joven bardo* (1804), *Los Tristes ó Misceláneas sacadas de los apuntes de un suicida* (1806). Pero esta crisis fué pasajera, y de ella salvó á Carlos Nodier su propio espíritu novelesco y aventurero, su movilidad de impresiones, y cierto humorismo simpático y benévolo que constituía el fondo de su caracter. Por otra parte, era creyente sincero, disposición que se fué acentuando con los años, pero que ya aparece en la más antigua de sus producciones y la da un matiz especial dentro del *wertherismo*. «La pistola de Werther y el hacha del verdugo nos han diezmado (exclama): una nueva generación se levanta y os pide claustros.» Nodier, ni se encerró en el claustro, ni apeló á la pistola de Werther. La musa de Walter-Scott, y sobre todo la musa de Perrault y la de Hoffmann, comenzaron á arrullarle con más apacibles fantasías y más regalados sueños, y si todavía entre



ellos se desliza alguna lágrima, es ya de las cristalizadas en forma de arte, no de las que nacen del frenesí histórico. Nodier fué, á la vez que un precursor del romanticismo, uno de sus colaboradores y aliados más asiduos: cuando viejo, lo mismo que cuando joven, marchó siempre á la vanguardia de la escuela. Su grande y positiva originalidad fué la importación del cuento fantástico alemán de Lamotte-Fouqué, de Chamisso, de Hoffmann, de Novalis, de Tieck, aclimatado por él en el país de Europa que parecía menos dispuesto á recibirle. Sus primeras historias de vampiros y demonios nocturnos, *Lord Ruthwen* y *Smarra*, causaron general extrañeza, y fueron miradas por la crítica como un producto bárbaro. Nodier demostró entonces que el fondo de *Smarra* estaba tomado de *El Asno de oro* de Apuleyo, y que no había en aquella excéntrica fantasía (de la cual dijo Merimée que «parecía el sueño de un Scythia contado por un griego»), una sola imagen que no pudiera encontrarse en algún clásico, griego ó latino. La demostración sorprendió por lo inesperada, y aquel ardid de buena guerra fué muy ruidoso y muy celebrado entre los románticos. Fué también Nodier de los primeros en contribuir al renacimiento arqueológico de la Edad Media, emprendiendo y escribiendo, en colaboración con su amigo el barón Taylor, *Viajes pintorescos* por la antigua Francia. Tanta variedad de aptitudes, una curiosidad tan inquieta, un espíritu tan abierto, una gran bondad de alma y una sencillez casi infantil, convirtieron á este cuentista bibliómano, deliciosamente enamorado de las musarañas, en ídolo de la juventud romántica, desde Víctor Hugo hasta Alfredo de Musset (1)

(1) Sobre Nodier, véase especialmente el estudio de E. Montégut (*Nos Morts Contemporains*, 1.<sup>ère</sup> serie). Uno de los resultados del romanticismo fué el despertar en Francia las energías características de las diferentes regiones, violentamente anuladas por la centralizadora disciplina



Creemos inútil citar los nombres de otros escritores oscurísimos que por una ú otra razón pueden ser considerados como precursores del romanticismo en los primeros años de nuestro siglo. La mayor parte son *wertherianos* extrafalarios, á quienes la indulgencia de Nodier concedió cierta celebridad póstuma, pero cuyas producciones débiles y enfermizas sólo pueden citarse como signo de los tiempos, y como testimonio de aquel género de desesperación moral que suele acompañar á la impotencia literaria. Algunos de estos *genios no comprendidos* pertenecen todavía al siglo xviii. Además de las *Aventuras del joven D'Olban* (1777), que ya hemos citado, y que son sin duda la más antigua imitación francesa de la célebre novela de Goethe, hubo la *Colección de novelas imitadas del alemán* (1786), por Nicolás Bonneville, especie de loco literario, cuyo retrato nos ha dejado Nodier en sus *Recuerdos de la Revolución*; y hubo *El último Hombre*, poema en prosa de Granville, otro escritor famélico y trastornado, que acabó por poner en acción el desenlace de *Wether*, arrojándose al agua en 1805. También puede citarse, en otro orden de ideas, á Marchangy, que comenzó á publicar en 1813 una obra voluminosa y hoy totalmente olvidada, con el título de *La Galia Poética*, y el declarado propósito de rehabilitar la poesía de la Edad Media, así como Chateaubriand había rehabilitado la del clásica. Así como en Chateaubriand, en Lamennais y en Renán se manifiesta, aunque de diversos modos, la genialidad bretona, así Nodier (que se llamaba á sí propio *francés conquistado*), Víctor Hugo (nacido en Besançon «*vieille ville espagnole*»), y Proudhon, hijos los tres del Franco-Condado, parecen haber conservado, cada cual á su modo, cierta intemperante bizarría y fogosidad de imaginación, cierta potencia de color, que no van mal con los orígenes históricos de su provincia, la cual hasta mediados del siglo xvii no dejó de ser española para convertirse en francesa. Lo cierto es que estos autores son de los que con más facilidad comprendemos y gustamos los españoles, al paso que el tipo literario francés puro, el *francés* clásico, llámese Racine ó Voltaire, generalmente se nos resiste.



Cristianismo. El autor se complace en formular proyectos de epopeyas y de dramas, para que los poetas los ejecuten; y estudia, desde el punto de vista estético, el blasón y la heráldica. Víctor Hugo mostró luego el partido que podía sacarse de todo esto; pero es dudoso que la Edad Media de Marchangy, falsa y melodramática, ni las peregrinaciones de su *Tristán el viajero* por las abadías y los castillos del siglo XIV, sedujeran á nadie, ni contribuyeran mucho á la propaganda romántica. En arte las intenciones no salvan, y Marchangy no tenía más que buenas intenciones.

En cambio, una frase sola lanzada por un escritor verdaderamente superior, puede tener más resonancia que centenares de volúmenes farragosos. Tal aconteció con unas palabras de Bonald<sup>(1)</sup>, escritas en su *Legislación primitiva* (1802), y comentadas luego en otros escritos suyos, especialmente en un fragmento *sobre el estilo y la literatura* (1806), reproducido en sus *Misceláneas*: «La literatura es la expresión de la sociedad.» De aquí deducía Bonald que la literatura seguía las mismas fases que él asignaba á la general historia humana, pasando del género familiar, patriarcal y doméstico al género heroico y público. «Porque los pueblos nacientes son naciones divididas por familias, y los pueblos civilizados son familias reunidas en cuerpo de nación, *familiae gentium*, que dice la Escritura.» Á la sociedad doméstica corresponde el idilio, á la sociedad heroica la epopeya. Sea lo que quiera de esta aplicación histórica tan en desacuerdo

(1) Suprimo constantemente delante de los apellidos franceses que la llevan la engorrosa partícula *de*, que en Francia tiene cierto sentido nobiliario, pero que entre nosotros no tiene semejante significación, ni otra ninguna, como no sea la de procedencia. Los franceses mismos la suprimen cuando se trata de los nombres consagrados y verdaderamente *ennoblecidos* por la gloria, y dicen á secas Chateaubriand, Lamartine, etc.



con los hechos, que nos muestran el idilio como un género tardío y de cultura refinada (el mismo *Cantar de los Cantares* pertenece á la época más adelantada de la civilización hebrea); lo importante en estas páginas de Bonald es la fórmula ya copiada, que tantos han repetido, sin saber su autor, y otros atribuyéndosela á Mad. de Staël, cuyo libro *De la literatura* está inspirado por un concepto algo semejante, salvo que Bonald ve en el Cristianismo el término del progreso, mientras que Mad. de Staël le dilata indefinidamente.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.



# DE LOS AUTORES PORTUGUESES

QUE ESCRIBIERON EN CASTELLANO (1)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO BARCELONES

**D**URANTE no breve tiempo, la atención del público inteligente, y, sobre todo, de las pocas personas que leen en España, se fijó con tal ahinco y con tan candorosa admiración en el movimiento intelectual de Francia, y quizá de algún otro país de los que en el día se consideran al frente de la civilización de Europa, que descuidamos mucho el conocimiento de nuestros autores, y aun llegamos á mirarlos con desdén, más ó menos encubierto.

De aquí sin duda el escaso cultivo que hemos dado á nuestra historia literaria, de la cual no tenemos aún tratado de conveniente extensión y escrito por un español en nuestro propio idioma. Amador de los Ríos dejó en el punto más interesantè su grande obra, y lo menos malo completo que tenemos hasta hoy, prescindiendo de la frialdad y pobre sentir de las bellezas, es el libro del anglo-americano Jorge Ticknor.

Recientemente, acaso desde fines del primer tercio de este siglo, el amor propio nacional nos ha estimulado, y la afición á las letras patrias se ha despertado en España, al menos en el pequeño círculo de los que gustan de libros

(1) *Catálogo razonado, biográfico y bibliográfico, de los autores portugueses que escribieron en castellano*, por D. Domingo García Pérez, Doctor en Medicina y Cirugía, antiguo Diputado de la Nación portuguesa por la ciudad de Setúbal. — Madrid, 1890.



y no se emplean enteramente en las interminables discusiones políticas.

Nuestros antiguos libros, ó circulaban en ediciones detestables, que arredraban á los tibios y no consentían que los leyesen, ó se habían hecho raros, cayendo los ejemplares que aún quedaban en poder de bibliófilos, que hacían de ellos misterioso tesoro, estimando á menudo, con perversa crítica, cada libro, más por su rareza que por su valor literario.

En esta situación, empezó á publicarse en 1847 ó 1848 la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, la cual hizo un gran servicio, divulgando el saber de nuestra literatura, y procurando que este saber pudiese ser algo más que somero, sin convertirse en ciencia oculta, de la que sólo entienden los iniciados.

Desde entonces, así los que compusieron los prólogos, introducciones y notas á los varios autores que publicó Rivadeneyra, como otros eruditos que tal vez han venido después, y entre los que descuellan Menéndez y Pelayo, Adolfo de Castro, Laverde y Canalejas, han ido juzgando y estimando en lo que se debe nuestra amena literatura, poesía lírica y épica, novelas y teatro, y hasta nuestros historiadores, filósofos y demás hombres de ciencia.

Aún queda bastante que hacer en este punto de la crítica, y es harto difícil ponerse en el medio razonable para no desdeñar demasiado ni encomiar tampoco sin medida lo que no lo merece. El segundo escollo es el más peligroso de los dos. Quien en él se coloca, en vez de ganarse las voluntades y de fomentar la afición á los antiguos libros españoles, infunde al vulgo, á la gente de mundo semi-ilustrada, miedo y hasta repugnancia, no falta de fundamento, porque si alguien lee un libro que



el crítico le ponderó como un primor, lleno de ingenio y de gracia, oro de Tíbar de poesía, etc., y se aburre leyéndole, y le halla tonto é inaguantable, creerá que con todos los demás libros que le pondere el crítico le sucederá lo mismo, y no leerá ninguno, y tendrá vehementes sospechas de que no es muy divertida la antigua literatura española.

Harto sabemos todos que la moda, las ideas del tiempo en que se vive, el chiste de fecha reciente, es lo que el vulgo literario penetra bien y aquello en que se complace. De lo pasado suele penetrar poco, y no se divierte ni se interesa por ello ; pero en otros países, no son los hombres tan rebeldes á toda férula como en España ; no tienen tanto el valor de sus opiniones, y reconocen las autoridades y las acatan y se someten. Aquí no. Un inglés irá á oír un drama de Shakespeare, y bostezará y se fastidiará de muerte, pero no se atreverá á decir que el drama es malo ; antes bien le declarará maravilloso y estupendo : mientras que todo español, y más aún toda española, si va al teatro y se fastidia ó se duerme con Tirso ó con Lope, dirá desenfadadamente que Lope y Tirso nada valen. La otra noche, por ejemplo, representaron aquí, en uno de nuestros mejores teatros, una comedia de Molière, traducida por Moratín, y el público, que era de lo más selecto de esta coronada villa, echó á rodar sin el menor escrúpulo la gloria del gran dramaturgo francés y de nuestro egregio poeta clásico, y salió casi unánime sentenciando que era estúpida la tal comedia.

El crítico y el historiador de nuestra literatura deben tener presente todo esto para no excitar con sus alabanzas á la lectura de libros que no merezcan ser leídos ; pero tampoco deben escatimar el encomio á todo libro ó



trabajo que sea digno de él, aunque la generalidad del público no sepa apreciarle.

La lectura de libros antiguos, aun de puro pasatiempo, requiere cierto aparato de erudición y bastante fantasía, discreta é ilustrada, para trasladarse en espíritu á la edad en que cada autor escribió, y comprenderle y sentir con él como su contemporáneo, juzgándole después sin pasión, y volviendo, al hacer el oficio de juez, á vivir en la edad en que ahora vivimos.

Sólo así se podrá componer al cabo una historia completa de nuestra literatura ó de nuestra cultura en general, donde se tase su valor, ya absoluto, ya con relación á la cultura de Alemania, Italia, Francia é Inglaterra, que son los cuatro pueblos que con los de esta Península han estado alternativa ó simultáneamente á la cabeza de la civilización del mundo, desde que empezó la historia moderna hasta hoy.

En España podemos jactarnos de la cantidad de lo que se ha escrito. Somos ricos en obras. No hay una sola lengua literaria, sino tres: la castellana, la portuguesa y la catalana. Y en cada una de estas tres lenguas, sobre todo en las dos primeras, ha habido un enjambre de fecundísimos autores. Pero como muchos catalanes y muchísimos portugueses han escrito en castellano, la literatura castellana, aunque sólo fuese por esto, sería la más rica de las tres.

Aún nos queda mucho por hacer á fin de lograr una cosa con la que yo sueño: una literatura selecta española: una bibliotequita, por ejemplo, de cuarenta ó cincuenta volúmenes, chiquitos, elegantes y primorosos, donde se reuniese lo mejor de nuestra inmensa riqueza intelectual; bibliotequita que leyese las damas sin fatiga y hasta con gusto, y que ellas pudiesen tener en sus habitaciones, al



lado ó en lugar de los autores franceses que leen ahora cuando algo leen.

Esta selección atinada no se ha hecho bien aún. Hay motivos, que sería prolijo exponer aquí y que la dificultan. De ello proviene que las letras en España son menos populares y divulgadas que en otros países ; y que, pasado el momento de la moda, si llega durante su vida á estar de moda un autor, todo cuanto ha escrito se hunde en el más profundo olvido para el público, y sólo permanece para los eruditos, casi como si fuera una recondidez. De ello proviene también algo de muy lamentable ó de muy risible, según el humor con que se considere : un divorcio casi completo entre lo literario y lo ameno ó interesante, sobre todo en el teatro, que es por donde el vulgo, que apenas lee, penetra en el santuario de las letras. Á menudo se oye decir, á la salida de los teatros,— la comedia no tiene sentido común, pero me ha interesado ó me ha divertido ; — ó bien,— mucho me ha fastidiado el drama, pero confieso que tiene mérito literario y *¡qué buen verso!*—Lo cual da malísima idea de autores y de público, porque razonablemente no se concibe que lo absurdo divierta ó interese, ni menos aún que tenga *buen verso* ni mérito literario lo fastidioso.

De todo lo dicho se infiere que debemos propender á que salgan en España las letras amenas del apartamiento en que viven, con respecto á la generalidad del público, y, lo que es más de sentir, con respecto á lo que ahora llaman *high life*, en cuyos centros rara vez se ve un libro en castellano.

Alguna culpa tienen de esto los bibliófilos. No pocos de los libros que publican en ediciones elegantes, que jamás ó rara vez tuvieron en España los autores que todo el mundo debiera leer sin aburrirse, son libros que valen



por su rareza, y no valen nada en cuanto dejan de ser raros; libros que suele no ver sino por el forro el curioso ó vanidoso que los compra, pudiendo afirmarse que, de los trescientos ó cuatrocientos ejemplares de que consta la tirada, las dos terceras partes quedan con las hojas unidas sin que llegue á separarlas la plegadera.

Mi espíritu, muy inclinado á las contradicciones, si bien más aparentes que reales, me ha llevado á decir cuanto va dicho, sobrado extensamente si se mira al objeto que hoy me mueve á escribir, y me lleva en seguida á añadir algo que parece diametralmente opuesto. Y lo parece, aunque no lo es, porque, á fin de llegar á la clasificación y selección deseada, á que tengamos bien determinadas nuestras obras maestras, y á que salgan, digámoslo así, de entre el ingente cúmulo de cuanto se ha escrito, para que el vulgo las admire, importa que ese ingente cúmulo se forme todo y venga á ser conocido, al menos por los que especialmente se dedican al estudio.

En este sentido, sin salvedad ninguna y con toda el alma, es menester declarar que son altamente beneméritos de la patria y de la cultura castiza, Gallardo, Estébanez Calderón, Gayangos, Durán, Barrera y Leirado, Sancho Rayón, Zarco del Valle, Valmar, Cañete, los dos Fernández-Guerra y algunos otros.

El autor del libro de que voy aquí á dar cuenta, ha venido á colocarse á no poca altura, en compañía de tan ilustres críticos y eruditos.

Aunque D. Domingo García Pérez es portugués de nación, pasó su primera mocedad en Granada, y estudió en el colegio del Sacro-Monte, donde fué compañero de los Fernández-Guerra, y donde, sin duda, tuvo por maestros á D. Juan de Cueto y á D. Baltasar Lirola, quienes hubieron de inspirarle su buen gusto en literatura y su



amor á la de Castilla y al idioma de Castilla. Dan prueba de ello el estilo fácil y castellano castizo con que su libro está escrito ; la gran copia de noticias curiosas é interesantes que el libro contiene sobre la vida y las obras de quinientos ó seiscientos autores ; y la multitud de composiciones, muy raras ó inéditas, que en sus páginas encierra.

Sin duda el Sr. García Pérez debe bastante, como él mismo confiesa, á trabajos anteriores de los críticos eruditos castellanos que mencionamos ya, y también á los trabajos de algunos egregios portugueses, como Barbosa, Inocencio da Silva y Costa Silva ; pero es de admirar lo mucho enteramente nuevo con que ha sabido enriquecer su obra.

Ésta sigue el orden alfabético por los apellidos de los autores, que nos atreveremos aquí á distinguir y á clasificar.

Unos son celebérrimos en Portugal ; son los príncipes de las letras de aquel pueblo. Lo que han escrito en portugués casi siempre vale é importa más que lo que han escrito en castellano. En este número pueden ponerse Camoens, Gil Vicente, Bernardin Riveiro, Mousinho de Quevedo, el P. Vieira y dos condes y una condesa de Ericeira. Otros son tan ilustres y tan dignos de serlo en Portugal como en Castilla ; así, por ejemplo, Sa de Miranda. Otros, aunque portugueses, alcanzan más gloria y nombradía por sus escritos en castellano, y se cuentan entre nuestros clásicos, como Jorge de Montemayor, Gregorio Silvestre y D. Francisco de Melo. Y otros que, si menos gloriosos, son en España muy conocidos por su laboriosidad fecunda, como Faria y Souza.

Es muy grande el número de dramaturgos portugueses que, sobre todo bajo el dominio de los tres Felipes,

:



escribieron en castellano sus comedias. El más ilustre fué Matos Fragoso. Síguenle dos Pachecos, Cayetano Souza Brandao y otros varios, entre ellos algunas poetisas. De todos trae García Pérez noticias biográficas y bibliográficas en abundancia.

Más interesante, y casi siempre más nuevo, suele ser lo que nos enseña el Sr. García Pérez sobre otros portugueses, que también escribieron en castellano, y son célebres por su ciencia, por sus hazañas, por sus peregrinaciones ó por el brillante papel que representaron en la historia de la Península, y aun de todo el mundo, interviniendo en nuestros descubrimientos, colonizaciones, misiones y conquistas. Así el infante D. Pedro; García de Santisteban, compañero del Infante y narrador de sus viajes por las *siete partidas del mundo*; el gran Fernán Méndez Pinto, cuya veracidad se va limpiando de sospecha conforme se conocen mejor el Asia Central y el extremo Oriente; Pedro Texeira, que nos describió la Persia; el eminente geómetra y cosmógrafo Pedro Núñez; el astrónomo Silva Freire y bastantes misioneros y médicos, escritores, y á menudo peregrinos, que nos han informado de la fauna, de la flora, y de las lenguas, usos, religión y costumbres de tierras y naciones remotas.

No pequeña parte del libro del Sr. García Pérez la ocupa otro linaje de escritores, que por su casta y creencias se pueden agrupar, y cuyos escritos y vidas eran hasta ahora muy poco ó nada conocidos, á no ser por sujetos de mucha erudición ó muy consagrados á un estudio especial. Hablo de la multitud de judíos portugueses, que, huyendo de la Inquisición, fueron casi todos á refugiarse en Amsterdam y en otras ciudades de Holanda y Francia, donde escribieron en castellano poesías, novelas, filosofía, religión, política y otras cien-



cias. En esta cuenta, si bien alguno pueda tenerse por español, como Miguel de Barrios, que nació en Montilla, aunque de origen portugués, pone nuestro autor á Manasés ben Israel, á los Abarbanel y Abohab, á Baruch Nehemías, á David Neto, á Isaac Orovio de Castro, á Samuel Silva, á Moisés Pinto Delgado, á Abraham Pizarro, á Abraham Ferreira, á Antonio Henríquez Gómez, y á no pocos más, mostrando notable diligencia en los informes que da de las varias andanzas y de los escritos de cada uno de ellos.

Algunos artículos del *Catálogo* del Sr. García Pérez tienen extraordinaria extensión y retratan hábilmente la condición moral y la vida del personaje á que se refieren. Entre estos artículos merece mencionarse aquí el del famoso conde de Villamediana, poetizado por su trágica muerte y por los bellos romances históricos del duque de Rivas. La circunstancia de haber nacido el Conde en Lisboa, por haber ido allí sus padres cuando Felipe II se coronó rey de Portugal, hace que el Sr. García Pérez le incluya en su catálogo. De su vida y de sus escritos inéditos publicó, pocos años ha, un libro interesante el señor Cotarelo y Mori. El asesinato del Conde hace ganar á éste alguna simpatía; pero justo es declarar que, si la venganza fué criminal é infame, casi puede calificarse de merecida. Villamediana abusó de su ingenio, que le tuvo sin duda, aunque estragado por el mal gusto, la pedantería y la carencia de sentido moral, y abusó de su riqueza, de su posición, de sus bríos y de otras buenas prendas personales, para ser procaz y satírico, pendenciero, vicioso y con las mujeres violento y desenfrenado. Su lance con la marquesa del Valle, que fué su amiga, y á quien, por celos, arrancó las joyas que le había dado, desgarrándole el vestido, abofeteándola y magullándola



hasta el punto de que aquella dama estuvo á la muerte, es acción tan brutal que no tiene perdón, fuesen las que fuesen las traiciones é infidelidades de la víctima. Y no contento Villamediana con el material ultraje, volvió á ofender á la dama hiriéndola en el alma y pisoteando su honra en un romance que hizo circular, y donde la acusa de que el caudal de él no bastó á saciar la codicia de ella, y donde, aludiendo al glorioso Hernán Cortés, de quien procedía el título de la Marquesa, dice á ésta jugando del vocablo :

«De la herencia de Cortés,  
Que en herencia te cabía,  
Heredas ser cortesana,  
Repudias la cortesía.»

De otro singular personaje nos informa también muy detenidamente el Sr. García Pérez, prometiéndonos casi la publicación de un curioso manuscrito que de él posee. Es una relación circunstanciada de lo que vió, observó é hizo el autor, durante algunos meses del año de 1605, que estuvo pretendiendo en Valladolid, donde residía entonces la corte. Por lo que se puede presumir de las muestras que he visto de esta obra, hay en ella mucho chiste y gracejo, si bien combinado con el deplorable mal gusto, el enmarañado y pedantesco culteranismo, la impertinente erudición y el abuso de los retruécanos. Aunque el autor, que se llamaba Tomé Pinheiro da Veiga, natural de Coimbra, logró el empleo que pretendía, no parece que salió muy prendado de Valladolid, ni bastante agradecido, para no decir mil horrores de todo. Su relación, no obstante, debe ser animado retrato de la alta sociedad española de entonces. Á ser el retrato fiel, dicha alta sociedad quedaría muy malparada. Triste es tener que confesar que la corrupción había de ser grande; pero



algo ha de atribuirse también á la mordaz maledicencia de que se hacía gala, y á cierto odio contra Castilla, que siempre ha solido brotar con lastimosa lozanía en las almas de algunos habitantes de las diversas regiones de esta Península. Los españoles, ó para que la voz sea más comprensiva, sin anfibología, los *iberos*, solemos ser muy biliosos y con frecuencia murmuramos de los propios más que de los extraños. El Sr. García Pérez inserta en su libro unas quintillas tremendas de Pinheiro da Veiga, por donde ya se puede comprender el tono y carácter maleantes y desvergonzados de la prosa. Si damos crédito á las quintillas, no había en Valladolid, en 1605, señora que no fuese una perdida, ni galán que no fuese un tunante.

En el *Catálogo* hay para todos los gustos. Si Pinheiro da Veiga es todo sal y pimienta, ó, si se quiere, hiel y vinagre, otro autor y poeta, llamado Simón García de Brito, es todo almíbar en punto de caramelo. También estuvo éste en la corte de las Españas, pero sin duda fué menos afortunado. No logró empleo ni tuvo buena ventura, y hubo de volverse á su lugar lusitano. Retirado allí, escribió muy lindos versos sentimentales, llenos de *saudades* de una dama, con quien tuvo en Madrid relaciones amorosas. Estos versos son naturales, sencillos y se recomiendan por cierta delicada ternura y profundidad verdadera de afecto, poco comunes en los poetas peninsulares de aquella edad.

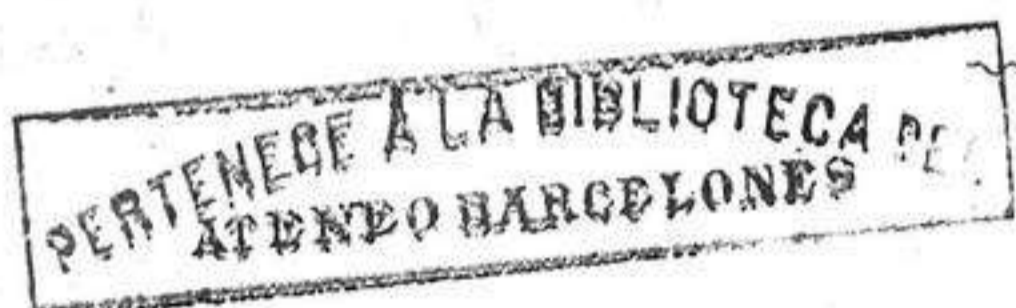
En suma: el libro del Sr. García Pérez es digno por todos estilos del buen informe que la Real Academia Española dió sobre él y en cuya virtud el Gobierno le ha hecho imprimir á sus expensas. Es un complemento necesario para la historia de nuestras letras y de nuestro idioma castellano.

JUAN VALERA.



# INTRODUCCIÓN Á UN CUENTO

TITULADO «AVERIGUA QUIÉN TE DIO» (1)



## I.

En una ciudad de Francia,  
Cuyo nombre nos estorba  
Para el verso, por ser bárbaro  
Para nuestra lengua armónica;  
De una de sus viejas casas,  
Sita en una calle angosta,  
Á un miserable aposento  
Que con las buhardillas toca,  
Es donde, aunque nos humille,  
La austera verdad histórica  
Nos lleva de la leyenda  
Hilvanada en estas hojas.

Lector, si tengo la dicha  
De que ha tiempo me conozcas,  
Si de mis cantares gustas,  
Y con mis relatos gozas;  
Si eres de los que mis libros  
Con dulce indulgencia tomas,

(1) Hoy comienza el ilustre Zorrilla su colaboración en LA ESPAÑA MODERNA, que ha de ser asidua.

En el próximo número empezaremos á publicar una serie de artículos, semblanzas de los más ilustres personajes de este siglo, retratados por la mágica pluma del poeta. La Emperatriz Eugenia, la Avellaneda, Fernán Caballero, Fígaro, Espronceda, Duque de Rivas, Quintana, Ventura de la Vega, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Serra, Bretón, y tantos otros, irán desfilando ante los ojos de nuestros lectores.



Cual pasatiempo inocente  
De desocupadas horas,  
Ven á la pobre buhardilla  
Donde en la miseria moran  
Dos españoles que á Francia  
Trajo el Dios de las discordias.  
    Más, en verdad, me pluguiera  
Conducirte á una pagoda  
India, ó á un chinesco alcázar.  
De estalactíticas bóvedas  
De cedro eterno y fragante  
Incrustado de oro y concha,  
De marmóreos pavimentos  
Que orlaran densas alfombras,  
De techumbres sostenidas  
Por columnas salomónicas,  
Basadas sobre elefantes  
De negros pies y áureas trompas,  
De salones alumbrados  
Por perfumadas antorchas,  
Con són de música y fiesta  
Estremecida su atmósfera;  
Circundados de jardines  
Encantados, de frondosas  
Arboledas, y cascadas  
Espumantes y sonoras;  
Pero, ¡ay, lector!, el Oriente  
Mi errante ingenio abandona  
Y cierra de la Edad Media  
Las caballerescas crónicas,  
Para contarte del siglo  
De las luces una historia  
Tan tenebrosa y confusa  
Como su luz y sus glorias.  
Entremos, pues, lector mío,  
En una buhardilla lóbrega,  
Desmantelada y exhausta  
De cuanto puede hacer cómoda  
La vida humana, en los pueblos



Civilizados de Europa ;  
Donde el hombre á precio pone  
La luz, el agua y la atmósfera ;  
En donde pagan derechos  
Y se venden y se compran  
Cosas que Dios nos da gratis  
Con mano opulenta y pródiga.  
Entremos en una estancia  
En la cual, doquier se posa  
La vista, halla una miseria  
Que el espíritu aconcoja.  
Sus paredes encaladas  
Ni papel, ni tela forran ;  
Su pavimento no abriga  
Tapiz ni estera ; las rotas  
Sillas en el pavimento  
Mal sobre sus pies apoyan ;  
Su chimenea sin fuego  
Lanza por su negra boca  
El aire, que en són medroso  
Por los tubos se encañona,  
Su hollín arremolinando  
En su encuadradura cóncava.  
De puertas ni de ventanas  
Los dinteles no decoran  
Colgaduras ni cortinas ;  
Ni espejos ni cuadros orlan  
Los lienzos de sus tabiques,  
Donde con su cal se empolvan  
En mal enclavadas perchas  
Algunas raídas ropas.  
Tal es la escena en que pasan  
Los hechos de estas memorias,  
Cuyo fin guarda el misterio  
En sus regiones ignotas.  
Entra, pues, á mi buhardilla,  
Lector, y entra sin zozobra,  
Que aunque haya en ella miseria,  
Hay virtud, nobleza y honra.



Entre este mezquino ajuar,  
Que ni la amuebla ni adorna,  
Tan fieros como infelices  
Mis dos españoles moran:  
No causa su mal, ni el vicio  
Que nos aísla y desdora,  
Ni el crimen que nos infama,  
Nos envilece y agobia.  
Políticas desventuras,  
Leyes de la suerte loca  
Que hoy hunde al que ayer alzaba,  
Les trae do se ven ahora.  
Por eso su mal presente  
Con noble fiereza arrostran,  
Ramas que asidas al tronco  
Del árbol que el viento troncha  
Y unidas á él las arrastra,  
Mas arrancarlas no logra;  
Mis dos escondidos son  
Víctimas de una ominosa  
Guerra civil, cuyos duelos  
Siempre en la patria se lloran;  
Siempre de duelo se viste,  
Y sólo pesares brota  
Cuando sus hijos la riegan  
Con su sangre generosa.  
Los dos pobres españoles  
Que en esta buhardilla moran,  
Son dos mancebos. El uno  
Lucha tendido en la alcoba  
Con la fiebre y las angustias  
De una enfermedad penosa;  
El otro, mientras le vela,  
Aprovechando las horas  
Y la última luz del día,  
Sentado á una mesa coja,  
Delante de la ventana,  
Las emborronadas hojas  
De un manuscrito embrollado



En limpias páginas copia.  
De cuando en cuando al enfermo  
El rostro pálido torna,  
Contemplándole un instante  
Con mirada melancólica;  
Y viendo que aquél prosigue  
Sumido en febril modorra,  
A sus papeles se vuelve,  
Y en su trabajo se engolfa.  
Mas no pudiera ocultarse  
Á una vista observadora,  
Que en su tarea se empeña  
Con impaciencia afanosa;  
Pues apresurado escribe,  
Palideciendo de cólera  
Á cada instante que pierde,  
Cuando duda ó se equivoca.  
Diez páginas aún le faltan,  
Y á él en su afán se le antoja  
Que su trabajo se alarga  
Conforme el día se acorta.  
En vano la luz postrera  
De la tarde nebulosa  
Aprovecha rayo á rayo,  
Y su tinta gota á gota;  
Conforme llena la página,  
Conforme la pluma moja,  
La luz se le desvanece  
Y la tinta se le agota.  
Algunas veces al cielo  
Mira con ojos que imploran  
El milagro de Josué  
Que alargó un día unas horas;  
Y á un candelero sin vela  
Vuelve sus miradas otras  
Con fuego tal, que, á tenerlo,  
La incendiaran por sí solas.  
Mas todo su afán es vano;  
El día expira, la lóbrega



Noche que va entenebrándose  
La estrecha ventana entolda ;  
Las letras se le confunden,  
Y al cabo la pluma arroja,  
Viendo que no las distingue  
Sobre el papel do las forma.

Vencido el desventurado  
Por fuerza más poderosa  
Que la suya, y atrás viéndose  
Dejar por las voladoras  
Alas del tiempo, á quien nadie  
Puede atajar, se abandona  
Á un desaliento sombrío ;  
Las lágrimas se le agolpan  
Á los párpados, y de ellos,  
Antes que saltando corran,  
Su faz con las manos cubre,  
La frente en la mesa apoya,  
Y piensa.... ¡ay! en las miserias  
Que al espíritu aherrojan  
Á la materia ; mefítico  
Ambiente que le sofoca.  
Piensa en que ha pasado el día  
En que prometió su copia  
Presentar, y que su precio  
Era su esperanza sola ;  
Piensa en que sin esa suma,  
Necesaria cuanto corta,  
Carecerán de alimento  
Un día más dos personas ,  
Á quienes tal vez espera,  
Á la una muerte muy próxima ,  
Y á la otra en el desamparo  
Desesperación rabiosa.  
Piensa, ¡oh miseria!, en que el dueño  
De su casa á quien enoja  
Darla á extraños insolventes ,  
De quien ni fía, ni cobra,  
Le recordará mañana,

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
XIPHO HANOBLONES



Con voz acaso injuriosa,  
Que expira el último plazo  
Que se otorgó á su demora.  
Piensa, en fin, en que es inútil  
En tan dura y perentoria  
Posición pensar en nada,  
Y en su dolor se desola.

Y estaba el pobre mancebo,  
Velada la faz llorosa  
En las palmas de las manos,  
Demandando al Dios que adora  
En aquel amargo trance  
Una idea luminosa,  
Una muerte oscura y rápida  
Ó un ángel que le socorra,  
Cuando una mano discreta,  
Con precaución misteriosa,  
Dió en la puerta un golpecito,  
Esperando que á él respondan.  
Alzó la cabeza el mozo,  
Y sus miradas absortas  
Sobre la puerta fijando,  
Menos que inquietas curiosas,  
Dijo: «Adelante»; y abriéndola,  
En la masa tenebrosa  
Del vacío de su cuadro  
Percibió la móvil sombra  
De una mujer cuyo rostro  
Un velo espeso encapota.

J. ZORRILLA.



# CRÓNICA INTERNACIONAL



El Occidente de nuestra Europa.—El pleito entre Portugal é Inglaterra.—  
La coalición democrática en España y el Sufragio Universal.—Francia y los nihilistas.—Los furiosos de Parnell.—El discurso regio en Italia.—El emperador Guillermo y sus proyectos.—Oriente de nuestra Europa.—Intolerancia religiosa de Rusia.—Conclusión.

## I.

**L**A política presenta nuevas fases cada día, con tal frecuencia y tanta multiplicidad, que no pueden apartarse los ojos de sus tramutaciones, y mucho menos el pensamiento de sus anuncios y de sus augurios. La cuestión lusitana, por ejemplo, aparece hoy con mayor gravedad. Los ingleses han atacado de nuevo el territorio portugués. Y este ataque acaba de traer inmensas dificultades. Habíase arreglado algo el desmedido litigio, imponiéndose ambas partes una especie de inmovilidad; pero el grupo inglés explotador de aquellas regiones y causante de las enconadísimas discordias entre la Gran Bretaña, vieja protectora de Portugal, y su nación protegida, se ha entrado de nuevo por ajenos territorios y ha ejercido en ellos plena soberanía, cogiendo guarniciones é izando banderas. Verdad que no pertenecen tales agresores á las armas oficiales, ni los agredidos



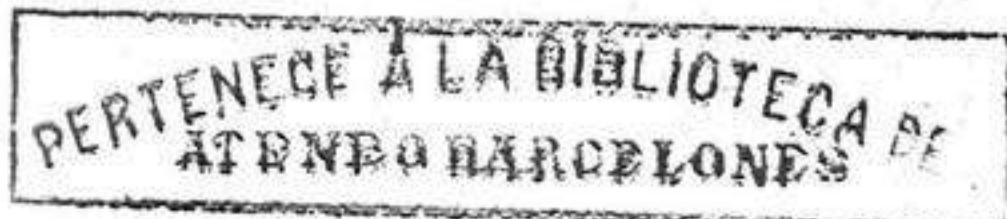
tampoco : la compañía invasora ejerce allí por su cuenta la libre colonización ; y la tan terriblemente agredida, pertenece al número de sociedades privadas que allí benefician las minas ó exploran los bosques ; pero, en la sobreexcitación de los ánimos, cualquier hecho particular y privado se contagia de los miasmas guerreros esparcidos en los aires. Inglaterra no ha estado tan atrevida é insolente cual otras veces ; lejos de esto, demanda cierto espacio de tiempo indispensable á proveer, mientras Portugal no ha estado por su parte y á su vez tan, como acostumbra, neurótico y nervioso ; todo lo contrario, con suma dignidad se ha mantenido en sus derechos, muy sereno, apelando, no á mandar gritones y revolucionarios que agitaran las calles, á mandar ejércitos que mantengan con la coerción de una fuerza exterior la realidad viva de su indudable derecho.

El territorio de Manica, en que la Compañía inglesa del Sur de África se ha metido como Pedro por su casa, estaba inscrito entre aquellos puestos bajo la salvaguardia de un común convenio, muy parecido á verdadero armisticio en esta especie de guerra diplomática consiguiente á las agresiones británicas. Y, sin embargo, una sociedad privada, que parece muy decidida en sus resoluciones á indisponer para siempre los reyes de Portugal é Inglaterra, salta sobre los tratados, y comete verdaderos crímenes, incursos en la penalidad que traen aparejada las transgresiones del derecho internacional humano. ¡Cuál problema este problema de África! Cuando uno se acuerda en sus estudios de cómo la civilización ha ido fluyendo á las orillas de los ríos, no puede menos que pararse ante la eternal barbarie del Congo y del Zambeze, por cuyas sendas arterias no ha podido entrar aún la moderna civilización. El Nilo y la cultura egip-



cia, el Ganges y la riqueza india, el Eufrates y la ciencia caldea, el Oxo y la fuerza mongólica, por tal modo muestran cómo con esas corrientes materiales han ido las corrientes intelectuales paralelas, que no puede comprenderse hayan de hallarse por completo en perdurable barbarie otras venas de las que difunden la vida por el planeta, y necesitan difundir también las ideas, elemento vital tan indispensable á la vida humana, como á la composición del agua hidrógeno y oxígeno. Los continentes han ido surgiendo en la civilización universal por épocas determinadas: primero surgió ese delta del Nilo cargado todavía de misterios, y que parece destacarse del África para unirse con el Asia; luego esta increíble Asia misma, cuya civilización se confunde con los orígenes primitivos de la sociedad y de la historia; tras el Asia Europa con su cultura, primero mediterránea, central y hasta boreal más tarde; tras Europa el Nuevo Mundo, que se relaciona con el renacimiento; y tras este Nuevo Mundo Australia, cuya importancia se ha mostrado á nuestra vista en el siglo corriente. ¿Por qué no habría de pasar lo mismo con el África ecuatorial y austral? ¿Por qué no ha de unirse al Zaire portugués una civilización como existe hoy la moderna muy espléndida en el Mississipí y el Plata; como existiera la inca muy vigorosa en las riberas del caudaloso Amazonas? Hace bien Portugal defendiendo para la Península ibérica este futuro ministerio civilizador, y hace pésimamente Inglaterra contrastándolo con su maquiavelismo y con sus perfidias.

## II.



La renovación del sufragio universal, conseguida por nosotros á tanta costa, exige de los partidos un cambio



en sus procedimientos, al cual no pueden acostumbrarse los nuestros, dominados por la oligarquía y corroídos por la intriga. El primero entre todos los postulados de la universalidad del sufragio, está patente : fin y terminación de los antiguos grupos atomísticos, arrastrados por jefes más ó menos capaces, trailla de caudillos feudales, que se alzan caprichosamente sobre taifas de mezquinos intereses, y comienzo de la formación de un partido magno, que se ofrezca delante de los comicios con un programa práctico, y lo defienda en la oposición ó lo cumpla en el Gobierno, según que le sonría ó no la victoria. Este método se llama británico, y parécenos á nosotros el mejor en política. Muy atomizadas las fracciones varias en España; sus átomos, para constituir moléculas, y sus moléculas, para constituir cuerpos, necesitan obedecer á leyes lógicas tan rigurosas en el pensamiento y en su cristalización la sociedad, como las leyes biológicas en el universo ; y no puede negarse : los átomos en moléculas se combinan, y las moléculas en cuerpos, obedeciendo á esencialísimas afinidades intrínsecas de un carácter químico, el cual trae la geometría correspondiente á su sustantividad, una geometría sobre cada uno de cuyos puntos reina sin contradicciones de ningún género el supremo código de la dialéctica serie. Los átomos de suyo combinables son los átomos afines en la Naturaleza ; y los partidos combinables de suyo en la sociedad son los partidos afines también. Los venideros no comprenderán jamás cómo, hallándose frente á frente un partido que borró la libertad completa de imprenta y otro que la restauró ; un partido que proscribió los catedráticos democratas de la Universidad, y otro que los reinstaló ; un partido que negó la legalidad de los republicanos, y otro que la reconoció ; un partido que guerreó



contra el Jurado hasta quemar su postrer cartucho, y otro partido que reunió el Jurado nuevamente al acervo de nuestras instituciones democráticas; un partido que restauró el sufragio universal, y otro partido que lo abrogó; un partido que promete seguridad á nuestras libertades, y otro partido que inicia la reacción; un partido que inscribe la soberanía del pueblo en su bandera, y otro partido generado por las camarillas intermedias; aún exista quien, llamándose demócrata, vacile un minuto en su opción, próximo como se halla el combate supremo entre los amigos y los enemigos de nuestra progresiva y gloriosa democracia.

Los que así procedan, carecerán, por fuerza, no sólo de sentido moral, de sentido común. Pero, asaz de las repugnancias habidas en los demócratas republicanos á entenderse con los demócratas monárquicos, hay en los demócratas monárquicos repugnancias invencibles á entenderse con los demócratas republicanos. Parece imposible. Tienen los monárquicos demócratas de común é idéntico desde los últimos tiempos con los republicanos, así los derechos individuales como el sufragio universal; y dudan en las alianzas y hacen distingos pueriles y declaran querer entenderse con unas fracciones y no con otras, acusándose á sí mismos en esta incertidumbre de palaciegos y cortesanos. Pues bien: para partido de Palacio, atento á las camarillas y no á las Cámaras; generado en las antesalas de cualquier camarilla y no en los votos del comicio, harto tenemos con los conservadores y sus coincidentes. Yendo por el camino que van las pasiones democráticas, impulsadas tan sólo de sendos odios, y atentas á sus majaderos escrúpulos, en busca de sus desquites, nuestra conciencia nos acusaría de imbéciles ó malévolos allá dentro, si nos prestásemos al juego de

:



unos ú otros. Si los fusionistas nada quieren por general regla con los republicanos, tampoco quieren con nosotros los históricos nada, que nos preciamos de serlo cual ninguna otra fracción. Las excepciones hechas por ellas más ó menos tímidamente, sus explicaciones más ó menos estúpidas, lejos de halagarnos, sépanlo, nos ofenden. Á su vez y por su parte, á nuestra izquierda, si los republicanos nada quieren con los fusionistas, tampoco quieren nada con nosotros; cada día más convencidos de que se necesita para la oposición y para el gobierno una inteligencia entre todos. Sea en buen hora. Nosotros no iremos á la coalición hoy con los fusionistas solos; pero tampoco iremos con los republicanos de la izquierda solos. Nos dedicaremos en las próximas elecciones á ver cuántos republicanos conservadores hay en toda España, y Cristo con todos.

### III.

No puedo con los partidos cortesanos. Sufriría la institución monárquica en Inglaterra, porque ha sabido el pueblo inglés combinarla de tal modo con el reinado de la opinión pública, que sólo queda tal instituto de casta y privilegio allá en la cima, como una conmemoración de los muertos y como un timbre de la herencia de recuerdos legada por las edades pasadas á las edades corrientes. Pero aquí, donde intenta regular desde las crisis del gobierno hasta las funciones del teatro, aquí va todo cuanto pasa desatinándolo á uno en términos, que pienso con toda gravedad, si podrá convenirnos echar por la calle de enmedio y decir, muerto el perro, se acabó la rabia. En Francia el perro murió. Hasta un hombre tan batallador como Pablo de Casagnac se ha creído en el caso



de afirmar que no pelea por las viejas dinastías, á quienes cree ya enterradas ; pelea por principios religiosos, con los cuales, no solamente puede vivir, sino vencer. La muerte del Príncipe imperial, inmolado cerca de Santa Elena en aras del antinapoleónico imperio inglés ; la muerte del conde de Chambord, nacido en las Tullerías á la sombra del solio secular, y fenecido en el destierro, á la sombra de un pabellón extranjero ; la desgracia del conde de París, aplastado entre los millones de la duquesa de Uzés y las trampolinadas del general Boulanger, han extinguido en tales términos las viejas dinastías francesas, que solamente queda la nación soberana, ejerciendo por medio de progresivas instituciones democráticas su omnímota inapelable voluntad. Pero esta democracia tiene una política interior y otra política extranjera. En su política interior, ¡ah!, robustece cada día más las instituciones modernas ; y en su política extranjera urde inteligencias y más inteligencias con el Imperio ruso. Y mientras esto hace, aquí suelta un estallido y allí otro el odio aglomerado en Francia misma contra el despotismo asiático de Rusia. Un polaco, Padlewsky, asesinó, como sabéis, al jefe militar de la policía secreta rusa en París, á Seliverstov. A pesar de las precauciones que tomaba éste contra las asechanzas y atentados nihilistas, el enemigo penetró en su cuarto, y cuando le ofrecía oro, y muchísimo, á cambio de traidoras delaciones y horrorosos espionajes, mató al seductor de un tiro, metiéndole por la oreja una balilla con pistoleta de salón. Perpetrado el crimen, fuése á casa de una francesa intransigente, Mad. Duc-Quercy, habitadora de los boulevares exteriores, que lo acogió con gusto bajo su techo y lo preservó con fortuna increíble á la vigilante policía francesa.



Pues bien : hallándose de comida un redactor de *El Relámpago*, M. Labrüyère, en casa de otra escritora intransigente, Mad. Severine, le propusieron amparar la fuga del perseguido ; y tomó sobre sí este gran empeño, tanto como un acto benéfico de humanidad, cuanto por un semillero feraz de noticias. Los naturales afectos humanos y la contemporánea neurosis del noticierismo, como ahora se dice, uniéronse para la empresa. Labrüyère pidió dinero á su director, en cambio de la relación única del caso más dramático que pudiera soñar un buen inventor de novelescas noticias, y puso por obra su proyecto. Fingió grave duelo, accidente casi diario entre periodistas franceses, que debía librarse y cumplirse allende la frontera. Citó unos padrinos muy habituados á lances de tal género, padrinos casi de oficio. Disfrazó de médico al homicida, y se fué con él camino de Venecia, por uno de los trenes más rápidos y caros. Dos naciones tan malhumoradas hoy entre sí como Italia y Francia, por necesidad y por costumbre aglomeran mucha policía pública y secreta en sus sendas estaciones fronterizas. Todos los consignados á estos oficios llevaban las fotografías del fugitivo en sus faltriqueras y tenían orden de ponerle mano encima en cuanto á mano lo hubiesen. Pasaron por estaciones internacionales ; sufrieron múltiples registros de personas y equipajes ; hablaron largamente con todos los celadores de todas las categorías ; comieron en cuanto comedor encontraron ; y con poco disfraz en el cuerpo y mucha tranquilidad en el alma, llegaron á Trieste, desde donde un buque transportó el fugitivo al Oriente europeo contrario de Rusia, para que desde allí otro buque lo transporte al seno de América, donde hallará un asilo completo y la consiguiente completa libertad. El salvador contó la salvación de su



cuitado protegido con toda seguridad. Excuso encarecer, conocida por todos la insana curiosidad europea, cómo se prendiera en este dramático suceso. La escritora demagógica, en cuya casa el perseguido se refugió, así como su diestro salvador, están ya en la cárcel. Mas no son estos los mejores medios de afianzar la alianza entre la gran potencia moscovita y el republicano pueblo francés.

## IV.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO BARCELONES

La odisea de Parnell, recorriendo su reino, que se le angosta y encoge, como la piel de zapa en célebre novela, bajo los pies, priva hoy entre todos los asuntos europeos. No conozco ninguna complexión de combatiente que poner al lado de la complexión de tal hombre. Nuestras plazas ofrecen ejemplos así en toros, que picados, banderilleados, heridos, chorreando sangre por todo su cuerpo, con la lengua fuera y el hierro asesino dentro, aún escarban furiosos y mugientes las arenas enrojecidas y embisten ciegos á todos sus acosadores. Quien atesora muchos ahorros, cuenta muchísimo dinero; quien guarda la vida, disfruta en su vejez de la salud y la fuerza; quien reconcentra las pasiones, cuando las suelta consigue que den estallidos y tengan ímpetus de volcánicas lavas. Ignoro si á mis lectores meridionales alguna vez les habrá pasado con la rigidez inmóvil y silenciosa del sajón lo que á mí; concluyen por darme como escalofríos de miedo, cual á un supersticioso cualquier sobrenatural visión. Frente á su inercia, nuestra expansión resulta como cualidad sobrenatural y mágica. Parnell, sajón de origen, aunque irlandés de nacimiento, ha sabido callar y concentrarse como ningún hombre quizá



en la tierra. Mas, por haber sabido callar y concentrarse, ha soltado ahora las compuertas á su palabra y el freno á su actividad. En la reunión parlamentaria donde sus antiguos subordinados colegas le depusieron y le destronaron, luchó como cualquier acorralada fiera. Vencido por el número, no pedía piedad á los sublevados; maldecía los con cólera de pontífice. Parecía un Bonifacio VIII abofeteado por los Colonnas. De una hombrada feroz caía en una puerilidad inocente. Después de haber pronunciado un discurso á lo Catón en Utica, pataleaba como cualquier chiquillo á quien le quitan un juguete sus compañeros de clase y escuela. Cuando le dieron la papeleta de voto para designación de nuevo jefe parlamentario con el nombre de su ilustre sucesor Mac-Karthy, la rompió en pedazos. En fin: la ceguera de sus odios culpa cuitadamente á todos; á los liberales ingleses, á los diputados celtas, al mundo entero, no á su propia personal culpa. Describiendo un colega suyo con colores vivos la infeliz hermosura de la Helena céltica por quien todo aquello sucedía, el rendido amator le llamaba mal caballero, imputándole faltas imperdonables á una dama, cual si ella, según pública sentencia, no se hubiese antes faltado á sí misma y desconocido los deberes morales y los deberes sociales impuestos al sexo hermoso por su conciencia y por su honra. Depuesto de la jefatura del pueblo irlandés á causa de su adulterio con la Sra. O'Shea, imposible hablar sin que tal hecho resultase la indispensable levadura de todos los discursos. Ya sin categoría oficial, dejó Inglaterra y se fué á Irlanda el infeliz, en apelación del fallo de los diputados elegidos al fallo de los comicios electores. Mas halló á éstos muy divididos y separados en grupos irreconciliables.

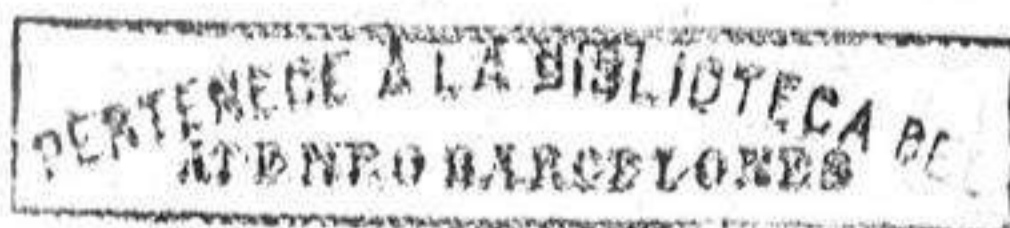
El clero parroquial, de antiguo disgustado porque un



protestante dominaba la nación católica, se le ha vuelto en contra, y en contra caldeado los afectos religiosos, base verdadera de la vida nacional. Donde los sentimientos políticos dominan sobre la fe antigua, cuesta mucho trabajo á los irlandeses deshacerse de quien ha conducido con tanta fortuna sus aspiraciones al posible logro ; pero donde predominan los afectos católicos sobre las ideas políticas, Parnell aparece como el ángel despeñado de las alturas del empíreo á los abismos del infierno. En Dublín le aclamaron como á un triunfador y se uncieron á su coche los desaforadísimos patriotas. Y como la fracción enemiga suya se hubiese apoderado del órgano de sus ideas y de la historia en la prensa, no se le ocurrió más expediente para obtenerlo y reivindicarlo que asaltar las oficinas y alzarse con la redacción, así como con la imprenta. La locuacidad de Parnell contrasta con su silencio de antes. No se para en estaciones el tren que no resuene con un discurso ardentísimo contra los liberales ingleses y contra los diputados traidores. Tales violencias de su parte inducen sólo á mantener el fuego de la pasión en todos los ánimos. Así la pobre Irlanda se ha dividido en parnellistas y antiparnellistas, todos abismados en una guerra civil espantosa. Para ver lo que pasa, no hay sino anotar cierto infame atentado al orador. Uno de sus enemigos le arrojó grueso puñado de cal viva con tal infeliz acierto á los ojos, que le ha dejado sin vista. Los médicos creen, á pesar del daño hecho, temporal y transitoria la ceguera. Dios le abra en estas tinieblas del cuerpo los ojos del alma, para retirarse de la verdad y ver la luz.



V.



El rey Humberto ha dirigido al pueblo suyo, desde las alturas del trono, ante la representación del pueblo, las líneas generales del programa de Crispi en amplio y elocuente discurso. Á pesar de lo mucho que ha crecido en Italia el elemento republicano y de lo mucho que ha decrecido la fe monárquica, no hay pueblo alguno donde las etiqueterías y ceremonias priven cual allí. Una solemne apertura del Parlamento reviste caracteres muy ceremoniosos en España, y en Inglaterra caracteres muy tristes. Nosotros no hemos reconciliado el trono y el pueblo en la restauración. Esta concordia, que parecía ultimada por la regencia, se ha roto en la crisis última; y toda sesión regia, desde tiempo inmemorial, se distingue por glacialísima frialdad. En el Parlamento británico, aunque la Cámara de los lores brille con áureos reflejos, y las vestiduras de sus dignidades resplandezcan también alrededor del trono; una Reina tan triste, con su toca de viuda bajo la corona imperial, y su vestimenta de duelo bajo el regio armiño, extiende por doquier incontrastable melancolía. Por mal dirigida que Italia esté, por mal administrada, el recuerdo todavía vivo de su antigua crucifixión y la confianza en su estrella riente, dan á estas ceremonias un caluroso entusiasmo, que rayaba en frenesí cuando las presidía Rey tan justamente popular como Víctor Manuel, á quien creen ver los diputados todavía cuando ven á su hijo. Mas lo curioso y original allí está en la fácil expresión de múltiples emociones, á duras penas aquí sentidas en el embotamiento de la sensibilidad, que trae consigo largo régimen par-



lamentario. Una sesión regia en Roma y en Florencia se parece muchísimo de suyo á una primera representación en la regocijadísima Nápoles. El público en una y otra parte no puede contenerse. Con la mayor facilidad grita y aplaude, como con la mayor facilidad refunfuña. En España nadie podría comprender tal estado mórbido, porque, aparte lo particular del estado político, nuestra complexión meridional está muy templada por la natural gravedad española. Las condiciones en Italia del público espíritu se han mostrado con mayor ingenuidad en la lectura del discurso regio que se mostrarán en el recuento de las venideras votaciones. Cuando el Rey aludía con elocuencia indudable á las libertades conquistadas, á la patria restablecida para siempre, á la nación hecha por el concurso y el esfuerzo de todos los italianos; cuando con voz entera oponía el poder civil á las pretensiones de una teocracia empeñada en rehacer dominio político incompatible con las ideas de nuestro tiempo, un fragoroso aplauso unánime subrayaba las frases y ponía de manifiesto la unidad interior del sentimiento público; pero así que, descendido el discurso de tan vertiginosas alturas, entraba por los detalles relativos al presupuesto y al tesoro, un silencio preñado de amenazas respondía tristemente á la voz del Monarca, infundiéndole tanta extrañeza, que se veía en las alternativas miradas al papel y al público. Á la verdad, el Rey no era más que un vocero de otro. Así, dos discursos ha pronunciado Crispi, uno en Florencia, de política exterior, muy ensoberbecido con la triple ó cuádruple alianza, y otro en Turín, de política interior, muy lleno de promesas respecto á economía. Pero como estos dos discursos en el fondo se contradicen, y Gillioti, ministro de Hacienda, se ha empeñado en que se cumpliera el segundo y que se ini-



ciara en todos los departamentos una sabia economía, con especialidad en los departamentos de Guerra y Marina, sin alcanzarlo; su dimisión, presentada con sobrado motivo, ha disuelto las esperanzas de los buenos y quitado á la sesión regia última su natural alegría.

## VI.

Quitando los ojos de Italia y poniéndolos en Alemania, descúbrese la diferencia entre un régimen parlamentario, por imperfecto que sea, y un régimen cesarista, por fuerte y perfecto que parezca. Las elecciones generales, el ministerio responsable, las dos Cámaras legislativas pesan é importan en Italia; mientras que sólo pesa, importa y habla en Alemania su joven y aturdido Emperador. El despotismo ruso está compensado con el silencio en que caen y el misterio en que viven los déspotas aquellos; mas esta garrulidad inagotable del absolutismo alemán humilla y rebaja de continuo á los desdichadísimos y maltrechos vasallos. Entre las ventajas de los procedimientos parlamentarios hay una que á muchos desespera, tomándola por desventaja patente, y que pongo yo sobre todas sus perfecciones, á saber: las conocidas y sabias lentitudes. Imposible que, habiendo de recorrer tantas instancias un pleito parlamentario, con la iniciativa tan manifiesta, con la toma en consideración subsiguiente á esta iniciativa, con las comisiones y sus estudios, con los debates y sus largas, con el derecho á las enmiendas, puedan herirse respetables intereses y menos improvisarse inesperadas reformas. Pero un César de Alemania, cuyos poderes no están bien definidos por el Código fundamental, y cuyas facultades bien limitadas en aquel régimen semi-absoluto, donde la costumbre tan



grande autoridad presta en todas ocasiones al jefe del Estado, puede acompañar á sus improvisadas arengas medidas improvisadas también, y arramblar así en su inquieta voluntad instituciones útiles y sabias. No está muy lejos el Concilio comunista reunido en Berlín por los caprichos del César ; no están muy lejos las manifestaciones del 1.º de Mayo, excitadas desde la Cámara imperial alemana. Así van todas las cosas políticas allí, manga por hombro, como determinadas y puestas en movimiento por una imperial neurosis , hija de un mani-fiesto atavismo.

Por esta neurosis explícome yo los decretos socialistas que tantos males han de traer al pueblo y al imperio, así como las amenazas de un impuesto sobre las rentas contenidas en los últimos proyectos de presupuestos. Pero donde más la nerviosidad excesiva de Guillermo II se manifiesta, es en el plan de Instrucción pública, que le escarabajea la mollera. ¿Pues no ha partido como de arrancada estampía contra los catedráticos de instituto, y los ha puesto como no digan dueñas? ¿Y sabéis por qué los detesta? Porque diz que prefieren mostrar en sus cátedras las repúblicas romanas y griegas á los imperios germánicos. Y hacen bien. Pues qué, ¿puede compararse la sombría epopeya de aquellos Hijos de la Noche que revolotean como cuervos alrededor de los castillos feudales, en cuyas horcas penden los inmolados siervos, con los perfectos exámetros de la *Iliada*, ó con la hermosa navegación de los primeros marinos helenos entre los cabos que parecen pedestales de dioses, y los archipiélagos que parecen intercolumnas de templos, sobre aquellas aguas celestes y bajo aquellos cielos clarísimos que llevan disueltas en sus pliegues miriadas de astros y estelas con miriadas de inspiraciones y de ideas? Pues qué, ¿puede compa-



rarse la reforma germánica, la guerra de los frailes, con el renacimiento heleno-latino en que resurgen las estatuas fluyendo miel bíblica de los labios; nacen los continentes al amparo de los marinos iberos; pintan sus cuadros inmortales Rafael y Correggio; cincelan sus joyas Benvenuto y Guiberti; esculpen sus estatuas Sansovino y Buonarroti; cantan Palestrina y Allegri; escriben Lope y Cervantes, y desde la catedral de Toledo hasta el Vaticano de Roma se tiende una guirnalda de inspiraciones artísticas que ornará y aromará cien siglos?

Entre las muchísimas frases que la diligencia del telégrafo transmite desde los cesáreos labios á nuestros oídos hay una contra la cual protestará la indignada humana conciencia. Quiere Guillermo II que los jóvenes alemanes sepan la batalla de Sedán y no el paso de las Termópilas. Para conseguir esto habrá de cambiar por un rescripto cesáreo el gusto universal, y subvertir todos los fundamentos de la historia. Es el extremo de la neurosis comparar la carnicería de Sedán, causada por fusiles y cañones muy perfectos, fuerzas puramente mecánicas, con aquel encuentro sublime de la monarquía oriental y de los ciudadanos griegos sobre aquel monte consagrado en todas las edades como el ara más preciosa del holocausto y del martirio en bien de la libertad y de la patria. El combate de Sedán, dirigido á la conquista, no puede compararse con la defensa de Leónidas, consagrada enteramente á la divina Grecia. Sedán se parece al combate de las especies inferiores, mientras las Termópilas al combate de las ideas divinas. Los Estados griegos aparecían sobre los Estados asiáticos, aun aquellos que tomaban forma monárquica. Las monarquías helenas hallábanse de suyo sometidas á las leyes. Y la ley enaltece al hombre, mientras lo rebaja el despotismo.



Leónidas expresó el sentimiento de los griegos al proponer una resistencia desesperada y á muerte. Todo el espíritu exhalado por aquella tierra de la democracia y de la libertad se condensaba en el espartano que sabía cuántos heroismos para lo por venir podían amasarse con el polvo levantado en aquellos combates heroicos y con la sangre difundida por las venas de aquellos hombres libres. El sol salía cuando Leónidas y sus compañeros abandonaban las ocultas guaridas, y surgían armados y retadores en busca de luz y de aire. Persuadidos estaban de que sucumbirían al número; mas íbales mucho á ellos y á su raza en una muerte honrosa. Preparádose habían á esta inmolación cual á las carreras ístmicas los jóvenes atletas. Al verlos con sus lanzas de oro en el puño, sus cascos reverberando la luz de los cielos en el brazo, á la cabeza la corona de los verdaderos héroes, la multicolor cimera; en actitudes artísticas, ó, mejor dicho, escultóricas; los creeríais dioses tallados por el cincel de Fidias, y reunidos en falange armoniosa por una especie de animación á ellos solos comunicada desde las cumbres ideales de una poesía inmortal.

El número, sólo el número, que subía de las riberas y bajaba de las cumbres, á modo de langostas y de moscones, pudo vencerlos. Mas, para dar cuenta de tres centenas de libres, fué necesario inmolar veintinueve millares de siervos. La horda oriental venció por una superioridad mecánica, puramente mecánica, en aquel encuentro, á la sabia y libre falange, que debía, extinta, vencer á los vencedores por la superioridad incalculable de su idea. Xerxes puso en la cruz el cadáver de Leónidas. ¡Ah! Esas cruces alzadas por los caminos de la Historia, resultan en las perspectivas de los tiempos y en el juicio de los humanos las cumbres del espíritu. En la cruz del



héroe Leónidas, en la cruz del redentor Cristo, en la cruz del siervo Espartaco, se ha emancipado nuestro linaje y se han ido condensando las más altas revelaciones del alma humana y los más sublimes principios del derecho universal. Ellos son los redentores nuestros, por haber muerto : unos, para que tuviéramos patria ; otros, para que tuviéramos conciencia ; todos, para que tuviéramos libertad. En el ejemplo de Leónidas hanse inspirado cuantos han combatido en los pueblos cultos con el arma de una idea contra los bárbaros decretos de la fuerza. El griego moderno, que peleara contra el mogol musulmán, y los españoles, que desde las ruinas de Zaragoza y de Gerona salvaran al mundo entero del cesarismo y sus reacciones, repiten y reproducen, tras tantos tiempos, el ejemplo de Leónidas y su redentor sacrificio. Por eso, Emperador alemán, hasta en una fría clase de retórica, se os arrasan de lágrimas los ojos y os salta de puro entusiasmo el corazón, al oír la sentencia puesta por los helenos sobre los riscos sacros que fueran túmulo de sus héroes : « ¡ Caminante : ve y di á Esparta cómo hemos aquí todos muerto por obedecer sus santas leyes ! »

El Emperador adolece de una monomanía ; entra sin escrúpulo en todos los asuntos, la cual monomanía se comprende y explica por aquel misterio, llamado atavismo ahora. Los Brandeburgos han pecado todos por eso. Existió en su familia un monarca excepcional verdaderamente : Federico el Grande, sí, él solo. De mucha memoria como conviene á un estadista ; de fantasía escasa como su siglo ; de ideas claras más que profundas ; de ironía fina y punzante ; un cerebro más que un corazón ; un carácter servido y á veces mandado por alta inteligencia ; con los poderosos altanero, con los humildes



sencillo ; del genio y de la ciencia entusiasta siempre hasta el delirio ; del mérito siempre admirador ; mediano en sus versos, en su prosa incorrecto, en su filosofía vulgar ; pero cuando refiere sus hazañas digno de compararse con César, no sólo por la sobriedad austera de su lenguaje, por la sencilla modestia natural ; alegre como un héroe antiguo, administrador moralísimo, jurisconsulto experto, celoso de que la justicia llegase hasta las últimas clases plebeyas ; conformado con los juicios de su pueblo, á quien todo se lo dejaba decir, con tal que todo se lo dejase á él hacer ; entero en las adversidades, serenísimo en los riesgos, concienzudo en los planes, tenaz en los propósitos ; resalta sobre todas sus cualidades aquella efusión, con que abría las puertas de su palacio y los brazos de su amistad á todos los que algo pensaban, á todos los que creían en algo, á todos los que trabajaban por cualquier ideal y tenían algún asomo de fe, á los filósofos enciclopedistas perseguidos por las preocupaciones y quemados en efígie por los verdugos, á los hermanillos de Moravia puestos en graves aprietos por sus propias utopías, á los francmasones excomulgados por los Papas, á los Jesuítas expulsos de todas partes por los reyes, á cuantos padecían por alguna creencia ; que su cabeza, verdaderamente sublime, se destaca en guisa de cumbre intelectual sobre su propia edad y reverbera la espléndida luz de lo por venir, el pensamiento de los siglos futuros, porque ha preparado y apercebido la tolerancia universal.

Pero un Emperador meramente militar cuando se acercan los pueblos y los tiempos mercantiles ; un Emperador de combate cuando se necesitan magistrados de trabajo ; un Emperador de conquista frente á la conciencia social muy pagada del derecho y del arbitraje, resulta



contrasentido tal con la razón humana en este período que, siquiere se crea socialista de la cátedra é innovador en la enseñanza, no rayará donde rayará aquél, pues carece de atmósfera el alma, si por violencia se la saca y extrae del genio y del pensamiento de su siglo. Guillermo II, componiéndolo y arreglándolo todo al patrón de sus ideas y por el capricho de su voluntad, me recuerda el bisabuelo suyo, enemigo implacable de la revolución francesa, que mientras un tan extraordinario pensador como Scheleimacher difundía con empeño apotegma tan filosófico y humano cual aquel de la separación entre la Iglesia y el Estado, entreteníase con verdadera puerilidad en meter dentro de un saco dos Iglesias, tan dispares como la Iglesia calvinista y la Iglesia luterana, quienes pelearon durante aquellos horrores de la guerra de los Treinta años con mayor furia entre sí que contra sus enemigos comunes, las huestes católicas. Era el rey aquel, hombre de más erudición que talento, de más ciencia religiosa que política; escritor de teología consagrado á publicar memorias sobre los más trascendentales problemas teológicos; el cual, muy pagado de su autoridad absoluta y muy deseoso de convertirla en instrumento de su poder personalísimo, no se permitía punto de reposo ni hora de tregua en reunir las dos Iglesias protestantes. Así despreciaba cual cosa baladí los escrúpulos del clero y la fidelidad del creyente, anudando á roso y belloso lazadas de unión entre las Iglesias, redactando códigos, componiendo liturgias, que llevaba como ensayo á las iglesias militares antes de ir á la Iglesia nacional, pero todo ello sin meditación, sin gravedad, sin juicio. Desengáñese Guillermo II: no basta el rescripto de un Príncipe para limitar el océano de la humana conciencia, ni para despejar la incógnita del pro-



blema social. Todas las omnipotencias que quieren ir allende las fronteras propias del humano poder, se resuelven al cabo en irremisible impotencia.

## VII.

Quédanos el Oriente á examinar tan sólo en esta larga crónica. Y del Oriente debemos decir que, ya oculto, ya patentísimo, no cesa un día el combate allí empeñado entre cuatro grandes potencias: Austria, Rusia, Inglaterra, Turquía. Todas las cuestiones incidentes, que toman un carácter principal por las tierras orientales, hállanse como sometidas á esta competencia principalísima entre los cuatro Estados. Las homéricas luchas de los jóvenes y viejos bohemios con los alemanes de todas condiciones; el eterno litigio entre Hungría y Croacia; las amenazas de un rompimiento que lleve á las manos Austria y Rusia; el combate continuo que trae tan á mal traer hombres como Ristich de Servia y Stambouloff de Bulgaria; las suertes echadas por cada vecino sobre Salónica y Macedonia; la ocupación por los ingleses de Chipre y Egipto; el deseo en los italianos de tomar á Trípoli, como los franceses tomaron á Túnez; el sigilosísimo paso de Rusia por los desiertos de Tartaria, y el veto puesto á su llegada por el Imperio inglés hasta los edémicos campos de Cabul; esas escuadras británicas en acecho á la desembocadura de Eufrates, como esos barcos rusos que cruzan el mar de la China; todo cuanto sucede hoy de capital desde las costas de Cádiz hasta las bahías de Australia, todo está regulado por las competencias empeñadas entre tantos poderosos como pululan en guerra callada por el Oriente de nuestra Europa. Los pactos del Sultán con los Patriarcas heleno y armenio, la

:



paz de Grecia tras el radical cambio de soberanos, el orden relativo de Creta y Arabia, explícense por una tregua de Dios, muy análoga con las medioevales, por la razón suficiente de que un término mal planteado de tamaños problemas trae consigo aparejada irreparable catástrofe.

No faltan, sin embargo, incidencias curiosísimas, como las bombas que ha querido lanzar Natalia de Servia sobre la paz del reino con su dichoso divorcio, apagadas por haberle puesto encima el pie con decisión la incontestable autoridad del Gobierno. Pero lo que mayormente atrae hoy el interés público está en la intolerancia religiosa de Rusia. Todas las naciones á una se quejan. El catolicismo, en Polonia; el protestantismo, en las provincias bálticas; el judaismo, en todas partes, reciben golpes mortales de las manos del Czar. Cuantos rescriptos el genio de la intolerancia escribiera contra los judíos, hanse puesto de nuevo en vigor por la intolerante Iglesia moscovita y su despótico Sínodo. Los judíos no podrán adquirir bienes inmuebles, los judíos no podrán cultivar las tierras, los judíos habrán de reducirse á barrios, como los antiguos ghettos, que parecían presidios al aire libre, jaulas para contener á los humanos, cual si fuesen fieras. En cuanto estas contradicciones con el espíritu de nuestro siglo aparecen por las alturas de los tronos, yo no puedo menos que dirigirme á los pueblos latinos emancipados, y ponerlos en guardia contra todos aquellos que los impelen á oprimir su propia Iglesia, la Iglesia católica. Cuando retrocesos tan graves como el de Rusia pueden iniciarse á la faz misma de la grande confederación formada por los pueblos cultos, es indudablemente á causa de no hallarse los derechos del hombre tan asegurados en las costumbres rusas como lo

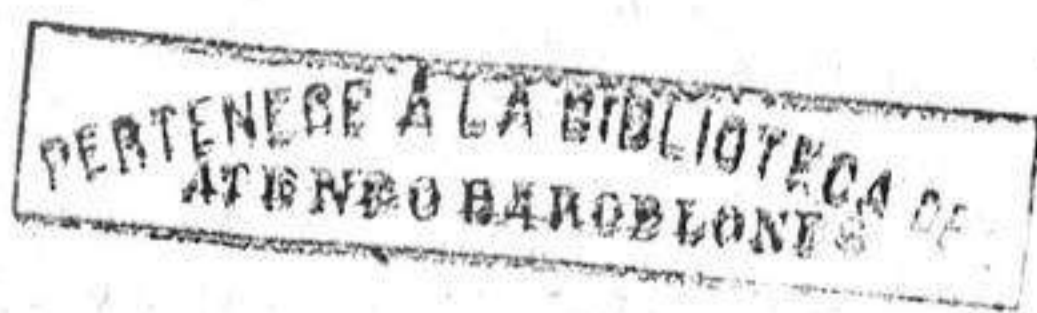


---

están en la conciencia universal. Por eso, ya sean los czares de Rusia, ó ya los radicales de París, quienes persigan á las sociedades recíprocas, sobre cuyas cumbres el ideal brilla, y en cuyo seno el alma se consuela, cuantos de liberales y demócratas nos preciamos, debemos dar un solo grito : ¡ Viva la libertad!

EMILIO CASTELAR.





## REVISTA ULTRAMARINA (1)

*Vocabulario Rio-platense* razonado, por D. Daniel Granada, precedido de un juicio crítico, por D. A. Magariños Cervantes, miembro correspondiente de la Academia Española. — Segunda edición, corregida, considerablemente aumentada y con un nuevo juicio crítico de D. Juan Valera, individuo de número de la Academia española. — Montevideo, Imp. nac., 1890. — Volumen en 4.º, de 409-IV páginas.

**C**ONTEMPLAR abierta de nuevo la era de los trastornos y las convulsiones políticas en la América que fué española, duélenos, tanto por amor á la humanidad, como por el prestigio de nuestra raza, y más todavía por el temor de ver paralizado el progreso literario en aquellas hermosas regiones, donde con gallardo y vigoroso empuje despertaba nuestro dormido espíritu nacional en sus manifestaciones intelectuales, feliz augurio de mejores días para la patria común. Cerrados los ojos á nuestra inquebrantable convicción política, que estima las formas de gobierno solidarias y aun cooperadoras eficacísimas al engrandecimiento de los pueblos, reconocíamos la que se han dado las nuevas naciones de América en uso de su derecho, como quizá más apropiadas

(1) Rogamos á los autores y editores de Ultramar que envíen dos ejemplares de sus libros, revistas y periódicos á esta Redacción, Serrano, 68, Madrid.



que la monarquía al desenvolvimiento de sus intereses morales y materiales, no obstante inspirarnos la inseguridad de los poderes; que la República lleva siempre aparejada, el recelo de que no pueda florecer una verdadera civilización donde vive en constante peligro el orden público, primer elemento de la vida social. Como ya están afortunadamente muy lejos de nosotros los fanatismos políticos y los apasionamientos de escuela, hacemos votos por que la realidad de las cosas amengüe la influencia del que nos parecía inflexible principio, y permita á los discípulos de Andrés Bello continuar demostrando que la literatura americana tiene ya raíces harto profundas para resistir al huracán de las pasiones políticas, que nuevamente la azota por desgracia.

No sin razón ponemos en primer lugar á los que siguen en América la senda trazada por el insigne autor de la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*; porque es notorio que ningún aspecto de aquella novísima literatura ofrece tanto interés y trascendencia tanta como los esfuerzos hechos por numerosos y conspicuos escritores para mantener, depurar y perfeccionar el habla de Castilla. Acaso entre nosotros mismos no podría formarse un grupo tan selecto de cultivadores del buen decir, y los trabajos de aquellas Academias son cada día, bajo este aspecto, más numerosos, más interesantes, más instructivos. Rara vez leemos un discurso de recepción, que no cante poco ó mucho las excelencias del habla española, procurando sus autores al mismo tiempo hacer ostentación de sus gallardías. El último, por ejemplo, que ha llegado á nuestras manos, el de D. Rafael María Carrasquilla, en la Academia de Bogotá, publicado por la revista *Colombia ilustrada*, de 1.º de Octubre de 1890, contiene este expresivo párrafo:



«La gente española recibió del cielo, á cambio de  
» otras prendas en que la exceden ajenas razas, cierto  
» desprecio nobilísimo por los intereses puramente mate-  
» riales, marcado espíritu de abnegación y sacrificio, y  
» delicadeza exquisita para estimar lo bello como quiera  
» que se le manifieste ; y si á esto se agrega que aquel  
» pueblo es dueño de una lengua , hija mimada de la latina,  
» parecidísima á su madre en la majestuosa hermosura y  
» varonil talante, y en prestarse á la expresión de toda  
» suerte de pensamientos , así los tiernos y delicados, como  
» los sublimes y profundos, se comprenderá sin esfuerzo  
» la preexcelencia de la literatura mística española.»

Cuestión es la de la mística que entraña, como es noto-  
rio, nuestra filosofía toda entera y que se relaciona de un  
modo íntimo con nuestra nacionalidad , hasta formar su  
propia sustancia, y el declararse partidario de la mís-  
tica, viene á ser como declararse español puro y neto,  
que fué lo que hizo en contestación al Sr. Carrasquilla el  
presidente de la Academia, D. José Manuel Marroquín,  
con un elogio tan caluroso de los místicos españoles, que  
los llama *los primeros del mundo*, aun hallándose entre  
sus oyentes algunos que los estiman en poco y que «ape-  
» nas admiten ó abiertamente niegan la posibilidad de las  
» relaciones entre Dios y la criatura inteligente.»

Aquí por modo palmario puede verse la venturosa  
influencia que en la fraternidad de los pueblos hispano-  
americanos están ejerciendo la literatura y el arte; aquí,  
en la reivindicación de uno de los géneros literarios á  
que suelen ser las democracias más hostiles.... No sólo  
se trataba en aquella sesión de la Academia Colombiana  
de la rehabilitación de la mística, sino de una escritora  
de la época que llaman ellos del coloniaje, es decir,  
puramente española, nacida en Tunja, sor Francisca



Josefa del Castillo, autora de unos *Sentimientos espirituales* que le han valido del Sr. Menéndez y Pelayo el dictado lisonjero de *Émula de Santa Teresa*. Con harta razón mi amigo y compañero D. Juan Valera, en aquellas dos de sus preciosas *Cartas americanas* que enderezó el año pasado al autor del *Vocabulario Rio-platense*, y que hoy forman nuevo prólogo y feliz aumento de la segunda edición de este libro, le decía: «Las cuestiones  
» de Gramática y de Diccionario, de unión de Academias  
» de la Lengua, de literatura española é hispano-ameri-  
» cana, de versos y de novelas, escritos y publicados en  
» español en ese nuevo mundo, no son meramente litera-  
» rias, críticas ó filológicas; tienen mucho más alcance,  
» aunque uno no se lo quiera dar.»

Tan cierto como bien dicho. Tienen el alcance que ya previó el padre de la filosofía americana al publicar en 1847 su *Gramática* para impedir la pérdida del gran beneficio que aquellos pueblos gozan «en la posesión de un  
» idioma común, que al propio tiempo es el de una por  
» muchos títulos esclarecida nación europea, y el órgano  
» de una grandiosa y abundante literatura».

Como aquel que probaba el movimiento andando, el autor de *Pepita Jiménez* penetra luego de tal modo en las entrañas del libro del Sr. Granada, que parécenos asistir al curioso espectáculo de la mezcla y compenetración de los dialectos autóctonos de las tierras que baña el Plata, principalmente el guaraní y el quichua, con la lengua de los conquistadores, que de evolución en evolución se eleva al estado presente, merced á los misioneros que los bautizan, amamantan, y como á sus pechos los crían, en publicaciones admirables, principalmente místicas y filológicas.

No fija la atención el Sr. Valera, quizá por el propó-



sito que revela su último párrafo, en la calidad de la erudición que esmalta el libro del Sr. Granada, erudición tan copiosa como castiza, y que nosotros aplaudimos calurosamente, sin perjuicio de encontrar en ella un vacío, por virtud del cual, en nuestro concepto, se sobreponen, sin razón bastante, los orígenes guaraníes á los de la llamada lengua de los Incas, que fué sin duda la más dócil á los conquistadores, la que mejor se prestó á sus necesidades lexicológicas. Ya porque estén mejor estudiadas las misteriosas reflexiones del guaraní, ya porque el estudio de ese dialecto se haya generalizado más, merced á las reimpressiones hechas en París y Leipzig por Maisonneuve y Plazman respectivamente (y por raro acaso en una misma fecha, 1876), de las obras del famoso Jesuíta Antonio Ruiz de Montoya (*Arte, vocabulario y tesoro de la lengua guaraní*), reimpressiones que se han difundido tanto en América, que allí son hoy libros vulgares; ya porque estén en caso enteramente distinto los textos fundamentales y príncipes del estudio del quichua, á saber: las obras de Fr. Domingo de Santo Tomás y del Jesuíta cacereño Diego González Holguín, de las cuales únicamente ha reproducido la imprenta moderna la de este último, y eso incompleta y manca, pues á la edición que se hizo en Génova en 1842, que es la que nosotros poseemos, ya bastante rara también, le falta el *Vocabulario*, que es el que más hubiera servido al escritor río-platense, siendo tan costosas como difíciles de adquirir las ediciones primitivas, como que la del escritor dominico es gótica, de la imprenta vallisoletana de Francisco Fernández de Córdoba, en 1560, y la del Jesuíta extremeño, de la imprenta que tenía Francisco del Canto en la ciudad de los Reyes del Perú en 1607 y 1608, libros ambos que por miles de francos se cotizan; ya, en fin, por una causa, ya por otra,



es lo cierto que mientras el P. Montoya, y por ende la lengua guaraní, presta abundantes etimologías al *Vocabulario río-platense*, la de los poéticos señores del Perú sólo por vagas referencias, y de tarde en tarde se cita. Y aun parécenos que tampoco ha conocido el Sr. Granada el libro de Roberto Ellis, *The quichua language of Peru*, impreso en Londres por Trübner en 1875.

Así, por ejemplo, nos explicamos que dude en la voz *chaucha* de su origen quichua, aunque se lo prediquen autoridades americanas como D. Zorobabel Rodríguez y D. Fidelis P. del Solar. Da el *Vocabulario* del Sr. Granada á la voz *chaucha* el significado de «vainilla tierna» de la judía», y en son traslaticio, «pobreza, falta de gracia de una cosa», advirtiendo que procede del araucano y quichua, dándosele en Chile, según el Sr. Rodríguez, la significación de «papa chica y tempranera», mientras presume á su vez el Sr. Solar, que en quichua debe existir algún vocablo semejante que equivalga á *tempranero*, *nuevo*, *precoz*. Á esta opinión se inclina el Sr. Granada con profundo instinto literario, diciendo que el uso en el Río de la Plata conviene con las acepciones chilenas del vocablo, pues se aplica á «lo pobre, ruin, desmedrado, falto de gracia y lucimiento». Hipótesis y cálculos de uno y otro, que si prueban, como hemos dicho, buen instinto, prueban á la par desconocimiento de la verdadera fuente quichua. Confirmada hubieran visto, así el Sr. Solar como el autor del *Vocabulario*, su perspicacia etimológica, buscando en la *Gramática* del P. Holguín aquél parágrafo undécimo del capítulo I del libro III, donde trata de la *composición de los nombres y participios con nombres y partículas*. Allí hubieran visto que en la lengua del Inca «*chau* ó *chaupi*, con nombres ó participios de presente de verbos activos y no neutros



» y participios de pretérito de todos verbos, significa lo  
 » que el nombre ó participio á medio hacer ó medio hecho  
 » ó comenzado á hacer.... Y puédese poner doblado el  
 » *chau* (como *chauchau* ó *chaupi chaupi*).... Ejemplo de  
 » nombres : *chau chaupya*, el medio bobo ; *chaupi chau-*  
 » *pi, utic* el medio tonto....—Ejemplo de participios acti-  
 » vos : *chau chau micuc*, el que está á medio comer ;  
 » *chaupi chaupi puñuc*, el que está medio dormido....—  
 » Ejemplo de participios de pretérito.... *chau chau ma-*  
 » *chasca*, medio borracho ; *chaupi chaupi llaquisca*, me-  
 » dio afligido». A su vez la partícula *cha*, como todas las  
 de esta lengua, agregada á nombres de cosas, forma  
 verbos que representan la acción de aquellas cosas mis-  
 mas, con cierta participación del hombre, riqueza muy  
 ponderada por el P. Holguín, como nuestro antiguo  
 amigo el Sr. Magariños Cervantes en el discreto prólogo  
 que puso á la primera edición del *Vocabulario río-pla-*  
*tense* se muestra entusiasta del guarani, «espectáculo  
 » único de una lengua toda de monosílabos....», cuyas  
 «combinaciones no son arbitrarias, sino el producto de  
 » un espíritu de análisis y observación, que es extraño  
 » hallar tan maduro en un pueblo inculto.»

De donde resulta que significando *chaucha*, cosa á  
 medio hacer, dió á los sabios una lección el vulgo chi-  
 leno al llamar *chauchas* á las monedas de dos reales  
 cuando sustituyeron á las antiguas pesetas ; y no queda  
 tampoco bien parada la presunción de D. Fidelis del  
 Solar, cuando sospecha que en el quichua ha de signi-  
 ficar temprano, por aplicarse igualmente como adje-  
 tivo á un parto precoz, parto *chaucha*. Mientras no se  
 presente alguna autoridad de este último ejemplo, en vez  
 de vagas suposiciones, ¿no será lícito pensar que se ha  
 confundido el parto precoz con el aborto? La puridad



etimológica se nos presenta en este caso clarísima : *Criatura á medio hacer*.

Más categórico parece todavía el ejemplo de *Mucamo, ma*, vocablo que el autor juzga africano, porque en lo antiguo se llamaba así á los criados negros. Hoy se aplica en general á los criados, según dice, excepto la cocinera ó cocinero, lo mismo en la provincia de Río Grande del Sur (Brasil) que en el Río de la Plata, pero en Bahía y Pernambuco se los suele llamar *mucamba* y *mumbamba*. De aquí la obstinación del Sr. Granada en creer este vocablo africano sin la menor duda. No la tenemos nosotros en creerlo de la lengua del Inca, donde *cama* significa tarea, ocupación, quehacer obligatorio ó de derecho, y la partícula *mu*, implica movimiento, acción, uniéndose principalmente á los verbos á modo de adverbio de lugar, de suerte que *mucama* en quichua vendría á ser *el que por obligación anda de aquí para allá*, si nosotros no interpretamos mal la doctrina algo confusa del P. González Holguín. Quédanos también este escozor por la duda que nos asalta de que se trate pura y simplemente de la frase vulgar castellana *nostramo*, desfigurada y chapurrada por imitar el dejo andaluz ó extremeño con que debieron los primeros criados americanos pronunciarla. *Nostramo, mustramo* se oye hoy todavía con harta frecuencia en nuestros cortijos, y principalmente la usan los manijeros ó capataces cuando contratan el trabajo en representación de sus cuadrillas. Ello es que la palabra *amo* está íntegra en la río-platense, y tan relacionada con la significación de ésta, que parece ser parte de una frase que al desfigurarla la boca del esclavo, le alteró lo menos sustancial y expresivo. De estas transformaciones podrían hallarse muchas en nuestro teatro del siglo xvi, donde fué moda sacar á las tablas negros y mulatos, quizá para



contrastar su gringo dulce y musical con la áspera algarabía de los moriscos.

Por estas y otras observaciones análogas que podrían hacerse, no opinamos, como el Sr. Valera, que una gran parte de este *Vocabulario* debería de ingresar en el acerbo común de nuestra lengua; pues, bien aquíladas y depuradas, se hallarían quizá muy pocas de puro origen indígena que respondan á una necesidad real, permanente ó nueva del lenguaje humano que no esté en el nuestro satisfecha. Hasta es permitido creer, leyendo los libros de esta clase, que va más adelantado de lo que parecía el trabajo de depuración que la literatura, las costumbres y el orden han emprendido en América de medio siglo acá, trabajo que coincide y completa al de la Academia Española, que por su parte va incluyendo en el Diccionario todas las palabras á que el uso, la necesidad ó la filología dan, por decirlo así, carta de naturaleza. Ejemplos satisfactorios de tal estado de cosas nos ofrece el hermoso libro del Sr. Granada, aceptando muy á menudo las definiciones de nuestro Diccionario sin la menor alteración, y designando otras con nombres españoles objetos que allí han llevado un nombre indígena, y que por lo visto lo van perdiendo. «*Mulita* (dice » por ejemplo), *tatú*, de una media vara de longitud y » cuyas orejas se parecen á la mula.» Si esta definición se hubiera escrito en la calle de Valverde, no nos parecería significativa; pero escrita para los río-platenses, prueba que ellos conocen ya más al animal por *mulita* que por *tatú*.

En igual caso se hallan otras muchas voces, que parecen á primera vista inútiles por encontrarse del mismo modo expresadas y definidas en nuestros Diccionarios. Sin salir de la letra *P*, que en este momento examinamos,



al lado de *Patear* y *Pateador*, que significan lo mismo que en España, figura una palabra obscena que sólo se diferencia de la que nosotros usamos en haberse convertido en participio femenino. El asonante en *ia* da á la nuestra mayor sonoridad y más gracia. Otras, como *garna*, *guiñada*, etc., etc., han debido excusar al autor esfuerzos etimológicos, porque su origen castellano es evidente. De la primera, que significa llovizna ó lluvia menuda en nuestras costas cantábricas, harto claro lo dice el mismo texto del P. Lozano que alega el Sr. Granada en su *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, ni debió hacerle dudar el insigne Ulloa al decir en sus *Noticias americanas* que en Lima llaman garna á la llovizna, pues con esto no pudo entender en manera alguna que fuese palabra peruana.

Otra observación que nos ocurre, y que se presta á profundos estudios, es la abundancia de palabras de origen asiático, ó quizá filipino, que se nota en el *Vocabulario rio-platense*. ¿Es coincidencia etimológica, ó, dicho más claro, analogía de los respectivos idiomas indígenas? En tal caso, relativamente fácil será remontarse á un tronco común, que será probablemente el sanscrito, según hará ver nuestro respetable amigo Fr. Toribio Minguella en la importante obra que prepara acerca de las relaciones de aquella lengua madre con los dialectos malayos de Filipinas. ¿Es que las voces á que nos referimos han entrado en el caudal americano después de la conquista, y merced á las relaciones mercantiles con aquel Archipiélago; relaciones que, casi por regla general, estuvieron limitadas al puerto de Veracruz y Acapulco? En todo caso, ¿por qué y cómo han variado algunas de ellas de significación?

*Patay*, por ejemplo, en tagalo, significa difunto, y en



americano «pasta seca hecha con la semilla del algarrobo». La diferencia no puede ser más extraña. *Champan*, en cambio, es en América embarcación grande, de fondo plano, dispuesta para la navegación de los ríos (lo que nosotros llamamos barcaza), y en Filipinas barco muy semejante, aunque susceptible de la alta navegación. Su origen es realmente chino, y no cabe duda que por la vía del Archipiélago ha pasado al Plata. *Bagual* equivale á salvaje, y tiene su aplicación á los animales bravíos, con el testimonio y autoridad del P. Parras. Tráela el *Vocabulario* como de procedencia araucano-pampa, *cahual*, si bien luego la cree derivación hecha por los pamperos araucanos de la palabra caballo, cuando poco después de la conquista abundaron tanto estos animales, importados por nosotros, que se hicieron cimarrones, y andaban por los campos á manadas. *Cahuallu*, *cahuellu* y *cahual*, dice el autor que los llamaron los indios, imitando lo que oían á los españoles; y de aquí *bagual* á los más fieros. *Sagual* en tagalo es planta silvestre, de fibra más recia y basta que la nipa; y allí, los monteses y los indios, que viven sin ley ni freno, son llamados *saguales*. ¿No se ve clara la analogía? *China*, criada, *estero*, brazo de río que las más veces participa de mareas; y otras muchas palabras tienen más són malayo que americano ó español. Ni falta en algunas aire del Celeste Imperio, como *hangüi*, que es ya muy frecuente en alguna provincia española.

Si no temiéramos dilatar este artículo demasiado, acumularíamos citas y pruebas de cuanto queda dicho, aunque como testimonio de la utilidad é importancia del libro del Sr. Granada sea de todo punto innecesario. Con grande modestia por su parte, nos lo presenta como un mero ensayo, que pule y perfecciona todos los días, y harto bien se ve comparando esta edición con la primera,



aunque medio año escaso las separe. Oigámosle á él mismo :

«Registrar, definir é historiar las voces incorporadas  
» al lenguaje castellano en el Rfo de la Plata es tarea  
» superior á nuestras débiles fuerzas; pero que hemos  
» emprendido en la confianza de que haría disimular sus  
» imperfecciones la bondad del intento. Así fué que,  
» habiendo en el mes de Enero del año actual dado á luz  
» el *Vocabulario río-platense razonado*, que no era, ni es  
» ahora, más que un ensayo, la ilustrada prensa de Mon-  
» tevideo y Buenos Aires, y distinguidos y célebres lite-  
» ratos de América y España le dispensaron la más favo-  
» rable acogida, y nos honraron con señaladas muestras  
» de indulgente aprobación. Alentados con estímulo tan  
» lisonjero, y agotada poco tiempo después la edición,  
» que no era numerosa, del bienhadado libro, nos propu-  
» simos sujetarlo á ludimiento de lima, que le hemos apli-  
» cado, en efecto, con mediana diligencia, mejorándolo  
» además con aumentos considerables : queríamos que la  
» modesta ofrenda fuese cosa menos indigna del favor que  
» se le había otorgado. Muy lejos está ciertamente de  
» merecerlo esta segunda edición, que reconocemos aún  
» harto defectuosa, que no pasa aún de un ensayo ; pero  
» servirá para demostrar que hemos hecho algún esfuerzo  
» por llevar adelante la empresa.»

Nuestro antecesor en el examen del libro del Sr. Granada no disimuló á éste que le parecía defectuoso ; y, en efecto , á pesar de las grandes mejoras hechas, todavía pueden señalarse lunares en el procedimiento, que el autor debe corregir. Pase la admisión de palabras que lo mismo significan y de igual modo se pronuncian en Madrid que en Montevideo, como *alambrado*, *azúcar*, y otras. Pase el dedicar artículos á las voces de pronuncia-



ción dudosa, como *intervalo*, con buen fin ciertamente, pero equivocado, que más pertenece á la gramática que al lexicon. Pasen, en fin, otros descuidos análogos de poca monta. No puede, en cambio, incluirse en las definiciones de un diccionario palabra alguna que no tenga á su vez definición en el lugar correspondiente, y más de cuatro encontraríamos nosotros en este caso con poco esfuerzo. Sirva de muestra la siguiente, que elegimos por tener marcadísimo carácter local, en el artículo *Expresiones proverbiales*, que, por cierto, nos parece pobrísimo, y ya se lo pareció también al Sr. Magariños Cervantes :

«*Como bosta de cojudo*, cuando se aglomera más gente  
»de la necesaria para ejecutar alguna cosa.» ¿Que están  
»ahí amontonados como bosta de cojudo? ¡Á ver! Apár-  
»tense; esto se hace así: Alúdese á los montones de bosta  
»que forman los cojudos, por la propensión que tienen á  
»irla deponiendo donde ven la de otro ú otros que lo han  
»hecho primero.»

Y si bien en su lugar deja definido *bosta* (pág. 119), *cojudo* se le traspapela, y el autor europeo se queda ayuno de las calidades del animalito que tiene la costumbre del perro. Lo propio acontece con el *embarrado* que suena en las definiciones de *galpon* (pág. 222). Nosotros sabemos que es palabra extremeña equivalente al *jalbegado* de Andalucía; pero el lector que lo ignore, en vano buscará su definición en el lugar correspondiente.

También coincidimos con el Sr. Valera en creer el libro de grande y curiosa amenidad. Aunque ya han podido apreciarla los lectores, les recomendamos, ora por lo instructivas, ora por lo deleitables, las definiciones de *Agua de Lavanda*, aunque por otro estilo merezca censura, *aijuna*, exclamación, *guayacan*, árbol, con las adi-



ciones que le hace el prologuista Magariños en la pág. 12, *bagre*, que es quizá el estrambótico pez botete del mar de la China; *bicheadero*, ¿dolmen ó guarida del hombre prehistórico?; *cancha*, sitio espacioso y llano; *cobijas*, que se recuerda uno de los chistes de Diego Sánchez de Badajoz, en su farsa del *Matrimonio, pagar el pato*, en el artículo *Expresiones proverbiales*, donde hay una advertencia acerca de las estaciones (pág. 219) que habrá de tomar en cuenta la Academia Española; *gaucho*, el campesino aventurero; y en fin, por no ser difusos, *llapa* ó *ñapa*, que ya han querido aclimatar los indios en algunas partes de España con aquella copla que empieza :

A mí no me las tranfulles,  
que soy soldado de ñapa....

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEU BARCELONÉS

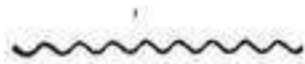
Y pues de versos se trata, concluiremos lamentando que el Sr. Guardia haya puesto por cabeza del *Vocabulario rio-platense* la poesía *Al Paraná*, de D. Manuel José de Labarden. Sin ser un gran poeta el autor de la *Argentina*, D. Martín del Barco, ¿no le hubiera proporcionado mejores descripciones?

V. BARRANTES.

:



## REVISTA ECONÓMICA



**H**A sido el año de 1890 un período de verdadera perturbación económica en casi todas las naciones.

Próximos á expirar los tratados de comercio que tienen ligados á unos países con otros, cada cual ha pretendido tomar favorables posiciones para ver de conseguir las mayores ventajas posibles en los futuros convenios.

Rompieron el fuego los Estados Unidos con su célebre bill Mac-Kinley, obra que implica un retroceso espantoso aun dentro de la política mercantil reaccionaria de aquella República. Lo más grave de este bill no son sus altas tarifas, con serlo mucho. Más graves y más odiosas son todavía la serie de medidas que pudiéramos calificar de policía aduanera que acompaña á dicha resolución, y que han de dificultar, estorbar, y hasta prohibir en muchos casos, todo género de relaciones comerciales de aquellos Estados con Europa.

Grande fué la alarma que dicho famosísimo bill produjo en nuestro viejo continente ; pero en ninguna parte



la provocó tan viva como en nuestras Antillas, y en Cuba singularmente.

Y lo peor del caso es que no tiene nada de infundada. Las Antillas españolas tienen una producción poco heterogénea. Sus productos casi únicos son el azúcar, el tabaco y el café.

Los azúcares de caña de Cuba y Puerto Rico alimentaron, hasta hace algunos años, todos los mercados europeos. El azúcar de remolacha, menospreciado y menos dulce, pero mucho más barato y económico, ha conseguido poco menos que desterrarlos hoy de aquellos centros. Solamente en el mercado de los Estados Unidos mantienen bizarramente la competencia los dulces de caña, y allí es donde se consume casi la totalidad de los que se cosechan en nuestras Antillas.

Entre azúcares y mieles, produce Cuba 800,000 toneladas anuales, como término medio. Esta cantidad se distribuye del modo siguiente :

Países.	Exportación centesimal.
Á los Estados Unidos.....	87,82 por 100.
Á Inglaterra.....	2,60 » »
Al Norte de Europa.....	0,07 » »
Á Francia.....	0,03 » »
Al Sur de Europa.....	6,76 » »
Á otros países.....	2,70 » »

Algo semejante acontece con los azúcares en Puerto Rico.

El tabaco de Cuba conserva todavía más extensos mercados. Es un producto sin rival en el mundo, y así no es maravilla que sea solicitado y buscado por todas partes. No obstante, el tabaco de la grande Antilla no está reducido al renombrado de la Vuelta Abajo. Éste cons-



tituye la parte más insignificante en cantidad, aun cuando la primera en calidad. Vuelta Arriba y Gibara cosechan mucho, y estas procedencias no son ya tan solicitadas, limitándose sus mercados principalmente á España y los Estados Unidos.

De cuanto dejamos escrito á este propósito, se deduce que, comercialmente hablando, y hoy por hoy al menos, Cuba dependa en su economía de los Estados Unidos, y que si este mercado se le cierra sufrirá espantosa é irremediable crisis.

El bill Mac-Kinley *declara libres* los azúcares que no excedan del grado 16 de la escala holandesa, pero al mismo tiempo «autoriza al Presidente de la República para *suspender*, por proclama, desde 1.º de Enero de 1892, la aplicación de esta franquicia para aquellos países que impongan derechos arancelarios ú otros gravámenes á los productos agrícolas procedentes de los Estados Unidos».

Que en romance corriente y vulgar quiere decir : los azúcares cubanos entrarán libres de derechos en los Estados Unidos, siempre que entren libres también en Cuba los trigos y sus harinas, los ganados y las carnes que procedan de los Estados Unidos.

No puede desconocerse que este régimen no sería favorable á la Península, que hoy lleva todavía algunos productos agrícolas á las Antillas, y que dejaría de llevarlos en cuanto se estableciera este sistema de reciprocidad libre.

Una comisión de Cuba, compuesta de personas respetables y representaciones de las sociedades económicas ha llegado á Madrid con el propósito de buscar una fórmula armónica que satisfaga todos los intereses. Dios haga que la fórmula se encuentre. Hasta ahora las con-



clusiones principales que dicha comisión ha formulado son las siguientes :

Tratado con los Estados Unidos.

Venta libre del tabaco habano en España.

Y derogación de las leyes que establece el cabotaje entre la Península y Cuba. La última petición, sobre todo, ha de encontrar muchas impugnaciones por acá.

Pocos días hace nuestro Gobierno se ha creído, también en el caso de satisfacer las aspiraciones de nuestros agricultores, adoptando medidas de defensa en el arancel para algunos productos. Las Cortes, en sus últimas sesiones, habían autorizado la revisión del arancel, y, después de oír la opinión de la Junta arancelaria, el ministro de Hacienda ha promulgado un decreto que establece los siguientes derechos para los productos agrarios:

Número de la partida.	ARTÍCULOS	UNIDAD	DERECHOS — Pesetas.
187	Caballos castrados que pasen de la marca. . . . .	Uno. . . . .	180
188	Los demás y las yeguas. . . . .	Idem. . . . .	135
189	Ganado mular. . . . .	Idem. . . . .	80
190	Ganado asnal. . . . .	Idem. . . . .	12
191	Ganado vacuno. . . . .	Idem. . . . .	40
192	Ganado de cerda. . . . .	Idem. . . . .	20
193	Ganado lanar y cabrío y los animales no expresados. . . . .	Idem. . . . .	2,40
232	Carnes en salmuera y en tasajo. . . . .	100 kilos. . . . .	11,60
233	Carne y manteca de cerdo, incluso el tocino. . . . .	Idem. . . . .	50
234	Carne de las demás clases. . . . .	Idem. . . . .	18
240	Arroz con cáscara. . . . .	Idem. . . . .	5,30
241	Arroz sin cáscara . . . . .	Idem. . . . .	10,60
242	Trigo. . . . .	Idem. . . . .	8
243	Harina de trigo. . . . .	Idem. . . . .	13,20
244	Los demás cereales en grano (excepto el mijo). . . . .	Idem. . . . .	4,40
245	Sus harinas. . . . .	Idem. . . . .	7,15



Buena ó mala la obra — que esto ya lo veremos — ha nacido con el concurso de ambos partidos monárquicos. Los liberales la autorizaron; los conservadores la han realizado, no sin haber caído en la inconsecuencia de votar en contra de la autorización cuando era evidente que, sin ella, nada en este sentido hubieran podido llevar á cabo. Los plácemes ó las censuras, justo es, por tanto, distribuir las, y aun enderezar la mayor parte hacia el partido liberal, que hizo posible la reforma.

Mirada de un modo aislado esta nueva tarifa, y sin relacionarla con las corrientes proteccionistas que en Europa y América dominan, es indudable que pueda calificarse de algún tanto exagerada y alta, sobre todo en algunas partidas; pero no hay que perder de vista que las naciones que aquí nos envían estos productos apenas exportan nada de España, y que, por otra parte, al llegar la hora de celebrarse los tratados con Francia, con Inglaterra, con Bélgica y con Italia, habrán de reducirse, como compensación, algunos de estos derechos, quedando en sus límites razonables.

Gravísima es la crisis por que la agricultura de España atraviesa, y justo es atender á su remedio, ya que los males proceden en no pequeña parte del peso abrumador de los impuestos.

Nosotros hubiéramos preferido medicamentos de otra naturaleza; pero ya que no se estima ahora realizable distribuir mejor los impuestos en orden á todo género de riquezas, no hemos de rechazar en absoluto esta *difusión*, que por medio de las aduanas se busca.

\*  
\* \*  
\*



La crisis bursátil que en el mes pasado se dejó sentir de un modo alarmante en Europa, provocada de un modo inmediato por la suspensión de pagos de la casa Baring Brothers and C.<sup>o</sup>, ha comenzado á desaparecer. En los mercados monetarios el dinero abunda y en las plazas de París y Londres los buenos descuentos oscilan entre 2 y 3 por 100, como en los mejores tiempos de completa calma. Los empréstitos, por otra parte, no son frecuentes. Fuera del de Francia, que se realizará probablemente en este mes y que ya se anuncia que habrá de cubrirse muchas veces, de ninguno otro tenemos conocimiento.

En España es cada día mayor la suma de ahorro que á la Bolsa concurre. Esto prueba ser un mal si se distrae de ocupaciones industriales, siempre más útiles á la nación; pero el mercado no distingue de colores, y en tanto las cotizaciones suben y nuestros principales signos de crédito van tomando los tipos altos que cuadran á una nación que paga con regularidad sus obligaciones.

Valores industriales apenas se cotizan en la Bolsa de Madrid. Las acciones del Banco de España no alcanzan en este año los precios que en igual fecha de los pasados. Lo cual no es maravilla, si se atiende á las dificultades en que el Banco se mueve, dado el poco margen de billetes que aun le resta por emitir.

Las acciones de la Compañía arrendataria de tabacos han mejorado mucho en estos últimos días. El nombramiento del señor vizconde de Campo Grande para la dirección ha sido bien acogido. Lucha esta Compañía con dificultades que en otro país no se explicarían. En tiempos pasados, cuando la renta estaba en manos del Estado, no producía jamás arriba de 74 á 76 millones de pesetas. Hoy, después de tres años, no más produce líquidos también de 83 á 84. Las ventajas de la explotación por



la Compañía no pueden ser más grandes y manifiestas. Así y todo, el Gobierno parece que se complace torpemente en acumular dificultades.

En los primeros días de Febrero celebrará junta general esta Compañía, y entonces le dedicaremos un estudio completo.

Sus acciones oscilan entre 90 y 92 por 100.

Los títulos del Banco Hipotecario varían poco. Son un sólido crédito. Algunos mayores alientos é iniciativas no sentarían mal en su administración. Ganaría mucho el establecimiento, y más todavía la producción española.

Las cédulas hipotecarias al 5 por 100 quedan á 100,50, y los del 4 por 100 á 93,75.

Para los ferrocarriles, de todo ha tenido el año pasado. Los del Norte pierden, hasta la fecha, un millón de pesetas en sus ingresos comparados con los de 1889. En cambio los de Madrid, Zaragoza y Alicante pasan 664,000 pesetas.

Para el Banco Hispano-Colonial ha sido año de prosperidades. Las conversiones de las deudas de Cuba nutren sus dividendos. Quedan sus acciones á 114 por 100.

Por fin, los últimos tipos de los valores del Estado son los siguientes :

4 por 100 amortizable, 89-10.

4 por 100 perpetuo interior, 76-50.

4 por 100 perpetuo exterior, 77-90.

Cubas, 104.

Idem de 1890, 95-35.

\* \* \*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
APUNTES Y BARRIONES



---

Noticias sobre dividendos de fin de ejercicio no circulan todavía.

El Banco de España quizá no pueda llegar al tipo de otros años.

Del Colonial se espera bueno.

La Equitativa ha hecho muchos negocios. Daré cifras exactas en la Revista próxima.

UN EX MINISTRO.

31 de Diciembre de 1890.







## Sección Extranjera.

### LA SONATA DE KREUTZER

—  
SEGUNDA PARTE.

XIII.

**T**odos, todos, hombres y mujeres, hemos sido educados en esas aberraciones de sentimiento á que se da el nombre de amor. Yo fuí preparándome á ellas desde la infancia, y amé, amé durante toda mi juventud, sintiéndome gozoso de amar. Se me había hecho creer que era la ocupación más noble y elevada del mundo. Pero, cuando llegó al fin el anhelado sentimiento, y, hecho ya hombre, me entregué á él, quedó patentizado el engaño. En teoría podemos fantasear un amor sublime; pero en la práctica es una cosa degradante é innoble, de que repugna hablar y hasta acordarse. ¡Por algo inspira la naturaleza los recatos del pudor! Pero la gente se finge bello y elevado lo innoble y vergonzoso.

Voy á decirle á V. en crudo y en cuatro palabras cuáles fueron los primeros síntomas de mi amor. Me entregué á bestiales excesos, no sólo sin bochorno, sino

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEU BARCELONES



hasta con orgullo, perfectamente olvidado de la vida intelectual de mi mujer. Y no sólo no pensaba en su vida intelectual, pero ni siquiera en su vida física. Me asombraba del origen de nuestra hostilidad, y ¡estaba tan á la vista sin embargo! Esa hostilidad no era otra cosa que una protesta de la naturaleza humana contra la bestia que la sometía á su servidumbre. No podía suceder otra cosa. Aquel odio era el odio de los cómplices de un crimen. ¿No es un crimen que, habiendo quedado en cinta al primer mes aquella pobre mujer, siguiese adelante nuestro comercio de cerdos?

V. se figura que me alejo de mi relato. Nada de eso. Continué refiriéndole la historia de los acontecimientos que acarrearón la muerte de mi mujer. ¡Imbéciles! Creen que la maté el 5 de Octubre. La había inmolado mucho antes, de la propia manera que matan ahora todos ellos. Repare V. bien, que en nuestra sociedad, todo el mundo profesa la idea de que la mujer sirve al placer del hombre (y quizá á la inversa; pero de esto no digo nada, porque yo no conozco más que mi caso): *Wein, Weiber und Gesang*. Así dicen en sus versos los poetas: ¡El vino, la mujer y las canciones!

¡Y si no fuese más que eso! Pero fíjese V. en toda la poesía, en toda la pintura, en toda la escultura, empezando por Venus y Frine, y verá que la mujer no es más que un instrumento de goces. Eso es en Truba (1), en Grachedka y en los bailes de la corte. Y vea hasta dónde llega lo diabólico de la doblez: si se trata de una obscenidad, debería decirse que la mujer es un manjar apetitoso, y punto concluido; pero no: los caballeros empiezan por jurar que la adoran (lo cual no

(1) Un barrio de Moscou.—(N. del T.)



les impide mirarla como un medio de goce), y añaden además que la estiman ; unos le ceden el puesto ; otros le recogen el pañuelo ; otros le reconocen el derecho de ocupar todos los empleos públicos , de intervenir en el gobierno del Estado, etc., etc. Pero, á despecho de todo, queda en pie el punto esencial : la mujer es un objeto de voluptuosidad ; á eso se reduce, y ella lo sabe. He ahí lo que se llama esclavitud, puesto que la esclavitud no consiste sino en la explotación del trabajo de los unos para el goce de los otros. Si no ha de existir la esclavitud, preciso es que unas personas se nieguen á disfrutar del trabajo de otras, y miren tal disfrute como un acto vergonzoso y como un pecado.

Lo que hoy sucede es que se ha abolido la forma exterior de la esclavitud, que se han suprimido los actos de venta ; y con eso se imagina uno y asegura á los demás que la esclavitud se halla abolida. No se quiere ver que sigue existiendo, toda vez que la gente no ha perdido la afición á aprovecharse de la labor ajena, ni ha dejado de estimar el hecho bueno y justo, como antes ; y, mientras esto ocurra, nunca faltarán seres más fuertes ó más astutos que otros para explotarlos. Lo mismo pasa con la emancipación de la mujer. La servidumbre femenina estriba realmente en la asimilación de nuestras compañeras con un instrumento de goces. Los hombres las exaltan, les dan toda clase de derechos iguales á los suyos, pero siguen mirándolas como objetos de voluptuosidad, y con ese sentido se educan desde niñas, y en medio del ambiente de la opinión pública. Ellas son siempre las siervas humilladas y corrompidas, y ellos los amos disipados. Sí : para abolir la esclavitud hace falta que la opinión pública repunte cosa vergonzosa la explotación del prójimo ; y, para la emancipación de la mujer,



hace falta que esa misma opinión pública reputé cosa vergonzosa la estimación del sexo femenino como instrumento de goces.

La emancipación de la mujer no ha de buscarse en las cátedras, ni en las Cámaras de diputados, sino en la alcoba. Hay que combatir la prostitución, no en las casas de lenocinio, sino en el seno de la familia. Se emancipa á las mujeres en las cátedras y en las Cámaras; pero siguen reducidas á instrumentos de placer. Enseñadlas á mirarse como tales, según hacemos nosotros, y seguirán siendo siempre seres inferiores. Y entonces, una de dos: ó con ayuda de un médico canalla tratarán de prevenir la concepción del hijo, y serán unas completas prostitutas, rebajadas, no al nivel de un animal, sino al de un objeto; ó serán lo que son en la mayoría de los casos: unas enfermas, unas míseras histéricas, sin esperanza de progreso espiritual....

—Pero ¿y eso por qué?—pregunté.

—¡Eh! Lo más asombroso es que nadie quiera comprender cosas tan evidentes, que no pueden ocultarse á los médicos, aunque se guarden mucho de divulgarlas. El hombre quiere gozar, y cierra los ojos á la ley de la naturaleza: los hijos. Pero los hijos nacen, y son un obstáculo para el placer. Entonces el hombre, que no busca nunca más que el placer, idea medios de evitar ese obstáculo. Ha encontrado tres medios: 1.º, la receta de los canallas, que convierte á la mujer en un monstruo, reduciéndola á lo que constituye y debe constituir siempre para ella una gran desgracia, á la *esterilidad*—en este caso el hombre puede gozar tranquilamente, y ¡adelante!; 2.º, la poligamia, no la poligamia leal de los musulmanes, sino la infame, la nuestra, la europea, llena de falsía y de dolo; 3.º, la desviación. Pero ésta ni siquiera es



un medio; es simplemente un ataque directo y brutal contra las leyes de la naturaleza, de que se hacen reos todos los maridos del pueblo y la mayoría de las pretendidas personas decentes. No hemos alcanzado todavía el nivel de Europa y de París; no hemos llegado al «sistema de los dos hijos», ni á Mahoma; no hemos descubierto nada, porque no nos hemos puesto á pensar. Barruntamos que hay algo de malo en los dos primeros medios; queremos conservar la familia, y colocamos á la mujer en una situación peor aún.

En nuestro país la mujer ha de ser á un tiempo mismo madre, concubina y nodriza, y no bastan sus fuerzas. He ahí por qué tenemos la histeria, los nervios, y, en las aldeanas, la «posesión», el hechizo. Note V. que en la aldeana «doncella» no existe la posesión, sino sólo en la mujer que vive con su marido. El por qué es evidente, y constituye la causa de esa decadencia intelectual y moral de la mujer, que es el origen de su humillación.

¡Si se meditase qué obra tan grande es la gestación para la esposa! En su seno se forma el ser que nos perpetúa, y entorpecemos y trocamos en trabajo penoso esa obra santa.... ¿por qué? ¡Horroriza pensarlo! ¡Y luego se habla de la libertad y de los derechos de la mujer! Es hacer lo que los antropófagos, que ceban á sus prisioneros para devorarlos, y aseguran á la vez á esos infelices que se preocupan de sus derechos y de su libertad.

—Pero, si es así (interrumpí, estupefacto por las novedades que oía), resulta que uno puede amar á su mujer una vez sola cada dos años.... Y como el hombre....

—¡Qué! ¿Que el hombre necesita de eso? Sí, es verdad, los sacerdotes de la ciencia lo aseguran. Ya les daría yo á los tales pontífices el trabajo de esas mujeres, que en su sentir son tan necesarias al varón. ¿Qué dirían



entonces? Asegure V. á los hombres que tienen necesidad de aguardiente, de tabaco, de opio, y creerán indispensables esos venenos. Pero se conoce que es que Dios no ha sabido arreglar las cosas como era debido, puesto que las ha dispuesto así sin pedir su parecer á los sacerdotes de la ciencia. El hombre necesita, según han decidido ellos, satisfacer su voluptuosidad, y nos encontramos con que el nacimiento y la lactancia de los hijos son un estorbo para esa función.

¿Qué hacer entonces? Pues dirigirse á los sacerdotes consabidos, que ellos lo arreglarán todo; y, en efecto, ¡lo han arreglado! Pero, señor, ¿á qué se aguarda para desenmascarar á esos canallas y acabar con todas sus mentiras? ¡Ya es hora! ¡Estamos de ellos hasta lo último! ¡La gente se vuelve loca, se dispara pistoletazos, y todo por lo mismo! ¿Ni cómo ha de ser de otro modo?

Los animales, como si supieran que la descendencia perpetúa su especie, siguen cierta ley en este punto. El único que no conoce ni quiere conocer la ley es el hombre. No se preocupa sino de tener el máximum de voluptuosidad. ¡El rey de la naturaleza!... ¡el hombre! Note V. que los animales no se aparean más que cuando pueden reproducirse, y el innoble rey de la naturaleza lo hace en todo tiempo. ¡Y no contento con esto, eleva á un ideal esa ocupación de mono! En nombre de tal amor, es decir, de tal indecencia, mata á la mitad del género humano. Y en cuanto á la mujer, que debe ayudarlo en el movimiento de la humanidad hacia la libertad, en vez de un auxiliar, hace de ella un enemigo, en nombre de sus placeres. ¿Quién refrena, si no, por doquiera el movimiento progresivo de la humanidad? La mujer. ¿Por qué? Por lo que he dicho, y por eso sólo.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENE O BARCELONES

## XIV.

Sí: el hombre, cuando no vive como hombre, es mucho peor que el animal. ¡En ese caso estaba yo! Y lo horrible es que, sólo con no dejarme seducir por las otras mujeres, me hacía ilusiones de que llevaba una vida honradísima de familia, de que era una persona de lo más moral, y de que, si teníamos reyertas, la culpa era de mi mujer, de su carácter.

Pero es evidente que ella no tenía la culpa. Era como todo el mundo, como la mayoría. La habían educado según los principios impuestos por la situación de nuestra sociedad, es decir, como se educa sin excepción á todas las jóvenes de nuestra clase rica, y como no pueden menos de ser educadas. ¡Cuántas veces oímos ó leemos reflexiones sobre la anormalidad de la condición de las mujeres y sobre lo que deberían ser! ¡Todo eso no son más que vanas palabras! La educación de las mujeres es una resultante, no del concepto imaginario, sino del concepto verdadero que impera en la sociedad acerca de su destino. Según ese concepto, la misión de la mujer consiste en procurar goces, y en tal sentido se dirige su educación. Desde la infancia no se le enseñan más que cosas que pueden aumentar su atractivo; todas las niñas se acostumbran á no pensar más que en eso.

Del propio modo que los siervos debían aprender á agradar á sus amos, la mujer aprende á atraer á los hombres; y así tiene que ser á la fuerza. Quizá dirá V. que eso no reza más que con las muchachas mal educadas, con las que llamamos «señoritas»; pero que hay otra educación, una educación verdaderamente seria, en los

:



colegios donde se enseñan lenguas muertas, en los institutos de obstetricia, en las clases de medicina y en otros sitios.... ¡falso!

Toda clase de educaciones femeninas no tienen más objeto que atraer á los hombres.

Unas atraen sirviéndose de la música ó de cabellos rizados, otras mediante la ciencia ó la virtud cívica. El objeto es el mismo, y no puede ser otro (puesto que otro no se ve): seducir al hombre para poseerlo. ¿V. concibe clases para mujeres y ciencia femenina con abstracción de los hombres? Es decir: ¿concibe V. mujeres sabias, sin *saberlo* los hombres? ¡Qué bobería! Ninguna educación, ninguna instrucción podrá cambiar á la mujer, mientras su ideal más alto sea el matrimonio, y no la virginidad, la emancipación de la sensualidad. Hasta entonces seguirá siendo sierva. Dejando aparte la universalidad del caso, basta recordar las condiciones en que se educa á nuestras señoritas, para no maravillarse de la liviandad de las mujeres de nuestras clases superiores, sino para maravillarse de lo contrario.

Siga V. mi razonamiento: desde la infancia, los vestidos, los adornos, la pulcritud, la gracia, los bailes, la música, la lectura de versos, las novelas, el canto, el teatro, el concierto para uso interno y externo, según que las mujeres escuchan ó toman parte en él. Por remate, una completa ociosidad física, un cuidado excesivo del cuerpo, una alimentación de golosinas y succulenta; y ¡Dios sabe hasta qué punto tortura á las pobres vírgenes su propia sensualidad, sobreexcitada por todas esas cosas! De cada diez, las nueve sufren un martirio intolerable durante el primer período de la madurez—y después, si no se casan á los veinte años.—Nosotros no queremos ver, pero los que tienen ojos ven, quiéranlo ó no.



Más aún : la mayoría de esas infelices se encuentran tan excitadas por una sensualidad oculta (y del mal el menos, si permanece oculta), que son inútiles para todo ; no se animan más que en presencia de los hombres. Pasan toda la vida en coqueterías ó en preparativos de coqueterías. Delante de los hombres se animan demasiado, empiezan á vivir por virtud de la energía sensual ; pero, no bien se marchan ellos, acaba la vida.

Y eso pasa, no delante de cierto hombre, sino delante de todos, con tal que no sean absolutamente horribles. Dirá V. que es una excepción ; no, es una regla. Lo que hay es que á unas las vende á voces el exterior, y á otras no tanto ; pero ninguna alienta con vida propia : todas dependen del hombre. No pueden existir de otro modo, puesto que la atracción del mayor número de varones es para ellas el ideal de la vida (lo mismo para las solteras que para las casadas) ; y por esta razón no tienen sentimiento más poderoso que el de la necesidad animal de toda hembra : el de atraer el mayor número de machos para encontrar más campo donde elegir. Eso sucede en la vida de las doncellas, y continúa durante el matrimonio : en la vida de las solteras, es necesario para la selección, y, en el matrimonio, para dominar al marido. Sólo una cosa suprime ó interrumpe por tiempo semejantes tendencias : los hijos ; y eso, cuando la mujer no es un monstruo ; es decir, cuando los cría ella misma. También en esto se meten los médicos.

Con mi mujer, que quería criar y que ha dado el seno á sus seis hijos, ocurrió que el primero no andaba bien. Los médicos, que la desnudaron cínicamente y la manosearon por todas partes, y á quienes debí pagar y dar las gracias por esos servicios, las alhajas de los médicos opinaron que no debía criar, y se vió privada momentá-



neamente del único remedio contra la coquetería. Acabó de lactar á nuestro primogénito un ama ; es decir, que nos prevalidimos de la pobreza y de la ignorancia de una infeliz mujer para robarla á su criatura en beneficio de la nuestra, y al efecto le pusimos un *kokoschnik* con galones dorados. Pero no es ésta la cuestión ; la cuestión es que se despertó en mi mujer la coquetería, adormecida mientras amamantaba á su hijo, y con ella reavivó en mí los tormentos de los celos, que ya había conocido antes, pero en grado mucho menor.

## XV.

Sí : los celos son otro de los secretos del matrimonio conocido de todos y ocultado por todos. Aparte la causa general del odio mutuo de los esposos, fruto de su complicidad en la mancilla de un ser humano, y aparte otras varias causas, el manantial inagotable de las heridas de los cónyuges son los celos. Pero, por tácito acuerdo, es cosa decidida que han de ocultarse á todo el mundo, y se ocultan. Cada uno de los que llegan á sentirlos los mira como una desgracia particular de él, y no como un destino común ; es lo que á mí me pasaba, y lo que debía pasarme. Entre esposos que viven inmoralmente no pueden faltar los celos. Cuando marido y mujer no saben sacrificar sus placeres por el bien de su hijo, infieren naturalmente que tampoco han de sacrificarlos, no diré yo en aras del bienestar y de la tranquilidad (puesto que puede pecarse á ocultas), pero ni aun en aras de la conciencia. Los dos saben muy bien que ninguno de ellos admite motivos morales bastante elevados para no hacer traición al otro, puesto que á las exigencias morales



faltan en sus relaciones mutuas ; de aquí que ambos desconfíen y se acechen.

¡Oh! ¡Qué sentimiento tan espantoso el de los celos! No hablo de los celos verdaderos, de los celos fundados (son torturadores, pero admiten una solución), sino de esos celos inconscientes, inevitables en todo matrimonio inmoral, y que, por lo mismo que carecen de causa, no tienen término ni desenlace ninguno. Tales celos son espantosos, espantosos : ésa es la palabra.

He aquí el caso : un joven habla á mi mujer, la mira sonriendo, y me parece que examina su cuerpo. ¿Cómo se atreve á pensar en ella, á pensar en la posibilidad de una aventura amorosa con aquella mujer? ¿Y cómo esa mujer, viendo tales cosas, puede tolerarlas? No sólo las tolera, sino que, por las trazas, le satisfacen. Hay más: se esmera en agradarlo. Y me invade el alma tal odio hacia la causante de mi suplicio, que no es dueña de hablar ni de moverse sin excitarme. Lo nota, pero no sabe qué hacer, ni ¿cómo aparentar una animación indiferente? ¡Ah, lo que yo sufro! ¡Y ella se goza en mis sufrimientos, se pone tan contenta! Con lo cual mi odio se centuplica, aunque no me atrevo á darle libre curso, porque, en mi fuero interno, sé que verdaderos motivos no hay ; así que permanezco sentado, fingiendo indiferencia, y extremando las atenciones y la cortesía para con *él*.

Luego me revuelvo contra mí mismo, me dan tentaciones de salir de la habitación, de dejarlos solos; y salgo, en efecto. Mas, no bien lo hago, me sobrecojo de terror, pensando en lo que estará pasando allá en mi ausencia. Entonces vuelvo á entrar inventando un pretexto; otras veces no entro, me quedo á la puerta.... ¡escucho! ¿Cómo puede ella humillarse y humillarme, colocándome en esa cobarde situación de sospecha y es-



pionaje? ¡Infame! ¡víbora! Y él, á todo esto, ¿qué piensa? ¡Bueno es eso! Él es como todos los hombres, como yo antes de mi matrimonio; se divierte, y hasta se sonrío mirándome, como si dijera: «¿Qué le hemos de hacer? ¡Ahora me toca á mí!»

¡Ese sentimiento es horrible! ¡Ese sentimiento nos abrasa con un ardor insoportable! Que yo pudiese achacar la culpa de él á cualquiera, que yo sospechase una vez sola que un hombre codiciaba á mi mujer, y ese hombre había acabado por siempre para mí; me quemaba su proximidad como si lo hubieran rociado de vitriolo. Un solo instante que yo sintiese celos de cualquiera, un solo instante bastaba para hacerme imposible en lo sucesivo toda humana relación con él, y para que no pudiera mirarlo sin despedir fuego por los ojos.

Por lo que toca á mi mujer, tantas veces la había anegado en ese vitriolo moral, en ese odio de los celos, que para mí estaba envilecida. En los períodos de ese aborrecimiento sin causa la he hecho bajar de su pedestal poco á poco, hasta llenarla de vergüenza en mi imaginación.

Yo me forjaba vilezas inverosímiles, sospechaba.... ¡sonrojo me da decirlo! que ella, que esa reina de las *Mil y una noches*, me engañaba con mi siervo, ante mis propios ojos y riéndose de mí. Por tal pendiente, á cada nueva oleada de celos (hablo siempre de los celos sin motivo), me hundía en el surco abierto antes por mis sospechas indecorosas, y cada vez lo ahondaba más. Ella hacía lo mismo. Si yo tenía razones para estar celoso, mil veces más tenía la infeliz, conociendo mi pasado; y se ensañaba en atormentarme con sus celos, que me causaban sinsabores de otra índole, pero igualmente penosísimos.

Nuestra situación puede resumirse así: Vivimos más ó menos tranquilos.... Por mi parte, hasta me siento ale-



gre, estoy contento. De repente entablamos una conversación sobre cualquier asunto de los más baladíes, y al momento disiente ella por cosas en que generalmente estábamos conformes; veo, además, que se irrita sin motivo. Lo atribuyo á los nervios, ó bien á que le desagrada realmente el tema de la conversación. Hablamos de otra cosa, y ¡vuelta á empezar! Ya está otra vez provocándome é irritándose. Pregunto asombrado á qué viene aquello, por qué es. Mi mujer calla, me responde por monosílabos, haciendo alusiones transparentes á cierta cosa. Voy cayendo en la cuenta de que la razón de todo es que he dado algunas vueltas por el jardín con una prima suya, de la cual ni me acordaba siquiera. ¡Vamos, ya estoy al cabo! Pero el caso es que no lo puedo decir, porque, si lo digo, confirmo sus sospechas. Hago como que inquiero: pregunta va, pregunta viene. No contesta, pero comprende que adivino, y se afirma más en sus presunciones.

—¿Qué tienes?—le pregunto.

—Nada; estoy como siempre—responde.

Y al mismo tiempo empieza á ensartar, como una loca, disparates y enormidades inconcebibles.

Á veces la oigo con calma, pero otras me enfado también, y doy un estallido; entonces su propia irritación se desata en un torrente de injurias, y todo eso elevado á la última potencia con sollozos, con lágrimas y con carreras por la casa para registrar los lugares más inverosímiles. Voy en busca de ella, y me quedo corrido delante de la gente, delante de los niños. ¡Es una cosa desesperada! Y como yo comprendo que, en aquel estado, es capaz de todo, acabo por echar á correr hasta que la encuentro. Pasamos noches tormentosas, sin sosegar ni el uno ni el otro, hasta caer rendidos, con los nervios destrozados, después de las palabras y las acusaciones más crueles.



Sí: los celos, los celos sin justo motivo son el lote de nuestra relajada vida conyugal; y, durante todo el tiempo de mi matrimonio, jamás cesé de sentirlos y de sufrir sus torturas. Hubo dos períodos en que las sufrí más intensamente. La primera vez fué después del nacimiento de nuestro primer hijo, cuando los médicos prohibieron criar á mi mujer. Me sentí ya celoso, al ver que ella experimentaba esa inquietud propia de la materia animal, cuando se interrumpe intempestivamente la marcha regular de la vida; pero me sentí celoso más que nada, porque, notando la facilidad con que olvidaba sus deberes morales de madre, concluí con razón, aunque sin darme cuenta de ello, que lo mismo olvidaría el deber conyugal, máxime cuando iba perfectamente de salud, puesto que, á despecho de la prohibición de los simpáticos doctores, crió á los otros hijos, y los crió admirablemente.

—Veo que no quiere V. mucho á los médicos—dije, notando la malísima catadura del semblante y el tono de voz de Posdnicheff, siempre que hablaba de ellos.

—¡No se trata de quererlos ó no quererlos! Han truncado mi vida, como han destruido antes la de millares de seres, y me es imposible no relacionar la consecuencia con la causa. Me explico que quieran ganar dinero como los abogados y los demás; por mi parte, á gusto les hubiera dado la mitad de mis rentas; y, si se comprendiese lo que hacen, cualquiera en mi lugar estaría dispuesto á otro tanto, para que no se inmiscuyesen en la vida del matrimonio, y se apartasen á mil leguas de distancia. Yo no hago estadísticas, pero conozco decenas de casos—en realidad son innumerables,—en que han matado, ora un niño en el seno materno, asegurando que la madre no podía dar á luz (y la madre hubiera dado á luz perfectamente), ora á las madres mismas, so pretexto de



una llamada operación.... Nadie ha tenido en cuenta semejantes asesinatos, como nadie ha tenido en cuenta los de la Inquisición, dando por supuesto que todo eso se hacía por el bien de la humanidad. ¡Los crímenes de los médicos son innumerables! Pero todos sus crímenes son nada comparados con la desmoralización materialista que introducen en el mundo por medio de las mujeres. No quiero hablar ahora de que, á seguir sus indicaciones, gracias á los microbios que ven en todas partes, la humanidad, en vez de tender á la unión, debería caminar á la desunión completa. Según sus doctrinas, todo el mundo debe aislarse, y no apartar de la boca una jeringa de ácido fénico (aunque ahora salen con que ya eso no sirve). Pero yo les perdonaría todas esas cosas; el veneno supremo es la perversión de las gentes, y sobre todo de las mujeres. Ahora ya no se puede decir: «Vives de mala manera; es preciso que vivas mejor». No cabe que se lo diga uno á sí mismo ni á los otros, porque, si vives de mala manera (afirman los doctores), es por culpa del sistema nervioso ó de algo semejante. Y hay que ir á consultarlos, y te recetarán medicinas de la botica por valor de treinta y cinco copeks, y tendrás que tragártelas. ¿Empeoras? ¡Pues vuelta á los médicos, y vuelta á las medicinas! ¡Es una felicidad!

Pero volvamos á nuestro asunto. Decía que mi mujer criaba bien á sus hijos, que la lactancia y la gestación calmaban el tormento de mis celos; pero, en desquite, provocaban torturas de otra naturaleza.

## XVI.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEU BARCELONES

Los hijos vinieron atropelladamente, uno tras otro; y sucedió lo que sucede en nuestra esfera social con los



hijos y con los médicos. ¡Sí, los hijos y el amor maternal son una cosa penosa! Para una mujer de nuestra clase, no constituyen una alegría, un orgullo, ni un cumplimiento de su vocación; no traen más que temores, zozobras, sufrimientos interminables, un verdadero suplicio. Las mujeres lo dicen, y lo piensan y lo sienten como lo dicen. Los hijos son realmente una tortura para ellas; y no porque no quieran parirlos, alimentarlos y cuidarlos (á eso están prontas todas las mujeres de un poderoso instinto materno, en cuyo número se contaba la mía), no; sino porque los hijos pueden enfermar y morir. Las mujeres no quieren dar á luz para no encariñarse; y, cuando se encariñan, no quieren pasar sobresaltos por la salud y la vida del hijo. Por eso es por lo que se resisten á criar. «Si le doy el pecho (dicen), lo querré demasiado.» Por lo visto, preferirían hijos de cauchuc, que no estuvieran expuestos á enfermar y morir, y que admitiesen siempre compostura. ¡Qué laberinto el que hay en la cabeza de esas pobres mujeres! ¿Á qué tanta abominación para no quedar en cinta, para no tener que querer á las criaturas?

El amor, que es la alegría del alma, se representa como un peligro. ¿Y por qué? Porque, cuando el hombre no vive como hombre, es peor que la bestia. Las mujeres no saben mirar un hijo más que como un placer. Verdad que el alumbramiento es doloroso, pero ¡qué manecitas!.... ¡oh, las manecitas! Pues ¿y los piececitos? ¿Y la sonrisa? ¿Y el cuerpecín? ¿Y el balbuceo? ¿Y los sollozos? En resolución: un sentimiento de maternidad animal, sensual; pero, en punto á idea sobre la significación misteriosa de la aparición de un nuevo ser que ha de reemplazarnos, de eso ni asomo. Cuanto se dice y hace sobre el particular es cosa vana: nadie cree en la cere-



monia del bautismo, y, sin embargo, esa ceremonia tendía á evocar la significación humana del recién nacido.

Todo eso se ha olvidado sin sustituirlo con nada, y no quedan más que perifollos, encajes, manecitas y piececitos, es decir, no queda sino lo que existe en el animal. Pero el animal no tiene imaginación, ni previsión, ni razón, ni médico (¡sí, y dale eternamente con el médico!). Cuando el pollo exánime inclina la cabeza, cuando muere el becerro, cloquea la gallina y muge la vaca durante un rato, pero al instante siguen su vida, como si tal cosa, en el más perfecto olvido. Nosotros es diferente: ¿qué hacer si cae enfermo un hijo? ¿á qué doctor llamar? ¿adónde ir? Si se muere, ya no habrá manecitas y piececitos; y entonces ¿á qué las pruebas soportadas? La vaca no pide nada de eso. He ahí por qué son una desdicha los hijos. La vaca no tiene imaginación, no puede torturarse pensando si habría podido salvar la cría haciendo esto ó aquello; y su pena, fundida en su ser físico, no dura sino un tiempo muy corto, es un estado efímero, y no ese dolor exagerado hasta la desesperación, gracias á la ociosidad y al hastío. La vaca no razona sobre su situación hasta el punto de preguntarse el por qué de ella: «¿Por qué soportar todos estos tormentos? ¿por qué tanto amor, si han de morirse las criaturas?» No posee una lógica que le dicte no volver á tener hijos, ó le aconseje no quererlos ni criarlos para no sufrir, si por acaso los tiene. Nuestras mujeres, en cambio, razonan (y razonan de la manera dicha); por eso afirmo que, cuando una persona no vive como tal persona, cae por debajo de los animales.

—Pero entonces ¿qué ha de hacerse, según V., para tratar humanamente á los hijos?—pregunté yo.

—¡Qué! Pues quererlos á lo persona.



—Muy bien. Pero ¿es que las madres no quieren á sus hijos?

—¡No los quieren humanamente!.... Por lo menos, no los quieren así casi nunca. De ahí que no los amen siquiera como los perros. Téngalo V. muy presente: una gallina, una gansa, una loba, serán siempre para la mujer ideales inaccesibles de amor animal. Es raro que una mujer se abalance á un elefante, con peligro de su vida, para arrebatarse su hijo, mientras que una gallina, un simple gorrión, no dejarán de tirarse á un perro y de sacrificarse por sus hijuelos. Note V. otra cosa: la mujer tiene el poder de limitar su amor físico por los hijos, cosa que no puede hacer el animal. ¿Quiere esto decir que la mujer es inferior al animal en tal sentido? No; es superior, aunque decir superior es injusto; superior no es; lo que es es distinta; pero por eso mismo tiene otros deberes, tiene deberes humanos, puede refrenarse en lo que atañe al amor animal, y encauzar ese amor hacia el alma de su hijo. Tal debería ser el papel de la mujer, y eso es precisamente lo que no se ve en nuestra sociedad. Hoy leemos los actos heroicos de las madres que sacrificaron sus hijos en nombre de una idea superior, y nos parecen cosas del tiempo de Mari-Castaña con que nosotros no tenemos nada que ver. Y, sin embargo, yo creo que si la madre no posee algún ideal en cuyo nombre pueda sacrificar los sentimientos animales, si no ve en qué emplear esa energía, la gastará en tentativas quiméricas para conservar el hijo físicamente con la ayuda del médico, y tendrá que padecer y sufrir como sufre y padece.

Así le aconteció á mi mujer. Tratárase de un solo hijo ó de cinco, el sentimiento era el mismo siempre.... quizá algo menos mal cuando hubo cinco. El temor, no sólo



por sus enfermedades reales ó imaginarias, sino hasta por su simple aspecto, envenenaba nuestra vida á todas horas. De mí, por lo menos, sé decir que, durante el tiempo entero de mi vida conyugal, todos mis intereses y mi felicidad toda dependieron de la salud, del estado, de los estudios de mis hijos. Cosa seria son los hijos, no hay que decirlo ; pero es menester que vivamos todos, y en nuestro tiempo no pueden ya vivir los padres. Para ellos no existe vida regular ; toda la vida de familia está pendiente de un cabello. ¡Qué cosa más terrible recibir de repente la noticia de que vomita Basilín ó de que Elisita ha obrado con un poco de sangre! Inmediatamente se abandona todo, se olvida todo, porque el mundo entero no es ya nada. Lo esencial es el médico, la lavativa, la temperatura.... No es V. dueño de empezar una conversación sin que acuda Periquito muy preocupado á preguntar si se puede comer una manzana ó qué almilla ha de ponerse, cuando no es la niñera la que se le presenta á V. con una criatura becerreando.

La vida de familia regular, estable, no existe. El cómo y dónde vive V., y, por consiguiente, cuanto hace, todo depende de la salud de los niños, mientras que la salud de los niños no depende de nadie ; y, gracias á los médicos que presumen ayudarla, se encuentra V. trastornada toda su vida. Es una serie interminable de peligros. Apenas se cree salir de uno, ya tenemos otro encima, y ¡vuelta á correr al salvamento! ¡Siempre como marinos en buque que zozobra! Á veces se me ponía en la cabeza que todo eso era hecho adrede, que mi mujer se fingía intranquila para dominarme, puesto que en esos trances siempre salía ganando.... Se me antojaba que cuanto hacía en tales momentos, lo hacía por mí ; pero ahora veo que ella también sufría, que estaba en un continuo supli-



cio por la salud de las criaturas, y hasta por sus menores molestias.

El suplicio era para los dos; mas para ella constituía juntamente una especie de embriaguez en que olvidaba sus penas. He notado á menudo que, cuando estaba muy triste, y caía enfermo un niño, sentía un alivio al poder refugiarse en esa embriaguez. Era embriaguez involuntaria, porque no había otra cosa por el momento. En todos lados se oía decir que la señora Tal había perdido hijos, que el doctor N. había salvado un niño de la señora Cual, que una tercera familia se había ido á alojarse en masa á un hotel, y había salvado á los niños de esa manera. Y los médicos lo confirmaban gravemente, corroborando á mi mujer en sus opiniones. Ella bien hubiese querido no tener miedo, pero al médico se le ocurría hablar de sangre viciada, de escarlatina, ó bien—¡Dios nos valga!—de difteria, y ya la tenía V. fuera de sí.

No era posible otra cosa. Allá, en los tiempos de antaño, las mujeres creían que Dios daba y quitaba, que el alma del angelito iba al cielo, y que más valía morir en la inocencia que en el pecado. Si las mujeres de hoy tuviesen algo semejante á esa fe, podrían soportar con más resignación las enfermedades de los hijos; pero de todo eso no queda ni rastro. Y, no obstante, como fuerza es creer en alguna cosa, creen estúpidamente en la medicina, y ni siquiera en la medicina, sino en los médicos. La una tiene fe en Fulano, la otra en Mengano; y, al modo de todos los creyentes, no ven lo que hay de idiota en sus creencias. Creen *quia absurdum*, porque, si no creyesen de una manera estúpida, comprenderían la vaciedad de cuanto les prescriben esos bandidos. La escarlatina es una enfermedad contagiosa; por consiguiente, cuando se vive en una gran ciudad, es preciso



que la mitad de la familia se vaya á un hotel (nosotros lo hicimos dos veces), y, sin embargo, todo hombre que habita en una población es un centro por donde pasan infinidad de diámetros que llevan hilos de toda clase de contagios. No hay obstáculo ninguno : el panadero, el sastre, el cochero, la lavandera, todo contribuye á la propagación. Y, por mi parte, á cuantos se mudan por evitar un contagio, me comprometo á señalarles un contagio semejante, cuando no el mismo, en su nuevo alojamiento.

Pero no es eso todo. Cualquiera conoce gentes ricas que, después de una difteria, destruyen todas las cosas de su casa, y caen enfermas en casas recién construidas y amuebladas. Cualquiera conoce igualmente multitud de hombres que andan en contacto con enfermos sin contagiarse. Nuestras inquietudes nacen de lo que se habla sin ton ni son. La una dice que tiene un médico excelente. «V. perdone (responde la otra); ha matado á Tal ó Cual.» Y viceversa. Preséntesele uno nuevo, que no esté más adelantado, que haya estudiado en los mismos libros, que propine idénticos remedios, pero que gaste coche y pida cien rublos por visita, y de seguro tendrá fe en él.

Todo dimana de que nuestras mujeres están salvajes. Les falta la creencia en Dios, y resulta que las unas creen en el mal de ojo, y las otras en el médico que lleva caro por las visitas. Si tuviesen fe, sabrían que las escarlatinas, etc., no son tan terribles, ya que no pueden alterar lo que puede y debe amar el hombre : el alma. Lo único que de ellas resulta es lo que nadie puede impedir : el padecimiento y la muerte. Huérfanas de la creencia en Dios, las mujeres no aman más que físicamente, y concentran su energía entera en conservar la vida, que no puede conservarse, y que los médicos prometen salvar á



los tontos. Puestas así las cosas, no hay remisión : hay que llamarlos.

Por manera que la presencia de los niños, no sólo no mejoraba nuestras relaciones de marido y mujer, sino que, al contrario, cooperaba á nuestro disentimiento. Los niños constituían un motivo suplementario de disputas, y tanto más cuanto más crecían : no parecían sino armas puestas en nuestras manos para combatirnos. Cada uno de nosotros tenía su favorito : yo me servía de Basilín (el mayor); ella, de Elisita. Por si era poco, cuando los niños llegaron á la edad en que se definen los caracteres, vinieron á convertirse en aliados, que cada uno procuraba tener de su parte. Los pobres sufrían mucho con eso ; pero nosotros, con nuestros embrollos sempiternos, no teníamos la cabeza para pensar en tal cosa. La niña era partidaria de mí, y el varón mayor, que se parecía á mi mujer, era su favorito, lo cual bastaba para que yo le tomase ojeriza frecuentemente.

## XVII.

Al principio vivimos en el campo ; después en ciudad ; y, á no sobrevenir la desgracia, así habría vivido hasta la vejez, haciéndome entonces la ilusión de que había llevado una buena existencia....., no muy buena, que digamos, pero mala tampoco ; en fin : una existencia como la de todo el mundo. No hubiese comprendido aquel abismo de desdichas y de mentiras innobles en que me revolcaba, con la vaga impresión de que había algo que no marchaba derecho. Empecé por entrever que yo, á pesar de mis ideas de que debía ser el amo, era el que llevaba las faldas, y no podía desenvolverme con ellas. La causa principal que me tenía sujeto eran los niños ; de



modo que, aunque quisiese desenredarme, era imposible, porque, educándolos, y escudándose en ellos, dominaba mi mujer. No veía yo entonces que á la fuerza había de dominar, máxime cuando, ya al casarse, era moralmente superior á mí, como toda joven es incomparablemente superior al hombre, por ser incomparablemente más pura. ¡Cosa notable! La esposa, entre nosotros, es, por lo general, una mujer mediana ó mala, sin principios, egoista, bachillera, caprichosa; y la joven, hasta los veinte, es un ser encantador, inclinado á todas las cosas bellas y elevadas. ¿Cómo eso? Evidentemente porque los maridos las pervierten, rebajándolas á su propio nivel.

La verdad es que, aunque los varones y las hembras nazcan iguales, las niñas se encuentran en mejor situación. Por el pronto, la joven no está sometida á las influencias corruptoras que obran sobre nosotros. No tiene el cigarro, ni el vino, ni las cartas, ni las malas compañías, ni los establecimientos públicos, ni los empleos oficiales. Y luego—lo principal de todo—es corporalmente pura. Por eso, al casarse, es superior al hombre. Lo es ya de soltera; y en nuestra clase, donde no necesitamos trabajar para vivir, cuando se hace madre, elévase también sobre el marido, merced á la trascendencia del acto de la concepción, del parto y de la lactancia.

La mujer, al dar hijos al mundo y al criarlos, sabe que su obra es más seria que la del hombre que va al Zemstvo, á actuar en un tribunal; sabe que lo esencial en estas funciones es el dinero, y que, como el dinero puede ganarse de diversos modos, no es fatalmente necesario como alimentar á un niño. De aquí que la mujer haya de ser por fuerza superior al hombre y deba dominarlo. Pero el hombre de nuestro medio, no sólo no lo reconoce, sino

:



que, al revés, la mira siempre desde lo alto de su grandeza, menospreciando lo que hace.

De modo que mi esposa desdeñaba mis tareas del Zemstvo porque ella paría y criaba hijos, mientras que yo miraba el trabajo de las mujeres como una cosa menospreciable, de que podíamos y debíamos burlarnos.

Aparte, pues, de los otros motivos, nos separaba un mutuo desprecio; nuestras relaciones tornábanse cada vez más hostiles, y llegamos á ese período en que no era ya preciso el disentiimiento para provocar la hostilidad, porque la hostilidad se encargaba de provocar el disentiimiento. Ya podía decir mi mujer lo que quisiese; yo era de antemano de la opinión contraria, y ella lo mismo. Hacia el cuarto año de matrimonio, era cosa tácitamente convenida entre nosotros que no podíamos llegar á ningún acuerdo intelectual, ni lo intentábamos siquiera. Aun en lo más pequeño y sencillo, cada uno se aferraba tenazmente á su opinión. Con el último de los extraños hablábamos de los asuntos más diversos y más íntimos, pero no entre nosotros. Á veces, oyendo á mi mujer conversar con otras personas delante de mí, me decía: «¡Vea V. lo que son las mujeres! ¡Todo lo que está diciendo es mentira!» Y me asombraba de que su interlocutor no lo notase. Á solas nos veíamos condenados al silencio ó á conversaciones que sin ningún inconveniente podrían mediar entre animales.

«¿Qué hora es?... ¡Ya va siendo tiempo de acostarse!... ¿Qué hay de comer hoy?... ¿Adónde iremos?... ¿Qué dicen los periódicos?... Hay que mandar llamar al médico; Elisita anda mal de la garganta.»

Bastaba salir de este círculo, estrecho hasta más no poder, para que estallase la irritación. La presencia de un tercero era un alivio, porque nos servía de interme-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO BARCELONES



diario para comunicarnos. Probablemente ella siempre creía tener razón, y yo me tenía por un santo á su lado.

Los períodos de lo que llamamos amor menudeaban tanto como antes. Eran más brutales, sin refinamientos ni requilorios; pero breves, y seguidos por lo común de períodos de irritación sin causa, de irritación alimentada por los más fútiles pretextos. Teníamos nuestras escaramuzas á propósito del café, del mantel, del coche, de los juegos de cartas, en fin, lo que se llama fruslerías, que ninguna importancia podían tener ni para el uno ni para el otro. Por mi parte, sentía hervir continuamente en mi interior una execración terrible. Miraba su manera de echar el te, de columpiar el pie, de llevarse la cuchara á la boca, de soplar ó sorber los líquidos calientes, y la detestaba como si hubiese cometido otras tantas malas acciones.

Yo no reparaba que esos períodos de irritación dependían de los amorosos con una gran regularidad. Á un período de amor enérgico, seguía otro largo de cólera; un período de amor débil traía una irritación débil. Nosotros no comprendíamos que aquel amor y aquel odio eran el mismo sentimiento animal bajo dos fases opuestas. Sería terrible vivir así, si uno se explicase los motivos. Pero nosotros no los percibíamos ni analizábamos. He ahí el suplicio, á la vez que el alivio de las penas del hombre: vivir irregularmente, pudiendo forjarse ilusiones sobre las miserias de su situación, como nos pasó á nosotros. Ella buscaba el olvido en ocupaciones absorbentes y atropelladas, en los quehaceres domésticos, en el arreglo del ajuar, en el cuidado de la ropa, en la instrucción de los niños, en las atenciones consagradas á su salud. Eran ocupaciones que no respondían á una necesidad perentoria; pero ella las tomaba como si su vida



entera y la de sus hijos dependiese de no dejar que se tostasen las pastas, de colgar bien una cortina, de sacar airoso un vestido, de que los niños supiesen una lección ó tragasen una pócima.

Yo bien veía que esas cosas eran para ella, ante todo, un medio de olvido, una embriaguez, como lo eran para mí la caza, las cartas y mis funciones en el Zemstvo. Aunque, para poner las cosas en su punto, yo tenía, además, una embriaguez propiamente dicha: el tabaco, de que hacía buen consumo, y el vino, que bebía, si no hasta emborracharme, en cantidad más que regular—*vodka* antes de las comidas, y, durante las comidas, dos vasos de vino;—con lo cual siempre me encontraba envuelto en una niebla que velaba las contrariedades de mi vida.

Estas nuevas teorías del hipnotismo, de las enfermedades mentales, del histerismo, no son simplemente una sandez, sino una sandez peligrosa ó inconveniente. Charcot hubiese dicho de fijo que mi mujer era histérica, y yo un ser anormal, y se hubiera empeñado en asistirme; pero holgaba toda asistencia facultativa. La tal «enfermedad mental» era consecuencia pura y simple de que vivíamos inmoralmente. Aquella vida nos llenaba de sinsabores, y, para ahogar nuestros sufrimientos, recurríamos á medios anormales, que es lo que los médicos llaman los «síntomas» de un padecimiento mental, el *histerismo*.

Para curar eso, no hay que ir á buscar á Charcot ni ninguno de sus colegas. Ni la sugestión ni el bromo hubiesen tenido eficacia ninguna. Lo que importaba era conocer el origen del mal; es como cuando se sienta uno encima de un clavo: si ve V. el clavo, ve lo que le daña, y lo evita. Desde ese instante se detiene el mal, sin que sea preciso ahogarlo. El mal que nos aquejaba á nosotros



procedía de la irregularidad de nuestra vida, y, juntamente, de mis celos, de mi irritabilidad, y de la necesidad de mantenerme en un estado de semiembriaguez perpetua mediante la caza, las cartas y, sobre todo, el vino y el tabaco. Y si mi mujer se apasionaba tanto por sus ocupaciones, era á causa de esa misma irregularidad. Sus bruscas transiciones de humor, desde la extrema tristeza á la suma alegría, y su incesante charla, procedían de la necesidad de olvidarse de sí misma, de olvidar su existencia en medio de la continua embriaguez de ocupaciones de cualquier clase, de ocupaciones breves, pero múltiples.

Vivíamos así en una bruma perpetua que nos impedía reconocer nuestra situación. Éramos como dos galeotes sujetos á la misma cadena, que se aborrecen, que se envenenan la existencia, que tratan de aturdirse. Yo ignoraba aún que el noventa y nueve por ciento de los matrimonios viven en ese infierno, y que no puede menos de suceder así. Ni me lo habían dicho los demás, ni yo lo sabía por mí mismo. Son sorprendentes las coincidencias que se producen en la vida regular y hasta en la irregular. En la misma época en que llega á ser imposible la existencia de los padres, es ya necesario ir á una capital para la educación de los hijos. Así lo hicimos nosotros.

Calló Posdnicheff, y por dos veces oí en las semitinieblas suspiros, que en aquella sazón me parecieron sollozos ahogados. Luego continuó:

CONDE LEÓN TOLSTOI.

*(Fin de la segunda parte.)*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
AJENEO BARCELONES



## FRAGMENTO DE UNA CARTA DE MUJER



CUENTO.

«.... me ha costado por haberme casado con un artista. ¡Ah, querida mía! ¡Si lo hubiese sabido!.... Pero las muchachas tienen acerca de todas las cosas de la vida ideas muy singulares. Figúrate tú que en la Exposición, cuando veía en el Catálogo esas señas de casas retiradas en calles tranquilas, al extremo de París, me imaginaba yo vidas apacibles, sedentarias, dedicadas por completo al trabajo y á la familia, y decía para mis adentros, suponiendo por anticipado lo celosa que había de ser: «Así quiero yo un marido. Estará conmigo siempre. Pasaremos todo el día juntos, él con su cuadro ó con su escultura, yo leyendo, charlando á su lado.»

¡Pobre inocente! No sospechaba yo entonces lo que era un estudio, ni la extraña gente que lo frecuenta. Jamás, al contemplar esas estatuas de diosas desvergonzadamente escotadas, se me había ocurrido que hubiera mujeres bastante atrevidas para.... Y que yo misma.... Si nó, yo te ruego que creas que no me hubiese casado con un escultor. ¡Ah!, no por cierto.... Debo advertir que en mi casa todo el mundo se oponía á la boda, á pe-



sar de la fortuna de mi esposo, de que ya era célebre su nombre y del hotel que estaba edificando para nosotros dos. Yo sola lo quise. Era tan elegante, tan guapo, tan cariñoso, tan galante.... Parecíame, sin embargo, que se entrometía demasiado en los trajes, en los sombreros que había de lucir. «Levántate el pelo así....» Y el caballero se entretenía en colocarme una flor en el centro de los rizos, con más arte que la mejor peinadora del mundo.

Tanta experiencia en un hombre era sospechosa, ¿no es verdad? Debí desconfiar. Pero, en fin, tú lo verás. Escucha :

Volvimos de nuestro viaje de novios. Mientras yo me ocupaba en instalarme en esa casa tan bonita, tan bien amueblada, en ese paraíso que tú ya conoces, mi esposo se puso á trabajar inmediatamente después de nuestra llegada, y pasaba los días en su estudio, que estaba fuera de nuestro hotel. Por la noche, cuando volvía, me hablaba con alegría de la próxima Exposición.

El asunto era *Una dama romana saliendo del baño*. Quería dar á su estatua ese pequeño estremecimiento de la piel al contacto del aire, la humedad de finísimos tejidos pegados á la carne, y otra porción de cosas bonitas que yo ya no recuerdo.

Aquí para *inter nos*, cuando me hablaba de su escultura, no siempre lo comprendía bien. Así y todo, le contestaba : «Estará muy bonita....» Y yo me veía sobre la finísima arena de las galerías admirando la obra de mi cónyuge, un bonito mármol blanco destacándose sobre fondo verde, y á la gente, señalándome con el dedo, decir : «Esa es la esposa del autor».

Por fin, un día, curiosa por saber cómo iba nuestra *Dama romana*, tuve la idea de ir á sorprenderlo en su estudio, que aún me era desconocido.



Fué aquella una de las primeras veces que yo salía sola, y me había puesto muy guapa, ¡caramba!.... Al llegar encontré la puerta del jardinillo, en el entresuelo, abierta de par en par. Entré derechamente, y juzga de mi indignación cuando vi á mi marido con una blusa blanca, cual la de un albañil, despeinado, con las manos llenas de tierra, y enfrente, hija mía, una mujer, una muchacha muy alta, de pie sobre un trípode, casi desnuda, y muy tranquila á pesar del traje, como si lo encontrara perfectamente natural. Un vestidillo pobre, lleno de barro, unas botinas viejas, un sombrerillo con una pluma desrizada, estaban tirados al lado suyo en una silla. Vi todo eso en un instante, porque ya comprenderás que al momento escapé. Esteban quiso hablarme, detenerme; pero me estremecí de horror al ver sus embadurnadas manos, y corrí á casa de mamá, donde llegué casi muerta. Te parecerá estar viendo aquella entrada.

«¡Dios santo, hija mía! ¿Qué tienes?»

Cuento á mamá lo que acabo de ver, cómo estaba aquella mujer, y cuál era su traje. Y lloraba, lloraba á lágrima viva.... Mi mamá, muy afligida, procura tranquilizarme, consolarme, explicarme que debía de ser una modelo.

—¡Cómo!.... Eso es abominable.... No me había hablado de eso antes de casarme.

Á poco llega Esteban muy azorado, y procura á su vez hacerme comprender que una modelo no es una mujer como otra cualquiera, y que, además, los escultores no pueden prescindir de ellas; pero esas razones no me persuaden, y declaro prudentemente que no quiero nada con un marido que se pasa el día á solas con mujeres desnudas.

—Vamos, hijo mío (dijo entonces la pobre mamá, que



se esfuerza por arreglarlo todo); ¿no podrías, en obsequio de tu esposa, reemplazar la modelo con una figura de cartón?

Mi esposo se mordió el bigote con rabia :

—Eso no es posible, querida mamá.

—Me parece, á pesar de esto, hijo mío.... Mira, las modistas tienen cabezas de cartón que les sirven para exhibir los sombreros.... Pues bien ; lo que se hace con la cabeza, ¿no se podría hacer con el?....

Parece que la cosa no es posible. Por lo menos, eso fué lo que Esteban trató de demostrarnos, con toda clase de pormenores y de palabras técnicas. Verdaderamente parecía desesperado. Yo lo miraba con el rabillo del ojo, mientras me enjugaba las lágrimas, y veía claramente que mi disgusto lo apenaba de veras. Por fin, después de una interminable discusión, se convino en que, puesto que la modelo era indispensable, estaría yo allí siempre que ella fuera. Precisamente había al lado del estudio un cuartito muy cómodo, desde el cual podría ver sin que me vieses.—Es vergonzoso, dirás tú, tener celos de mujeres de semejante calaña, y demostrarlo. Pero créeme, chiquita; es menester haber pasado por esas emociones para poder hablar de ellas.

Al día siguiente debía de ir la modelo. Hice de tripas corazón, y me instalé en mi escondite, con la condición expresa de que, al más ligero golpe que yo diese en el tabique, mi marido vendría en seguida. Apenas me había yo escondido, cuando llegó la pícara modelo del otro día, vestida sabe Dios cómo, y con un aspecto tan miserable, que yo me preguntaba cómo había podido tener celos de una mujer que sale á la calle sin puños blancos y con un mantoncillo viejo á rayas verdes. Pues bien, hija: cuando vi á aquella muchacha tirar el mantón

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO BARCELONES



y el vestido en medio del estudio, desnudarse con aquella naturalidad, con aquel impudor, me hizo un efecto que no puedo explicarte. La cólera me ahogaba.... Pronto, llamo al tabique.... Se presenta Esteban. Yo temblaba, estaba pálida. Se burla de mí, me tranquiliza cariñosamente y se vuelve á su trabajo.... Ahora, la mujer estaba de pie, medio desnuda, con su abundante cabello suelto y cayendo sobre la espalda. No era la mujer de un momento antes, sino casi una estatua ya, á pesar de su aspecto vulgar y fatigado. Tenía yo el corazón metido en un puño. Pero no dije nada. De pronto oigo á mi marido que decía: «La pierna izquierda.... Adelanté la pierna izquierda.» Y como la modelo no comprendía bien, se acercó á ella, y.... ¡Ah! Aquello era demasiado; no pude contenerme. Llamo. No me oye. Vuelvo á llamar, llamo furiosamente. Aquella vez acudió, con las cejas un poco fruncidas, con la fiebre del trabajo.

«Vamos, Armanda.... ¡Sé razonable!....» Y yo, llorando, apoyé la cabeza en su hombro: «No puedo, hijo mío, no puedo dominarme.... No puedo.... no puedo....» Entonces, bruscamente, sin contestarme, pasó al estudio é hizo una seña á aquella horrible mujer, la cual se vistió y se marchó.

Durante algunos días, Esteban no fué á su estudio. Se estaba conmigo, no salía de casa, se negaba hasta á ver á sus amigos, siempre muy cariñoso, pero muy triste.

Una vez le pregunté muy tímidamente: «¿No trabajas ya?», lo cual me valió esta respuesta: «No se puede trabajar sin modelo». No tuve valor para insistir, porque comprendí lo culpable que era y la razón que tenía para estar enfadado conmigo. Sin embargo, á fuerza de caricias, de mimos, conseguí que volviese al estudio y que procurase concluir su estatua de.... ¿cómo dicen ellos?



de memoria, en una palabra : el procedimiento propuesto por mamá. Yo encontraba eso lo más hacedero del mundo, pero él.... Todas las noches volvía á casa nervioso, casi enfermo. Para animarlo iba yo á verlo con frecuencia. Yo decía : «Es muy bonito». Pero el hecho es que la estatua no adelantaba. Cuando iba, lo encontraba siempre fumando en el diván, ó bien haciendo bolitas de barro, que tiraba contra la pared.

Una tarde que estaba yo allí, mirando á aquella dama que tardaba tanto en salir del baño, una idea acudió á mi mente. La romana era de mi estatura, tal vez en rigor podría yo.... «¿Qué es lo que se llama una bonita pierna?», le pregunté de pronto. Me explicó la cosa muy al pormenor, enseñándome la que aún faltaba á la estatua, y que no podía hacerla sin modelo.... ¡Pobre muchacho! ¡Tenía un aire tan triste al decir eso!.... ¿Sabes lo que hice?.... ¡Qué diablura! Corrí la cortina que estaba recogida en un rincón, y me fuí á mi escondite; luego, poco á poco, sin decir palabra, mientras él estaba contemplando su estatua, fuí á ponerme en el tablado enfrente de él, con el traje y con la postura en que había yo visto á aquella horrible modelo.... ¡Ah, hija mía! ¡Qué emoción cuando él levantó la cabeza! Yo sentía ganas de reír y de llorar. Estaba colorada.... Y aquella pícara gasa, que era necesario ajustar por todas partes.... ¡No le hace!.... Esteban tenía el aire tan satisfecho, que pronto me tranquilicé. ¡Figúrate, hija mía, que, á hacerle caso!....

ALFONSO DAUDET.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO BARCELONES



## LA VENUS DE MILO



**B**ENDITO sea el campesino griego cuyo azadón desenterró en un sembrado de trigo la diosa sepultada hacía dos mil años! Gracias á él, la idea de la Belleza ha venido á realizarse en grado sublime : el mundo plástico ha recobrado su reina.

¡Cuántos altares derribados, cuántos prestigios desvanecidos en el momento de su aparición! Todos los ídolos cayeron á tierra, como en el templo bíblico. La *Venus de Médicis*, la *Venus del Capitolio*, la *Venus de Arlés* se humillaron ante la *Venus* dos veces *Victoriosa*, que, al surgir de nuevo, las hacía descender á un rango secundario. ¿Abrazó jamás la vista humana forma más perfecta? Sus cabellos, ligeramente sujetos, ondulan como las olas de un mar en calma. Bajo los rizos diseñase una frente, ni demasiado alta, ni demasiado baja, sino tal y como puede concebirse el asiento de un pensamiento divino, único, inmutable. Los ojos se hundan bajo el arco profundo de las cejas, que los cobijan en su sombra, imprimiéndoles esa sublime ceguera de los dioses, cuya mirada, extraña al mundo exterior, concentra su luz dentro



de sí y la difunde por todos los senos de su ser. La nariz sube á perderse en la frente, trazando esa línea recta y pura que es la línea misma de la belleza. La boca, entreabierta, replegada en hoyuelos hacia las comisuras, animada por el claro-oscuro que sobre ella proyecta el labio superior, exhala el aliento no interrumpido de las vidas inmortales. Su ligero movimiento acusa la redondez de la barba, que presenta una mella imperceptible.

De esa cabeza divina brota la belleza y se derrama por el cuerpo como una luz. El cuello no afecta esas blandas inflexiones de cisne que da á sus Venus la estatuaria profana. Es recto, firme, casi redondo, como el fuste de una columna que soporta un busto. La estrechez de los hombros acentúa por el contraste la armonía de un seno, digno, como el de Elena, de servir de modelo á los sagrados cálices, seno de una virginidad eterna, que no ha fatigado el Amor desflorándolo con sus labios, y en donde podrían beber, sin alterar su contorno, los catorce hijos de Níobe. El tronco ofrece esos planos cadenciosos y sencillos que marcan las divisiones de la vida. La cadera recta, contorneada suavemente por la inclinación de la postura, prolonga su ondulación al través del paño que la rodilla saliente deja caer en pliegues majestuosos.

Pero la belleza sublime es belleza inefable. Sólo la lengua de Homero y de Sófocles sería digna de celebrar esa Venus regia; sólo la amplitud del ritmo helénico podría modelar, sin degradarlas, sus perfectas formas. ¿Con qué palabras expresar la majestad de ese mármol tres veces sagrado, el atractivo mezclado de asombro que inspira, el ingenuo y soberbio ideal que revela? La cara ambigua de las esfinges es menos misteriosa que esa cabeza juvenil, tan candorosa en apariencia. Por un lado, su perfil respira una exquisita dulzura; por el otro, la boca



esboza la burla, y la mirada toma la oblicuidad de un desafío desdeñoso. Miradla de frente: el semblante sosegado no expresa ya más que la confianza de la victoria, la plenitud de la felicidad.—La lucha no ha durado más que un instante; al salir de las ondas, Venus ha medido su imperio de una ojeada. Los dioses y los hombres han reconocido su poder.... Sienta el pie en la playa, y se exhibe medio desnuda á la adoración de los mortales.

Pero esa Venus no es la frívola Venus ciprina de Anacreonte y Ovidio, la que adiestra al amor en los ardides eróticos, y á quien se inmolan las aves lascivas. Es la Venus Celeste, la Venus Victoriosa, siempre deseada, jamás poseída, absoluta como la vida, cuyo fuego central reside en su seno, invencible como el atractivo de los sexos á que preside, casta como la Eterna Belleza que personifica. Es la Venus que adoraba Platón, y cuyo nombre—*Venus victrix*—daba César por consigna á su ejército la víspera de Farsalia. Es la llama que crea y conserva, la instigadora de las grandes acciones y los proyectos heroicos. Cuanto hay de puro en los afectos terrestres, el alma de los sentidos, la chispa creadora, la partícula sublime mezclada á la amalgama de las pasiones groseras, todo eso le pertenece de pleno derecho. Lo demás corresponde á las Venus vulgares, copias profanadas de su tipo, que se adornan con sus atributos y usurpan su pedestal. Algunos creen que su pie mutilado descansaba sobre un globo; tal símbolo completaría su grandeza. Los astros gravitan acompasados en torno de la Venus Celeste, y el mundo gira armoniosamente bajo sus pies.

Se ha atribuido la Venus de Milo á Praxiteles: borremos este nombre del zócalo inmaculado. Praxiteles tomaba cortesanas por modelos de sus diosas; enervó y relajó el



mármol divinizado por Fidias. Su *Venus* de Gnido inflamó á Grecia en un ardor impuro. Contemporánea del Partenón, la gran Venus ha nacido, como sus héroes y sus dioses, de una concepción ideal. No hay un átomo de carne en su mármol augusto; aquellas facciones grandiosas no evocan ningún semblante mundano; aquel cuerpo, donde la gracia se reviste de fuerza, acusa la generación del espíritu. Ha salido de un cerebro viril, fecundado por la idea, y no por la presencia de la mujer. Pertenece al tiempo en que la estatuaria no expresaba más que tipos sobrehumanos y pensamientos eternos.

¡Oh, Diosa! ¡No apareciste á los hombres más que un instante en el esplendor de tu verdad, y nos es dado contemplar esa luz! Tu radiante imagen nos revela el Edén de Grecia, cuando, al primer destello del sol del arte, sacaba el hombre los dioses de la materia adormecida. ¡De qué serie de siglos llegas á nosotros, oh joven soberana! ¡En qué sagradas tradiciones nos has iniciado! El mismo Homero, que desliza tu fantasma en la red donde Vulcano sorprendió el adulterio, ¡el mismo Homero desconoció tu grandeza! ¡Para cantarte, sería menester aquella lira de tres cuerdas que hacía vibrar Orfeo con gravedad religiosa en los valles del mundo naciente! No tardará en corromperse y degradarse tu tipo primitivo. Los poetas te enervarán en las molicias de Amantonte; prostituirán tu idea con sus ficciones licenciosas; arrastrarán tus miembros profanados por todos los lechos de la tierra. Los escultores harán de ti una bacante y una cortesana; te enfangarán en las orgías del mármol y del bronce; doblegarán tu noble estatura en posturas lascivas: el alma de las hetairas se insinuará en tu cuerpo divino y depravará tus imágenes. Venus va á sonreír, á fingir pudor, á salir del baño, á peinarse el cabello, á



mirarse al espejo.... ¡Qué te importa, Diosa! Tú sales intacta de esas metamorfosis sacrílegas. Dante nos muestra á la Fortuna agitando su rueda y repartiendo misteriosamente entre la raza humana los bienes y los males, los éxitos y los reveses, las prosperidades y las catástrofes. Los hombres la maldicen y la acusan. «Pero la Fortuna no oye esos insultos. Tranquila entre las primeras criaturas, hace girar su esfera, y se goza en su beatitud.» No de otra suerte difunde la gran Venus entre las almas los altos pensamientos y los viles deseos, las santas voluptuosidades y los obscenos apetitos. Pero no la alcanza el ultraje, no la ofende la injuria, no sube hasta ella la espuma que desencadenó. De pie en su pedestal, se recoge en sí misma, y hace girar tranquilamente su globo estrellado :

ENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEOS BARCELONES

*Volge sua sfera e beata si gode.*

¿Quién, al entrar en el Louvre, en la sala donde reina la diosa, no ha sentido ese santo terror—*deisadaimonia*—de que hablan los griegos? Su actitud es arrogante, casi amenazadora. La suprema dicha que expresa su semblante, esa felicidad inalterable que aspira en su esencia un ser perfecto, os consterna y humilla. No hay esqueleto en aquel cuerpo soberbio, ni lágrimas en aquellos ojos ciegos, ni entrañas en aquel tronco donde circula una sangre tranquila y regular, como la savia de las plantas. Es de la raza lapídea de Deucalión, y no de la familia de sangre y de lágrimas engendrada por Eva. Recuerda aquel *Himno de Apolo* atribuido á Homero, donde sonrío esta estrofa de un menosprecio tan olímpico, de una serenidad tan cruel: «Y las musas, respondiendo con sus hermosas voces, cantan en coro los dones eter-



nos de los dioses y las miserias infinitas de los hombres, que, insensatos é impotentes, según plugo á los inmortales, viven sin poder encontrar un remedio contra la muerte ni una defensa contra la vejez».

Dejad obrar al hechizo. Fatigados por las dudas y angustias del pensamiento moderno, reposad al pie del mármol augusto, como á la sombra de secular encina. Pronto invadirá vuestra alma una paz profunda. La estatua os envolverá en sus solemnes lineamientos, y os sentiréis como estrechados por sus brazos ausentes. Os elevará suavemente á la contemplación de la pura belleza. Se transmitirá á vuestro ser su serena vitalidad. Penetrarán la luz y el orden en vuestro espíritu oscurecido por vanos ensueños y obsediado por gigantescos fantasmas. Vuestras ideas tomarán el sesgo sencillo de los antiguos pensamientos. Os parecerá renacer á la aurora del mundo, cuando el hombre adolescente hollaba con ligera planta la tierra primaveral, y la sonora risa de los dioses retumbaba bajo las bóvedas del Olimpo, como un alegre trueno en cielo despejado.

PABLO DE SAINT-VICTOR.

:



## LAS CARTAS MISIVAS



### ESTUDIO DE PROPIEDAD LITERARIA.

#### I.

**C**ONSTITUYEN una propiedad literaria las cartas misivas, y cuentan á este título con la protección de la ley? No cabe poner en duda que tal clase de escritos entra en el cuadro de los *escritos de todo género*, á que la ley fundamental de 19 de Julio de 1793, y tras ella gran número de leyes de todos los países, han querido conferir la protección legal.

Son las cartas misivas la más espontánea é individual de las manifestaciones literarias, la que menos debe á esa colaboración anónima del pasado, traída á cuento frecuentemente, cuando se trataba de fijar los privilegios del derecho de un autor. Que esa producción intelectual, en vez de salir de una pieza del cerebro, sea fruto de concepciones sucesivas, cosa es que en nada menoscaba su carácter y sus títulos. Una época de refinamiento de protección como la nuestra; una época que reclama las ventajas de la propiedad literaria para los escritos más ínfimos, en que no tienen arte ni parte el talento y la creación propia, no ha de ir á disputar esos beneficios á un género que ha dado obras maestras á la literatura, y que es uno de los auxiliares más útiles de los estudios



históricos. No podría haber discusión sobre ese punto. Mas, á primera vista por lo menos, la cuestión puede parecer menos clara, cuando se trata de determinar en qué manos reside el derecho de publicación de las cartas misivas, á quién pertenece su propiedad, en el sentido legal de la palabra, si al autor ó al destinatario, y quién la transmite, por consecuencia, á sus herederos ó cesionarios. La solución es asaz delicada é interesante en un tiempo en que asedia á los espíritus el afán de verlo y saberlo todo, sin pararse en escrúpulos ni admitir objeciones, y en que se quiere penetrar á todo trance en la intimidad más secreta de los que han ocupado la atención pública por el mérito ó el escándalo de su vida, sin aguardar siquiera á que hayan desaparecido de la escena del mundo. Nunca menos indiferente que hoy el inquirir quién está autorizado para defender contra esa despiadada curiosidad las cartas privadas en que dos correspondientes abren libremente su corazón el uno al otro, y cambian con toda confianza sus pensamientos, sin curarse del público, que acecha impacientemente el instante de inmiscuirse en el secreto de sus confidencias.

## II.

Salvo en un corto número de países, según veremos más adelante, las diversas legislaciones sobre la propiedad literaria, aun las más completas, como la ley belga de 22 de Marzo de 1886, se han abstenido de resolver de plano en punto á la propiedad de las cartas misivas; y las comisiones especiales que han abordado el problema, al examinar todas las cuestiones relativas á los derechos de los autores, no han encontrado solución satisfactoria.

Ocupóse extensamente de este asunto la comisión francesa nombrada en 1825 para preparar un proyecto de ley sobre propiedad literaria. Casi toda una sesión consagró á su estudio. Según algunos de sus miembros, debía darse



por supuesto que las correspondencias pertenecen al que las posee. Esa opinión fué vivamente combatida. Se hizo observar que el envío de una carta no podía considerarse como una transmisión de propiedad pura y simple, absoluta é indefinida. El que la recibe debe guardar para sí solo los pensamientos que contiene. En cuanto á su publicación ulterior, si el autor no ha manifestado su voluntad acerca de este punto, forzoso es atenerse al derecho común sobre propiedad literaria. Hay, efectivamente, muchos casos en que las correspondencias constituyen una verdadera producción intelectual. Basta citar, como ejemplo, las cartas de Grimm, que son incontestablemente fragmentos de literatura bajo forma epistolar. El librero M. Renouard propuso una disposición concebida así : «Las cartas inéditas se asimilan á las producciones literarias, debiendo entenderse que confieren los mismos privilegios al autor, si las ha publicado, y á sus herederos. Las colecciones de cartas inéditas dan origen al mismo derecho de goce exclusivo que cualquier otra publicación póstuma ; pero su publicación no podrá llevarse á efecto hasta diez años después de la muerte del autor, á menos de un testimonio escrito de su voluntad, ó de la voluntad de sus herederos y de las personas á quienes han sido dirigidas las cartas.» Rechazada esa solución, y no presentándose ninguna otra aceptable, acordóse en la sesión siguiente hacer caso omiso de las correspondencias en la nueva ley.

La comisión de la Cámara de diputados encargada de examinar el proyecto de ley de 1841 sobre propiedad literaria, discutió también el problema de las correspondencias epistolares, cuya publicación querían declarar libre algunos de sus miembros, salvo en el caso de estar coleccionadas. La comisión rehusó pronunciarse. «Hemos considerado—decía el ponente, M. de Lamartine,—que determinando de antemano en esa forma la propiedad de los correspondientes de los autores muertos ó vivos, corríamos el riesgo de autorizar un derecho de publicación que la moral pública reprueba, ó de prohibir un uso



legítimo que las conveniencias ó la necesidad demandan á veces. No hemos querido ni prohibirlo ni permitirlo. Las cartas son manifestaciones confidenciales, en que el hombre, no ya el escritor, se entrega á la confianza, no á la publicidad. No constituye esto una propiedad á nuestros ojos, sino una personalidad asistida y protegida por las leyes escritas sobre difamación y abuso de confianza, y por las leyes no escritas de la moral, de la delicadeza y del honor. »

Royer-Collard, atribuyendo exclusivamente el derecho de publicar una carta al que la ha escrito, manifestaba los mismos escrúpulos, cuando decía en la comisión de 1825: «Los pensamientos transmitidos confidencialmente no siempre se hallan bastante elaborados por la reflexión, ni son siempre de los que el autor consentiría en ver publicar ».

En la conferencia para la protección internacional de los derechos de autores, reunida en Berna en 1863, al discutirse el artículo 3.º del proyecto de convenio, afirmando que el derecho de los autores se extendía igualmente á las obras manuscritas ó inéditas, un miembro de la conferencia quiso hacer constar que las cartas debían comprenderse entre los manuscritos; pero otros objetaron que, suscitando graves controversias la cuestión de las cartas misivas, era preferible descartarla. Prevaleció su opinión.

Hemos dicho que la cuestión no estaba prevista y resuelta más que en un corto número de leyes. El reglamento ruso sobre la censura y la prensa, de 1886, no permite publicar las cartas privadas sino con el consentimiento de la persona que las ha escrito y el de la persona á quien han sido dirigidas, ó con autorización de los herederos en caso de fallecimiento de una de esas personas ó de ambas. El Código civil portugués de 1887 reclama para la publicación el consentimiento del autor de la carta ó de sus herederos ó representantes, sin hacer mención del destinatario. Las leyes de Bolivia, Colombia y el Ecuador resuelven el problema del mismo modo.



Las de México y Guatemala exigen la autorización de las dos personas entre las cuales se han cambiado las cartas ó la de sus herederos.

En Francia ha querido suponerse que el decreto del 1.º Germinal año XIII, relativo á las obras póstumas, decidía la cuestión en favor de los poseedores de las cartas misivas, por el hecho de conferir á los propietarios de una obra póstuma, mediante herencia ú *otros títulos*, los mismos derechos que al autor. Pero contra esto se advierte que la posesión de una carta, en tanto que manuscrito, no da el derecho de propiedad. El librero Renouard había sido el primer editor de las cartas de Voltaire á Mlle. Quinault. Al publicarse la correspondencia general de Voltaire en sus obras completas, M. Beuchot, que era el editor, hizo proposiciones á M. Renouard para reproducir las cartas del gran escritor á la actriz. Él discutía en principio el derecho de M. Renouard, porque esa parte de la correspondencia no se había impreso separadamente, sino unida á otras cartas y obras del dominio público, lo cual le privaba, en cualquier hipótesis, de los beneficios del decreto. Estuvo á punto de entablarse un litigio; pero, como podía durar mucho y retardar la publicación de la correspondencia general de Voltaire, M. Beuchot prefirió no incluir las cartas á Mlle. Quinault.

### III.

Dado el silencio de la ley, interesa investigar qué jurisprudencia existe en lo que atañe á propiedad de las cartas misivas. Donde se ha juzgado la cuestión de más antiguo, y no con menos autoridad, ha sido en Inglaterra. El primer juicio consignado en las obras de jurisprudencia es el formulado por lord Hardwicke en el proceso entablado por Pope contra Curl, que había publicado una colección de cartas escritas por el poeta. El



juicio empieza por sentar que no puede establecerse ninguna diferencia entre una colección de cartas y cualquier otra especie de escritos. En seguida combate la objeción de que el que escribe una carta hace donación de ella al destinatario.

«Yo opino (dice lord Hardwicke) que esa es una propiedad especial en manos de este último; es posible que le pertenezca la propiedad del papel, pero no le da ningún derecho á publicar las cartas. Á lo sumo, el destinatario tiene una propiedad común con el autor de la correspondencia.» Lord Hardwicke pasa después á refutar el argumento de que las cartas no merecen la protección del acta del Parlamento (*Estatuto* del año 8.º de la reina Ana, cap. xix, para el fomento de la instrucción, etc.), porque sólo tratan de materias familiares. «Lo cierto es (dice el docto y humorístico juez) que no hay obras que hayan prestado mayores servicios á la humanidad que las que han aparecido en esa forma sobre materias familiares, y que acaso nunca fueron escritas para ser publicadas, lo cual les da tan gran valor; porque, en lo que á mí concierne, he de confesar que las cartas redactadas de una manera muy estudiada, y con los ojos puestos en el efecto, son, en general, las producciones más insignificantes y menos dignas de atraer las miradas de los lectores.»

Iguals principios consagró una decisión de lord Apsley á propósito de la publicación de las cartas de lord Chesterfield á su hijo. Afírmanse menos explícitamente en otro proceso (Percival contra Phipps), en que el juez, sir Tomás Plumer, concluyó que, poseyendo las cartas misivas el carácter indiscutible de producción literaria, todo acto que ataque al derecho de su autor debe tener las mismas consecuencias que si se tratara de un manuscrito inédito ó de una composición original de cualquier índole. Bajo otro punto de vista, el Tribunal de Sesión escocés (¹) declaró, en el proceso instruido á instancias del hermano

(1) El Supremo tribunal civil de Escocia. — (*N. del T.*)



del poeta Burns y del tutor de sus hijos, que la remisión de cartas se hacía siempre confiando en que no se publicarían sin el consentimiento de su autor, y que los representantes legales de Burns tenían bastante interés en poner á salvo su reputación literaria para impedir la publicación. Se ha decidido, no obstante, que el destinatario, sin infringir ningún derecho, podía publicar una carta, cuando su publicidad sirviese para disculparlo de una acusación formulada por el autor de la correspondencia.

La jurisprudencia constante en Francia es que las cartas misivas no pueden publicarse sin el consentimiento del autor ó de sus herederos, y que, cuando la publicación reporta un beneficio, ese beneficio les pertenece. Así lo han consignado especialmente un fallo del tribunal de apelación de París, del 10 de Diciembre de 1850, en el pleito sobre las cartas de Benjamín Constant á Mme. Récamier, y otro del mismo tribunal, de 11 de Junio de 1875, estimando que «las cartas misivas son propiedad del que las envía y un depósito en manos del que las recibe». En el mismo sentido ha decidido el tribunal de apelación de Dijon (en 18 de Febrero de 1870) que «el pensamiento, aun después de fijarse por escrito, es siempre propiedad personal y exclusiva del que lo produce; de consiguiente, el envío de cartas particulares á un tercero, si da al destinatario el derecho de conservarlas, no le autoriza á entregarlas á la publicidad sin el consentimiento del que las ha escrito, y, sin ese consentimiento, no le permite á él, ni á sus acreedores ó herederos, sacar de ellas ningún beneficio pecuniario».

Todavía puede citarse el fallo de la primera Cámara del Tribunal del Sena, de 20 de Junio de 1883, relativo á la correspondencia de Sainte-Beuve; fallo interesante, sobre todo, porque aborda categóricamente la cuestión de la propiedad literaria. El tribunal ha declarado que esa propiedad pertenece al autor de la correspondencia, al autor solo, y que los derechos derivados de la misma pasan á los herederos; el autor se los transmite de la pro-



pia suerte que él los ha poseído en vida. Es también la doctrina de la jurisprudencia belga; doctrina según la cual una carta dirigida á un tercero se supone que encierra siempre la condición tácita de que no será divulgada, entendiéndose que su contenido es un depósito confiado al que la recibe, del cual no puede hacer uso sin la voluntad del que se lo confía. En Inglaterra, los tribunales de equidad han usado de su autoridad más de una vez para impedir la publicación de cartas puramente particulares, independientemente de toda consideración de propiedad literaria. Han entendido que esa publicación constituye la violación de un acuerdo expreso ó tácito, ó bien un abuso de confianza ó un medio de difamación.

No es diversa la doctrina en Alemania. «En la transmisión de una carta—dice Bluntschli,—no hay más que la comunicación del contenido al destinatario para que lo conozca, no para que lo publique.»

La generalidad de los autores franceses—Daloz, Renouard, M. Pouillet, M. Etienne Blanc, M. Lionel Laroze, en su interesante trabajo sobre las cartas misivas,—se han pronunciado en el mismo sentido. «El que escribe una carta—dice Renouard—se abandona, piensa en alta voz y no elabora sus pensamientos como si previese que habrían de ser entregados á la publicidad.» «El envío de una carta—decía M. de Vatimesnil en el seno de la comisión de 1825—no es una transmisión de propiedad pura y simple, absoluta, indefinida; es una transmisión restringida y condicional. El que recibe una carta ha debido guardar los pensamientos que contenía para sí solo.... En cuanto á la publicación ulterior de esos pensamientos, si el autor no ha expresado su intención acerca del particular, hay que atenerse al derecho común sobre propiedad literaria.»

Algunos autores han querido distinguir entre las cartas confidenciales y las que no tienen ese carácter; pero esa distinción es una pura sutileza. ¿Dónde principia y dónde acaba el dominio confidencial en la correspondencia epistolar? Aun suponiendo una carta que trate de un asunto



científico, literario ó político, puede haber en ella una frase, una palabra, cuya publicidad no desee el autor, único juez.

No sería más fácil la distinción, si se quisiese tomar como criterio de un derecho cualquiera el valor literario ó histórico de una correspondencia. Todo gran hombre ha empezado por ser un desconocido, y cartas de Víctor Hugo ó de Jorge Sand, indiferentes al comienzo de su vida, han llegado á ser más tarde autógrafos preciosos. Á lo que hay que atender es á los principios.

Claro es que este derecho del autor ó de sus herederos puede ser puramente platónico, si aquél no ha conservado copia de sus cartas, y si el destinatario, legítimo poseedor del manuscrito, en cuanto objeto material, se negase á comunicarlo. Pero el derecho no deja de subsistir por eso. El caso sería el mismo que el de un artista que, habiendo vendido un cuadro, reservándose la facultad de reproducirlo, pero no conservando su boceto, se encontrase sin poder usar de la facultad reservada.

#### IV.

De lo que antecede se desprende que la opinión general se pronuncia unánime á favor de la asimilación de las cartas misivas á las demás obras del espíritu en lo tocante á las prerrogativas de la propiedad literaria, y decidida á atribuir exclusivamente al autor y á sus herederos los derechos y las ventajas que confiere, y á hacerlos únicos jueces de la oportunidad de la publicación de esos escritos, ó, por lo menos, de no permitirla más que con su venia. Aun haciendo abstracción de toda razón jurídica, el secreto de las cartas debe sobrevivir al día en que se cambian entre dos corresponsales. Es una cuestión de seguridad moral que no ha menester discutirse. Desde el punto de vista literario, ninguna producción del pensamiento tiene derecho á mayores consideraciones.



El autor habla en cierto modo á media voz, para no ser oído más que de una sola persona ; se sustrae al público, y en esas confidencias en que abre su corazón, se expresa sin reticencias ni aderezos, sin preocuparse del « gran crítico », pronto á censurarlo por un atrevimiento de opinión ó de pluma. Poeta ó filósofo, político ó diplomático, ó bien simple espectador de su tiempo, necesita, para la salvaguardia de su vida privada como de su vida pública, poder escribir libremente bajo esa media luz discreta, y que no venga tras él una publicidad prematura á exponerlo á la curiosidad murmuradora ó á la malignidad de los que fueron sus contemporáneos.

Con todo, no estaríamos lejos de admitir, con respecto á las cartas privadas, una excepción de la ley común en lo que toca á la duración del derecho exclusivo de publicación reservado á los herederos ó cesionarios del autor. Se sabe que hay hoy una tendencia casi general á prolongar ese plazo. Veinte años parecían no ha mucho un período suficiente ; en el día, treinta, cincuenta años, no satisfacen ya más que á medias á los que soñaban en la perpetuidad ; se ha hablado de cien años como una transacción. Ahora bien : las cartas misivas constituyen una de las más copiosas fuentes de informes desde el punto de vista histórico, y, bajo el aspecto literario, proyectan á menudo una luz interesante sobre las costumbres y la sociedad de una época. Bueno que la publicación se dilate durante veinte ó treinta años después de la muerte del autor, si él no ha juzgado oportuno disponer otra cosa ; razones de alta conveniencia lo justifican. Como dice muy bien el fallo del tribunal de París en el litigio sobre las cartas de Mme. Récamier, « cuando aún no se han enfriado las pasiones contemporáneas es cuando importa sobre todo oponerse á publicaciones que darían por resultado turbar la memoria de los muertos en cosas que han querido enterrar consigo, excitar las malignidades de la polémicas, herir á terceros, alterar el culto de los recuerdos y de los afectos domésticos ». Por análogas consideraciones imponen los escritores de *Memorias* á



sus herederos ó mandatarios un plazo razonable para romper el secreto de sus *Recuerdos*. Mas, una vez calmadas las cuestiones personales, cuando á una generación ha sucedido otra nueva, y cuando las indiscreciones epistolares no son ya más que revelaciones históricas, no sería bien privar á la sociedad demasiado tiempo de las luces ó de los goces que podrían proporcionarle cartas emanadas de personajes distinguidos, como actores ó confidentes, en la historia de una época.

EDUARDO ROMBERG.

(Redactor de la *Revue de Belgique*.)



# DURANTE EL SITIO DE PARÍS



POESÍA TRADUCIDA POR TEODORO LLORENTE.

Alegres y bulliciosos  
Salen los chicos de escuela.  
Embadurnados de tinta,  
Arrastran por las aceras,  
Que al resplandor del Ocaso  
Relucen y amarillean,  
De sus deshojados libros  
Las páginas medio sueltas.

Los mayores de la clase  
Saltan, ríen y vocean,  
Y brincando á pie puntillas,  
Salvajes danzas remedan.  
Otros, los más chiquitines,  
Contentos las filas dejan,  
Y apresurados se arrojan  
Sobre la frugal merienda.

¡Imprevisores felices!  
Al escuchar en espléndida  
Tarde de Otoño sus gritos  
Gozosos, nadie creyera  
Que allá, en los parques cercanos,  
Vibra sus rayos la guerra,  
Á no ver, entre esos caros  
Rapaces, de faz risueña,  
De colores encendidos  
Y de ajada vestimenta,  
Algunos, graves y pálidos,  
Con flamantes blusas negras.

ERNESTO D' HERVILLY.



# INDICE

---

Páginas.

## SECCIÓN ESPAÑOLA.

<i>Las tapias del Camposanto</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>Consideraciones histórico-críticas acerca del novísimo aspecto de la cuestión obrera</i> , por A. Cánovas del Castillo.....	17
<i>Estudios sobre los orígenes del romanticismo francés. Los iniciadores: Mad. de Staël, Chateaubriand y sus respectivos grupos</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	39
<i>De los autores portugueses que escribieron en castellano</i> , por Juan Valera.....	109
<i>Introducción a un cuento titulado «Averigua quién te dió»</i> , por José Zorrilla.....	120
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	127
<i>Revista ultramarina</i> , por V. Barrantes.....	150
<i>Revista económica</i> , por un ex Ministro.....	164

## SECCIÓN EXTRANJERA.

<i>La sonata de Kreutzer</i> , segunda parte, por el Conde León Tolstoy.	173
<i>Fragmento de una carta de mujer</i> (cuento), por A. Daudet.....	200
<i>La Venus de Milo</i> , por A. de Saint-Victor.....	206
<i>Las Cartas misivas</i> (Estudios de propiedad literaria), por E. Romberg.	212
<i>Durante el sitio de París</i> (poesía), por Ernesto d'Hervilly, traducida por Teodoro Llorente.....	223

---